


aissum les fols as
sages nus tenum
Ex libris
rédéric
aquiens

T. B. Luquiens

VIAJES Y CUENTOS



VIAJES Y CUENTOS

POR

EDUARDO POSADA



BOGOTA
IMPRENTA DE 'LA LUZ'
1896


LIBRARY
MAR 24 1999
UNIVERSITY OF TORONTO

PORTAL

Alfonso Daudet escribió la historia de sus libros. ¿Por qué no he de imitar yo, pobre recluta del ejército literario, á aquel ilustre jefe, y escribir también, á manera de prólogo, la historia de los artículos de mi única obra?

En el Agua-nueva fue publicado en *El Heraldo* ahora tres años. Me pareció entonces de tan poco mérito, que no quise se pusiera en el tomo de la *Literatura* de aquel periódico. Lo condené al olvido, como tantos otros que están por ahí en esas simpáticas columnas envolviendo "macarrones, ungüento blanco y maní;" pero como varios amigos me indicaron lo debía poner en este libro, he resuelto incluírlo en la colección. Una tarde, paseando por allá con Carlos Pardo, gran amigo del arte y de las mejoras materiales, se me ocurrió escribir esas líneas, al oír sus sabias observaciones

sobre aquellos sitios pintorescos; y esa misma noche desempeñé la tarea.

Öresund es la relación de un corto viaje por una comarca poco conocida de los colombianos. Cuando estuve allá (en 1892) no pensé en escribir nada, y ni aun tomé apuntes. Fue luégo, al volver al hogar, y relatar aquí ante el grupo de la familia, mi rápida excursión, cuando resolví escribir aquello que contaba. No tiene, pues, mi artículo (que se publicó en la *Revista Gris*) pretensiones de observaciones de viaje. Es tan sólo lo que recordaba y refería á mis hermanos, de regreso á la casa paterna: ¡Ay! que al volver había allí un puesto vacío: María había dejado el mundo durante mi ausencia. ¡Oh, buena hermana, no pudiste oír la historia de mi viaje, ni yo alcancé á recibir tu postrer suspiro, mas óye: tu memoria está en nuestro hogar siempre fresca, y pensando en ti he bañado de lágrimas todas estas páginas!

En vacaciones es un viaje al Chaparral. Tanto mi compañero en él como algunas personas de aquel lugar, me pidieron escribiera algo sobre la cueva de Tuluní. A fin de complacerlos dirigí esa carta á los Directores de la *Revista Gris.* Para lo que allí refiero sobre los

pijaos, no pude consultar sino la *Historia* de Groot, única que encontré por allá. Al corregir este artículo para ponerlo en el presente libro, me ha provocado relatar todo lo que refiere el Padre Simón sobre la conquista de aquella tribu indómita y valiente, una vez que este historiador conoció como ninguno tal campaña, pues él estuvo en ella con el Presidente Borja; pero prefiero no retocar mi artículo, y algún día escribir algo más extenso sobre esa conquista. Nada exagero en la aventura que corrí en el río Saldaña á mi regreso. Aquello fue espantoso, es la vez que he visto mi vida en mayor peligro; los temporales en el mar no me asustaron tanto, y aun hoy, al recordar esa creciente y mi débil embarcación, se me crispan los nervios.

El Pasmo de Sicilia también lo publicó la *Revista Gris.* Me inspiró este artículo el bello cuadro de Rafael, que posee el Museo del Prado en Madrid. Como en esta ciudad no permanecí sino diez días, apenas pude ir una sola vez á este rico Museo. Entré y vi el sublime cuadro. Aquello era tan hermoso, me fascinó de tal manera, que no miré otras pinturas. Contemplándolo me estuve hasta que llegó la

hora de cerrar la puerta; y desde ese día deseé escribir algo sobre aquella obra maestra. Incapaz de opinar como crítico, resolví hacer un cuentecito; y al llegar á Bogotá lo escribí, ayudado por los recuerdos. ¡Ah! si lo hubiera escrito allá en Madrid, quizás hubiera podido darle el colorido que le falta.

Contraste y *Una ruina* fueron publicados en *El Heraldo*. El primero lo escribí en la última guerra, en una de aquellas noches sombrías en que Bogotá parece un barrio de Pompeya. El segundo fue escrito pocos días después. Hay tantos Arturos Mirandas, que muchos amigos creyeron que yo había retratado á determinado individuo. Varios nombres se me dijeron en esos días al oído; y aun hubo quien se creyó él mismo allí retratado, y me dijo que yo lo había tomado por modelo. No, ahí no hice una fotografía. Tan sólo seguí el procedimiento del novelista moderno: tomé rasgos de uno y otro, y con ellos pinté aquella figura.

El Dorado es un pedazo de historia más bien que un cuento. No hay allí novelesco sino el fin de los dos héroes: Fonte y Zoratama. Los historiadores tan sólo dicen que el prime-

ro murió en Quito, pero no se sabe cuándo, cómo, ni á qué fue por allá. De la segunda, nada refieren. También tuve que dar nombre á la india, pues lo callan nuestros cronistas. Ni aun nos han conservado siquiera algún nombre de mujer indígena. No sé si serán, como el de Zoratama, inventados algunos que he visto en modernos escritos referentes á aquella época. Vargas Tejada, por ejemplo, pone en su tragedia *Sugamuxi* dos mujeres: *Gilma* y *Tenaura*; Caicedo Rojas menciona á *Zachay*, la compañera de Tordehumos, en su escrito sobre Fray Domingo de las Casas; y la señora Herminia Gómez llama *Aquiminzora* á la heroína de una de sus preciosas narraciones. Para escribir este *retablo* de nuestra conquista me guió el deseo de popularizar esa época de la historia de Colombia, tan llena de episodios maravillosos. Novelistas, poetas y pintores tienen allí rica mina para sacar joyas de gran valor. Yo tan sólo he extraído un pedazo de cuarzo, pero que tiene muestras de lo que hay adentro. El Dorado es lo único que en el Extranjero tiene nombre de todo lo que ocurrió en aquella época; y nada absolutamente se sabe por allá

sobre la historia, la mitología ó las costumbres de los chibchas.

El Rey de los Espantos es un ensayo de novela nacional. Los primeros capítulos se publicaron en la *Revista Colombiana*; los otros estaban inéditos. Quizás la encuentren los lectores un poco romántica, pero todos sus cuadros son exactos, aun cuando no lo sea el conjunto. La oposición á un matrimonio por causa de ascendientes elefanciacos, es cosa común en Colombia, y el hecho de profesar de Hermana de la Caridad una hermosa niña, de familia distinguida, por causa de la negativa paterna á su enlace, es también muy frecuente.

Me anticipo con estas observaciones á la crítica. ¿Quién sabe cuántos otros lunares no encontrará ella en mi pobre libro? Ténganse como circunstancias atenuantes la dificultad que hay en nuestra patria para estas obras, mi profesión de abogado, que me quita inspiración y tiempo, el poco estímulo que aquí recibe el literato, y sobre todo, que no pretendo publicar una obra completa, sino tan sólo hacer un esfuerzo.

1896.



EN EL AGUA-NUEVA

Siempre que voy al Agua-Nueva me dan ganas de escribir algo.

Unas veces pienso en evocar infantiles recuerdos. El ambiente fresco, las piedras con líquenes, las verdes cañadas, el cerro de la Mediatorta, los arbustos y las florecillas me recuerdan días lejanos que no volverán nunca, de aquellos con *olor de helecho* que cantó el poeta antioqueño. Cuántas mañanas cristalinas, de cielo azul con nubecillas de algodón escarmenado, subímos las pendientes que allá conducen, un grupo de alegres muchachos, corrímos por las veredas, trepámos por las breñas, recogímos la lama húmeda de rocío y arrancámos á los añosos árboles sus blancas barbas de musgo y á las rocas sus parásitas, que servían todas ellas para adornar el pesebre. También buscámos el *frailejón,* que da trementina, de hojas aterciopeladas, semejantes en su forma á las orejas de los asnos, y el laurel perfumado que los antiguos ponían en la frente de los poetas y aquí engalanan los arcos del Corpus y de las fiestas parroquiales Gozámos con la vista de la ciudad tendida á nuestros pies, de la

gran sabana que se dilata por todos lados con sus potreros verdes como esmeraldas y sus lagunas tersas como espejos, y del *Tolima* y el *Ruiz*, que alzan allá á lo lejos sus cabezas plateadas; y luégo bajámos sudorosos al hogar, llenos de apetito, de salud y de alegría.

Mas ¿para qué escribir esos recuerdos? ¿Acaso harían los niños de hoy algo igual? Tales reminiscencias serían ridículas en estos días. Ahora se prefiere el atrio donde el mundo se ve muy pequeño; gustan más las calles estrechas donde vuelan miriadas de microbios, que envenenan cuerpo y alma; hay mayor placer, para un adolescente, en hacer en una esquina chistes de mala ley, fumar un cigarrillo que no tiene con qué adquirir, mirar á una novia con quien nunca se habrá de casar, que en ir á contemplar los grandes horizontes y respirar una atmósfera saludable.

Otras veces se me ocurre un capítulo de novela. Sobre todo al llegar al Boquerón, á aquel pedazo de Suiza que tenemos aquí á pocas cuadras. ¡Oh, qué tema para una descripción! No sólo para una pluma, sino para un pincel. Don Luis de Llanos fue allá hace pocos días, y bajó con una acuarela primorosa. Me provoca poner allí no sé cuántas escenas de amores, una luna de miel, algo así, al pie de aquella grieta que abrieron los Andes inmensos, haciéndose á los lados para que pasara un riachuelo bellísimo y cristalino, que vino á embellecerlos. Los grandes nada pierden con abrir el paso á los pequeños. Y aquel molino con su rueda estrepitosa, empujada sin cesar por la cascada, aquel puentecito pintoresco, aquellas piedras

enormes, aquel chorro cristalino que brota de las peñas, aquellas espumas del río, todo eso es magnífico. Cuando el sol cae en medio de arreboles soberbios en el confín del valle, y deja tras sí un mar de oro, con unas islas grises, unos palacios blancos y unos monstruos de carmín; y la noche viene por detrás de los cerros oscura, fría, misteriosa, y las piedras y los árboles parecen endriagos, entonces me ocurren nuevos episodios. Colocar allí un joven neurósico, que va á buscar la soledad y el silencio. Quedaría quizás interesante ese capítulo. Pondría al joven contemplando abajo la ciudad que se duerme, la casa paterna ya casi envuelta por las sombras, el campanario vecino, la casa de la mujer amada, las torres de la catedral, el teatro y el cementerio; y oyendo los mil ruidos que suben: gritos de niños, aullidos de perros, los silbidos de los serenos, la música de las bandas, lamentos que no se sabe de dónde vienen; y le haría decir y pensar á él, á ese desequilibrado que tengo aquí en la cabeza, no sé cuántas cosas. O bien, una loca del campito de San José mirando con ojos extraviados á Monserrate y á Guadalupe, los dos monstruos de roca, guardianes de nuestra ciudad, que parecen sumidos en eterno sueño. Qué cosas pondría yo en los labios de aquella histérica: pediría ella que la llevaran á la cumbre á coger los copos de nieve, tomando por tales las dos blancas capillas; diría la infeliz que la estaba llamando *el pico de la guacamaya,* aquella piedra suspendida sobre el abismo; contaría á las huérfanas que la rodeaban que aquellos dos montes han levantado un hombro al sen-

tir los soplos helados del páramo. ¡Oh, cuánta barbaridad se me ocurre! Y no sólo esto: un hacendado arruinado mirando desde allí las dehesas y los barbechos que fueron suyos, y ahora en poder de acreedores sin piedad; un párroco de Egipto asomado una tarde melancólica en un balcón poético, que tiene la casa cural hacia el norte, y ve pasar por ahí algunas amigas de otros tiempos, y luégo entra pensativo á entonar la salve bajo las pequeñas bóvedas y ante el modesto altar de la hermosa iglesita. Escenas y caracteres no me faltarían.

¡Pero qué van á leer mi novela! Tengo muchos capítulos en la cabeza, y jamás la escribiré. Aquí la novela nacional no gusta. La política y los asuntos personales tan sólo tienen éxito. Los editoriales apasionados y los remitidos insultantes son leídos con mayor placer que los artículos literarios. ¡Cuán pocos, relativamente, han leído aquí las *Reminiscencias tudescas* de Pérez Triana, los artículos de Evaristo Rivas, los cuentos de Rafael Jiménez, las novelitas de Ponce Aguilera, para hablar solamente de lo moderno y de lo novelesco! Y si eso pasa con las plumas de oro, ¿qué no pasará con la de ganso que escribe estas líneas? En cambio, hay mucha gente erudita (pues no ha perdido una línea) sobre una disputa de dos abogados ó de dos toreros, sobre algún proceso sin celebridad ninguna, sobre unos epigramas sin cloruro de sodio.

Pero lo que más me provoca escribir en el Agua-Nueva, es un artículo de reminiscencias históricas. La quinta de Bolívar con su bosque de pinos que pa-

recen murmurar el nombre del Libertador, cuando la brisa los sacude, ¡cuántos recuerdos nos trae á la memoria! Allá iba el grande hombre en coche por un camellón que subía de la iglesia del Hospicio. El pueblo lo amaba, y él lo regocijaba con su presencia. Otros magistrados hemos tenido después tan huraños, que solamente con sus retratos hemos podido complacernos. El camellón fue hace tiempos destruído. La quinta es hoy una tenería. Oh! si un gobierno la hubiera adquirido, allí podrían estar el Museo Nacional ó uno especial de objetos bolivianos, una Academia de bellas artes ó algo semejante.

Saltando años encuentro otra época y otros hombres acerca de los cuales debería escribirse. Don Zenón Padilla, que emprendo la obra de aquel paseo. Es también un recuerdo de mi infancia: una tropa de obreros con camisa blanca, taladrando las grandes piedras. Aún me parece oír el golpe metálico de las barras horadando el granito y luégo el estruendo de la pólvora que abría la roca en pedazos y repercutía en las concavidades de los cerros. Y allí dirigiendo los trabajos aquel hombre infatigable, inteligente y enérgico que tanto bien le hizo á la ciudad. Un día, al golpear la peña, arrojó ella, como la de Horeb tocada por la vara de Moisés, un chorro de líquido cristal donde han apagado su sed ya tres generaciones.

El General Salgar, *el Presidente caballero*, que dio auge á aquel paseo. Lo recuerdo también con su fisonomía amable y respetable, su hermosa barba negra y su vestido correcto. Unas veces iba á caballo y otras á pie

acompañado de algún amigo. Todos lo saludaban con cariño ó con respeto, y él era afable con todos. Por medio de avisos se anunciaba en las esquinas, los jueves, el programa de las retretas. Numeroso público subía allí á oír nuestras famosas bandas, á comprar las buenas frutas que nos traen del Oriente, á lavar los pulmones con oxígeno y á ver las bellas bogotanas en trajes de color y con rostros alegres.

Pero sobre esto tampoco escribiré. Se creería tal vez que mis palabras eran satíricas. La evocación de otros tiempos haría que me llamaran tránsfuga. Que lo diga *un escritor*, que hace pocos días escribió un artículo sobre tiempos viejos, y pintó además con colores sombríos la época actual, nuestro fin de siglo; y se creyó por todo el mundo que sus frases eran indirectas.

También me asalta el deseo de escribir un artículo ó unos sueltos para decir todo lo que se puede y se debe hacer en aquellos hermosos parajes. Indicar que se haga un camino para coches, así se podría subir por San Diego, recorrer toda el Agua-Nueva y bajar por Las Cruces. Los carruajes se estacionarían en una plaza, y se les señalaría una tarifa módica por dar la vuelta. Vendrían luégo los demás halagos: un lugar para la música, un café ó restaurante, un monumento histórico, unos baños ó cualquier otra cosa. Pocas ciudades tienen un lugar tan bello para hacer un paseo. Los que han viajado recuerdan el paseo de Miguel Angel en Florencia, uno de los más bellos del mundo. ¿Cuánto darían los parisienses por tener á Monserrate ó á

Guadalupe? Ellos están felices con Montmartre y Chaumont, que son algo así como Egipto y La Peña, nada más. ¡Qué grutas, qué caminos, qué fantasías no hubieran hecho! Algún tranvía les daría la vuelta por la base: sus ermitas estarían embellecidas por el arte; en sus cimas habría cómodos hoteles.

Mas si escribo sobre esto dirán que aquí no estamos en Europa; que es más bella la naturaleza salvaje; que estos son gastos innecesarios; que la higiene, el arte y las diversiones honestas son cosas superficiales; que es mejor viajar en mulas, comer en el suelo, bañarse en público y vestirse de negro; que estamos bien con la mugre, con la vulgaridad y con la hipocondría. Por eso nada hay qué decir sobre el pésimo estado del camino, sobre los derrumbamientos, sobre el desaseo, sobre los tejares que han obstruído la vía, sobre las feas construcciones que se han hecho allí y han quitado á este sitio el aire puro y la hermosa vista.

Tales son las razones por que no escribiré nada sobre el Agua-Nueva, á pesar de las ganas que me dan de decir algo siempre que subo allá á respirar de cerca el aliento de los Andes y á contemplar de lejos las verdinas llanuras del valle de los Alcázares.

1893.



ØRESUND

(A MIS HERMANOS)

I

Quizás al ver ese primer signo, que no es letra española, recordaréis á Caldas. Yo también me acordé de él, allá muy lejos, cuando vi tal figura por primera vez. Así escribió nuestro sabio su despedida al marchar al cadalso. Todo colombiano conoce esa escena, que Urdaneta recordó en uno de sus cuadros: el sabio mártir puso en la pared del Rosario este jeroglífico, que quería decir: *¡Oh larga y negra partida!* Pero muchos años después de su muerte gloriosa, y muy lejos de Popayán y de Santafé, me encontré con este signo. No es otra cosa que una letra, la última del idioma danés. Los suecos también la tienen, pero la escriben de otro modo: con dos puntos encima en vez de la línea oblicua que le ponen los daneses á manera de barra heráldica. En ambos idiomas, dano-noruego y sueco, es de frecuente uso, y su pronunciación es la misma de la *eu* francesa. El que no la aprenda pronto en la península Escandinava, se quedará sin to-

mar cerveza (öl), sin comer pan (bröd), sin hablar con una señorita (fröken), y sin modo de pedir plata (sölv) (1).

Un generoso amigo me invitó en Hamburgo á conocer un pedazo de la Escandinavia; y no me pesó haber aceptado su invitación. El Sund es uno de los sitios más bellos y más cómodos del mundo. De Hamburgo se va á Kiel en tren, rápido, puntual y confortable como lo son todos los trenes alemanes. Hay 106 kilómetros, que el expreso recorre en dos horas y cinco minutos. En Kiel se toma el paquebote alemán, si es de día; el danés, si es de noche. Estos vapores esperan la llegada de los trenes, y el pasajero pasa á bordo sin ninguna demora. Como era media noche, y el mar es allí de mal genio, nos acostámos al llegar. Por eso no vimos del puerto de Kiel, que dicen es magnífico, sino las luces de colores de la escuadra alemana allí anclada, y el brillo lejano y voluble de un faro. Al amanecer llegámos á Korsör, puerto danés, donde se toma otro tren que espera al vapor. La demora es de pocos minutos, mientras los honrados y activos aduaneros daneses examinan los equipajes. Hay allí tal orden y tan buena educación, que se presta uno, sin digusto, á tal examen. Como nosotros no éramos contrabandistas, tuvieron tan sólo una mirada escrutadora nuestras pobres maletas. El tren dinamarqués nos llevó en pocas horas á Copenhague (111 ki-

(1) Por dificultades tipográficas se sigue en este escrito la ortografía sueca.

lómetros). Pasámos por varios lugares sin detenernos; entre ellos Roskilde, que es como el St. Denis ó El Escorial de los daneses. Ahí están las tumbas de casi todos los reyes de Dinamarca, desde Haraldo I, que murió en el año 985. ¿Qué quedará hoy de todas esas grandezas? Tal vez no habría para unos pocos puñados de ceniza.

Allí está yá Copenhague, dice de pronto algún viajero, asomando la cabeza por la ventanilla del vagón. Y en realidad se siente yá la proximidad de una gran ciudad. Tienen las grandes poblaciones algo como un aliento monstruoso, que flota en su atmósfera, que palpita en sus derredores; algo que se oye, se huele, se siente y hace adivinar que se llega á una metrópoli aun antes de verla. Copenhague queda en la orilla del Öresund. En los libros españoles y franceses se dice simplemente Sund, pero daneses y suecos le agregan aquella otra palabra que aquí significa estrecho. También se llama así su moneda fraccionaria: la corona está dividida en 100 öres. Y el nombre de *öresund* lo vi allá en todas partes; conocí con ese nombre un vapor, un hotel, un periódico y no sé cuántas cosas más. Creo que hasta una niña. Esta rama del mar comunica al Categat con el mar Báltico y divide á Suecia de Dinamarca. En su parte más ancha tiene 20 kilómetros, y en la más angosta 4. Si los mares forman una familia, el Sund es hijo del Categat, el Categat del mar del Norte, y éste del inmenso piélago que se llama el Atlántico. Y todavía el Sund tiene su pequeño cachorro que se llama Kallebods-

trand, el cual separa la isla de Zelandia de la de Amager. Pero antes de navegar en el Sund, de descansar en sus orillas, de pasear sus bosques y sus palacios, entremos á Copenhague, la hermosa capital del reino danés. Allí hay mucho que ver: palacios magníficos, museos riquísimos, parques y jardines soberbios, mujeres adorables, teatros espléndidos, un gran puerto, muchas estatuas, largas arterias, almacenes lujosos, canales, tranvías, puentes, iglesias, buenos hoteles. ¡Oh, todas las comodidades y todas las bellezas de una gran capital!

Si Tirabeque, el lego de fray Gerundio, hubiera venido á Copenhague, al ver allí escrito el nombre de la ciudad donde estaba, ó al oírlo pronunciar, de seguro habría opinado que su inteligente amo había equivocado la ruta, y que estaban en otra ciudad distinta de la capital de Dinamarca. En el idioma del país, Copenhague se escribe Kjöbenhavn y se pronuncia Keubenjaun; como se ve, muy distinto del español, del francés y aun del alemán (Kapenhagen). Quiere decir en danés, *Puerto mercante.* Tiene hoy cerca de 400,000 habitantes.

Copenhague posee colecciones artísticas y científicas de primer orden. Así lo dice la Guía de Bædeker, y así es la verdad. Con este libro tan útil, tan sabio, tan cómodo, salí á conocer la población. A todo viajero le recomiendo el Bædeker; es indispensable para conocer bien ciertos países. Hay de Francia, de Italia, de Alemania, de Bélgica, de Suiza, de Londres, de Palestina y de Siria. El de Dinamarca y Noruega es

completo. Tiene mapas, planos, y un manual de conversación que no dejan extraviar al viajero. Por supuesto que escribo para los colombianos y no para los ingleses, que siempre andan con esta guía en la mano.

El museo Thorvaldsen es una especie de mausoleo en estilo pompeyano y etrusco, construído hace medio siglo. Allí están las esculturas de aquel fecundo artista. En medio del patio se halla su tumba, y en varios salones su biblioteca, sus muebles, su busto y sus obras inconclusas. Thorvaldsen fue un genio, y los daneses que supieron honrar sus méritos en vida, llenándolo de glorias y recompensas, guardan hoy con veneración sus obras y sus cenizas. Su nombre y su fisonomía son muy conocidos en toda Dinamarca; algo así como los de Bismarck y Moltke, en Alemania. Su retrato se ve en todas partes, lo mismo que sus obras reproducidas por medio de todos los procedimientos artísticos.

Nació Thorvaldsen en 1770, en cuna humilde. Su padre era irlandés, y vino á Copenhague á trabajar en carpintería y escultura, en el puerto. Hay quienes pretenden que Thorvaldsen descendía de los antiguos reyes de Islandia. Familiarizado con los instrumentos con que su padre esculpía figuras de madera para la proa de los buques, mostró precoz talento para este arte. Habiendo obtenido un gran premio, pudo ir á Roma, y allí completó sus estudios. Pasó luégo las tribulaciones de todo artista, pero encontró al fin el éxito que pocos consiguen. Parece que sea una ley fatal que todo artista tenga que atravesar el mar de la bohemia para llegar al puerto apacible donde están las

riquezas y los honores. Mas, ¡ay, cuántos naufragan en aquel mar cenagoso, y cuán pocos llegan á la playa con la frente limpia! Una vez destruyó su *Jasón*, porque no tenía dinero para hacerlo fundir. Hizo un segundo modelo, y como nadie lo quisiera, se preparaba á volver á su patria, cuando un generoso inglés se lo hizo hacer de mármol. Esa estatua le dio renombre. Se le aclamó el primer escultor de Europa, y no volvió á su patria sino años después (1819). Entonces se le acogió como á un príncipe. Se le dio un palacio para sus labores, y tuvo millares de discípulos. El comprendió como pocos modernos el arte griego, y en sus bajos relieves, interpretando la historia de Alejandro, estuvo á la altura de los artistas del pueblo heleno. Murió en el teatro el año 44 de este siglo.

En el Museo están sus mejores obras. Los doce apóstoles, estatuas colosales, modelos de las colocadas en la iglesia de Nuestra Señora; el monumento de Pio VII, destinado á Roma; las estatuas ecuestres, de tamaño heroico, de Maximiliano de Baviera y de Poniatowski, hecha la primera para Munich y la otra para Varsovia; los bustos de Napoleón, de Byron, de Walter Scott, y de otros hombres históricos; los grupos del Amor, que, aún viejo, supo Thorvaldsen modelar con tanta pasión: *el Amor y Psyquis, las Edades del Amor, el Amor reanimando á Psyquis desvanecida, las Gracias y el Amor, Marte y el Amor, el Amor escuchando el canto de Erato, el Amor sobre un león, el Amor dueño de los elementos*, y muchos más episodios de las inagotables leyendas del dios Cupido; y por úl-

timo, los bajos relieves de la vida del gran Macedonio, vida que también parece leyenda. Al ver allí la entrada de aquel imberbe á la gran Babilonia, en medio de carros y elefantes, rodeado de coronas, de esclavos, de mujeres y de trompetas, y al ver tantos episodios de aquella deslumbradora existencia, parece que tal hombre hubiera sido también un mito, como aquellos dioses paganos modelados por el artista. La impresión que deja este Museo no se olvida jamás, y razón tienen los daneses en conservarlo con respeto y cariño. Aquí, donde escribo, á muchos grados más lejos y á muchos metros más alto de aquella ciudad, cuando un nombre, un ruido, un perfume ó una pintura me traen recuerdos de esa tierra, siento tristeza al pensar que no he de volver á ver aquella rica colección de obras maestras. Para mí la escultura es la primera de las Bellas Artes. Un amigo me decía una vez, en el salón de París: "comprendo á Pigmalión; el mármol tiene su voluptuosidad; cuando estoy delante de una de estas estatuas marmóreas, siento deseos de abrazarla y de besarla." Habría exageración en esta idea neurósica; pero sí hay veces en que se siente ante una magnífica escultura el impulso de golpearla como Miguel Angel á su Moisés, para decirle: *¿ Por qué no hablas ?*

Muchos otros museos hay en Copenhague: el arsenal, que contiene una colección de armas históricas; el museo zoológico, que tiene división especial para las ballenas; la galería de pinturas de Moltke; la Glipoteca, que contiene no sólo ricas esculturas y pinturas, antiguas y modernas, sino terracotas, momias y urnas

funerarias de naciones y tiempos remotos; el Palacio del Príncipe, que contiene varias colecciones importantes: la de antigüedades del Norte, con los instrumentos, armas, muebles, sarcófagos, etc., de los antiguos escandinavos, todo dividido y arreglado según sus edades, de bronce, de piedra, de hierro, de la Edad Media y de tiempos modernos; la etnográfica, una de las más ricas del mundo, con reliquias de pueblos europeos, africanos, asiáticos y americanos de tiempos primitivos. Allí se estudian las religiones, las costumbres, las artes, las industrias de hombres que vivieron en la alborada de la humanidad, y podemos saber cómo oraban, cómo pescaban, cómo iban á la guerra, cómo labraban la tierra, cómo navegaban aquellos pueblos desaparecidos yá hace siglos: los asirios, los fenicios, los etruscos, los griegos y los romanos.

Pero no desearéis conocer yá más museos; vamos ahora á los lugares de placer. Es pleno verano, y los teatros están casi todos cerrados. El calor es tan fuerte en Europa en este año (1892), que hacía mucho tiempo no se había visto tan alto el mercurio de los termómetros. Vamos, pues, más bien á Tivoli, al hermoso y vasto Tivoli, lugar de lícitos placeres, que llama todas las noches con sus cien ruidos y sus mil luces á la buena sociedad de Copenhague y á los extranjeros. Allí fui la primera noche; por más señas, me invitó á comer el amable Cónsul de España. La entrada vale poca cosa, 50 öres. Adentro hay un teatro, una montaña rusa, varios conciertos, un *Pierrot* popularísimo, un circo, algunos restaurantes, panoramas,

iluminación general y fuegos artificiales. Las representaciones empiezan á las seis, y duran hasta las diez. ¡Oh, una noche en Tivoli es uno de los placeres más gratos que podemos gozar en el mundo! El alma olvida muchas penas, viendo allí aquella elegante sociedad que cruza por todas aquellas alamedas bajo una lluvia de luces, en busca de solaz. Allá unos primorosos niños juegan bajo el verde follaje, se pierden en un ingenioso laberinto de enredaderas, ó ríen con el gracioso *Pierrot*. A otro lado, honrados daneses toman su cerveza oscura ó la taza de negro y aromático café; al salón de concierto, las altas y rubias mujeres acuden presurosas á escuchar trozos de música clásica; otras gritan alegres y nerviosas allá en un rincón del parque, al descender impetuosas en el carro de las montañas rusas; y el extranjero se aturde, y quiere verlo todo y oírlo todo, y recorre el inmenso jardín de sorpresa en sorpresa. Cada cosa que ve le gusta más, y cada mujer le parece más bella. Todo en tal orden, que jamás es turbado por el menor desagradable incidente.

Ahora sí vamos á conocer el Sund. Hay mucho qué ver en Copenhague, pero ni el tiempo ni el dinero alcanzan para tanto. Yo quisiera quedarme, pero debo seguir el viaje. Está uno tan bien en el hotel *Dagmar*, que le provoca permanecer allí unos años. Todo es aquí bueno como en los mejores hoteles de París. Ni siquiera el idioma es inconveniente para el viajero, pues el dueño habla francés, el portero inglés, y algunos sirvientes, alemán. Pero el portamonedas se está poniendo anémico. Salgamos pronto de la simpática ciudad, sin

volver á pasar por la bella calle de Ostergade, porque ahí hay almacenes con vidrieras tentadoras: se ven en ellas pieles de osos blancos con la cabeza disecada; juegos de porcelana danesa; copias de las esculturas de Thorvaldsen; y guantes de piel de Suecia, libros, fotografías y curiosidades que atormentan al pobre viajero que no puede llevar tantas cosas.

El Sund puede conocerse por todos lados y de todos modos: por agua y por tierra, á lo ancho y á lo largo. Hay ferrocarril por la costa danesa (de Copenhague á Helsingör) y ferrocarril por la costa sueca (de Malmö á Helsingborg). Hay también vapores que hacen el servicio á lo largo de ambas costas, deteniéndose en todos los lugares del tránsito; y otros que atraviesan de una nación á otra.

Al Norte de Copenhague quedan los baños de Klampenborg y los de Skodsborg. Van allí en el verano las mejores familias de Copenhague á pasar la estación cálida. Diez días viví en el segundo de estos lugares. Es un pueblo de pescadores, extendido á lo largo de la playa, y tiene, por consiguiente, una sola calle. En el invierno está casi desierto; solamente quedan en él los pocos habitantes de aquella aldea, que no los tendrá en mayor número que Serrezuela ó Tena. Pero en los meses de Julio y Agosto aquellas quintas se llenan de gente elegante, y los dos hoteles se abren con todas las comodidades de una gran ciudad. A estos hoteles van familias enteras y viven allí con toda la independencia y todo el *comfort* deseables. Los domingos principalmente, la animación es extra-

ordinaria; los coches y velocípedos cruzan sin cesar por las hermosas alamedas. De estos últimos vi llegar un día más de ciento; era un club de velocipedistas que se detuvieron en el hotel unas horas á festejar en alegre almuerzo su llegada; iban viejos, jóvenes, niños y algunas hermosas mujeres. A un lado de la calle, única del pueblo, está un bosque inmenso y magnífico, el Jaegersborg, lleno de árboles añosos, de plazoletas de verde grama y de estanques cristalinos. Tranquilamente pacen allí centenares de venados; y tanto se les cuida, que ven con indiferencia el paso de la gente á poca distancia de ellos. Recorriendo el bosque una tarde, en coche, con una estimable familia danesa, pasámos cerca de una manada de más de doscientos, y sólo unos pocos alzaron la cabeza para mirarnos con curiosidad; los otros siguieron ramoneando tranquilamente. Al otro lado está el mar: el Sund, callado, sublime, respetuoso; allí se angosta yá algo el estrecho, y se divisan al frente las costas de Suecia, y entre las dos naciones la isla de Hven. Largo y sólido muelle sirve de embarcadero para los vaporcitos; y otros muelles pequeños sirven para los botes y para los bañistas. ¡Qué magnífico espectáculo el de aquellas tardes, cuando después de comer saboreábamos el café en el terrado del hotel á la orilla del mar! Los elegantes vapores, como monstruos marinos, dejando en el agua blanca estela de espuma y en el aire negros copos de humo; los buques de vela, como inmensas gaviotas, con las alas extendidas; los botes de colores, bailando sobre las olas; el agua mansa, transparente, que allí

no es verde, ni es azul, sino más bien cristalina, golpeando suavemente las orillas; los muelles, con sus cómodos asientos, allá en el extremo del lado del mar, donde hermosas danesas se sentaban pensativas á mirar el horizonte ó á contemplar el vaivén de las olas; la isla de Hven, donde vivió Tycho Brahe, silenciosa como envuelta en un sudario, y que parece viuda con la muerte del gran astrónomo y la caída de su observatorio. Allá, más lejos, con la ayuda de los gemelos, se divisan muy bien las casas de Landskrona, población sueca, y algunos vapores que costean la nación vecina. Agregad á toda esta magnificencia el canto de alguna hermosa niña, las benévolas sonrisas, el oloroso café, los acordes del piano, los ojos azules, las elegantes *toilettes*, las rubias cabecitas de los niños. ¡Oh, bendita tierra dánica: hoy, vestido de negro, aterido de frío, viendo llover todo el día y al pie de unos cerros enormes, me acuerdo mucho de tus días de sol, de claros horizontes y de lícita alegría, como me acuerdo de las mejores horas de mi infancia!

Para pasar á Suecia volvimos á Copenhague. Allí tomámos el vapor que conduce á Malmö. Tiene el Sund en este punto 25 kilómetros de ancho. No se ve la costa sueca sino después de navegar un gran trecho, pero hay punto donde se divisan ambas costas: atrás Copenhague con su amplio puerto, sus altos edificios, sus torres majestuosas y la isla de Amager; adelante la costa de Scania, fértil provincia de Suecia, varias pequeñas poblaciones, y la ciudad de Malmö. Pocas horas se gastan en la travesía. Se llega á Malmö á la hora

de almuerzo, que allí se toma en un buen hotel, con todo el apetito que dan las brisas marinas que durante la travesía nos han azotado el rostro. Los vaporcitos en que se hace la travesía son pequeños, pero muy buenos. Los marinos suecos son tal vez los mejores del mundo. Está uno en sus embarcaciones con una confianza ilimitada. Por medio de boyas con banderolas está marcado el camino de los buques de una nación á otra; por un lado pasan á la ida, por otro á la vuelta; así nunca hay choques. Durante un rato se ve el fondo del mar, que es allí poco profundo, y el agua glauca y tranquila.

Malmö tiene cincuenta millares de habitantes, y es ciudad limpia, bella y rica; su comercio es activo, sus edificios bellos, sus habitantes muy amables; allí se trabaja en guantes, se pescan arenques, se cosechan granos. Tiene también interés histórico: bajo el reinado del cruel Cristián II desempeñó importante papel; aquí se firmó luégo (1523), entre el sucesor de aquél, Federico I, su tío, y Gustavo Wassa, el tratado por el cual se reconocían mutuamente independientes, y rompían la *Unión de Calmar*, que hacía más de un siglo (1397) había reunido las tres coronas de Dinamarca, Suecia y Noruega en la cabeza de Margarita de Waldemar. En Malmö murió, hace veinte años, el Rey Carlos XV, buen monarca, escritor y artista, bajo cuyo reinado prosperó Suecia; venía aquel rey, querido de sus súbditos, de las aguas de Aix la Chapelle, cuando la guadaña implacable lo hirió en el palacio de la residencia. También en esta ciudad, en el casti-

llo de Malmö, estuvo encerrado el Conde Bothwell, tercer esposo de María Estuardo. Hay, igualmente, recuerdos de San Canuto, que reinó en Dinamarca bajo el nombre de Canuto IV, y que fue canonizado en el año 1100.

Salímos á dar un paseo por Malmö, vimos sus cafés, el Palacio Municipal, la iglesia católica y la plaza de Gustavo Adolfo. En ésta nos encontrámos con el cementerio: es muy lindo, muy aseado y hay buenos monumentos, pero su vista me dio horror. No hay en él tumbas de personas queridas que me hicieran aguar los ojos, pero sí me puse á pensar sobre la muerte en tierra extraña. Algunos epitafios de extranjeros que leí allí, me hicieron temblar. Yá el cólera asomaba no muy lejos de esa ciudad su pavorosa cabeza, y pensé en lo triste que sería morir en una población sueca, muy lejos de la patria, sin ver rostros amigos y sin coronas de flores tropicales. Aquella necrópolis me hizo acordar también de un cementerio lejano.... y resolví partir tan pronto como mis buenos compañeros (doctor G. Michelsen y señora), entusiastas *amateurs*, obtuvieron varias fotografías de los mejores sitios de la ciudad.

Nos fuimos para Lund, la ciudad universitaria. En poco tiempo recorrió el ferrocarril los 17 kilómetros. Hoy sus habitantes son pocos, 15,000; se dice que en un tiempo llegaron á 200,000, cuando su obispo era el metropolitano de Escandinavia. Sus hoteles no son buenos, cosa rara en Suecia, pero hay jardines y paseos. Su catedral es la más bella de la península, con dos inmensas torres, un ábside majestuoso y llena de inte-

resantes recuerdos. Hoy vive Lund de las labores intelectuales. Es una especie de pequeño Barrio Latino. Allí, como en aquel gran pedazo de París, se ven por todas partes las librerías con sus vidrieras repletas de las obras en boga, y los estudiantes que todo lo llenan y todo lo dominan El edificio de la Universidad es magnífico, y cerca de él están las bibliotecas y museos. Al frente se levanta la estatua de Tegner, poeta y teólogo. Fue profesor de griego en la Universidad de Lund, y allá compuso muchas de sus mejores obras. Los estudiantes honran frecuentemente su memoria.

Después estuvimos en Helsingborg, donde termina el Sund y empieza el Categat. Como allí el estrecho tiene solamente 4 kilómetros, y el agua forma corriente, parece que fuera un río y no un brazo de mar. ¡Cuánto me gustó Helsingborg! Es población pequeña, pero importante. Los hoteles son magníficos. ¿Y qué hay de malo en Suecia? Todos los servicios me parecieron superiores: correos, ferrocarriles, telégrafos, coches, vapores, fondas, nada dejan que desear.

¿Queréis ver en Helsingborg el trabajo del hombre? Pues ved su puerto con una muralla de 400 metros de largo, ó á un lado el inmenso viaducto del ferrocarril á Gotemberg. ¿Amáis los recuerdos históricos? Mirad también en el puerto la piedra que recuerda la llegada de Bernadotte en 1810, elegido rey por el pueblo sueco, y cuya dinastía es la única que sobrevive de todas las nacidas en los surcos de sangre trazados sobre el mapa europeo por la espada napoleónica, ó volved los ojos hacia la ciudad, y veréis en lo alto la antiquísima

torre de Karnan, que se eleva sobre unas colinas. Y si deseáis contemplar la naturaleza y el arte reunidos, subid á esa torre histórica y tended la vista en redondo: acá, al pie, la graciosa ciudad y el amplio puerto; más allá el Sund, y en medio de él la isla de Hven; más lejos, pero al mismo lado, la costa dánica con sus bosques, sus muelles, sus aldeas y sus palacios; para otro lado, en la embocadura del Sund, se divisa el mar del Norte, majestuoso y agitado, la costa sueca con el ferrocarril de Gotemborg, con los lujosos baños de mar, palacios de verano, y el pintoresco castillo real de Solfiero; atrás, un hermoso establecimiento de aguas minerales, llamado Helsan, y luégo el hermoso parque *Öresundpark*. La torre de Karnan es una inmensa mole, silenciosa, resto de un castillo mencionado en las guerras de suecos y daneses. Tiene más de treinta metros de altura, y sus muros son de cuatro metros de espesor. Parece el tronco petrificado de un árbol corpulento despojado de su copa y de sus ramas. No tiene ni una estatua, ni un friso, ni una cariátide, ni un escudo, ni una inscripción. Es muda, no cuenta nada de su historia; solamente señala en sus ladrillos rojos, hondas cicatrices hechas por las balas de los enemigos y por la mano de los siglos.

¡Quién pudiera seguir hasta Gotemborg, próspera ciudad de 100,000 habitantes; hasta Cristianía, la gentil capital de los noruegos; hasta Tranjem, la más septentrional de las grandes ciudades de Europa y donde terminan los caminos de hierro; hasta el cabo Norte,

donde se ve el sol de media noche! Pero hay que regresar á Dinamarca. El tiempo corre, y las coronas se acaban.

Adiós, generosa tierra sueca! He visto de ti una sola faja, pero ella ha bastado para fascinarme. Si algún día el viento de la vida me vuelve á empujar hacia la grande Europa, dirigiré mi quilla hacia ti, bendita tierra de Escandinavia

II

Nos embarcámos en Helsingborg varios pasajeros y un ferrocarril. Asombraos con esta compañía. El vapor tiene rieles sobre cubierta, á la misma altura del viaducto de tierra, y el tren se entró en él como en su casa, y dejó allí muchos vagones cargados. Los hábiles marinos los aseguraron bien con cadenas, y esos carros desembarcaron luégo en tierra dinamarquesa, y cogidos por otra locomotora siguieron su camino, ¡quién sabe hasta dónde! El trayecto se hace en veinte minutos, y durante ellos se goza de un panorama soberbio.

En Helsingör (*Elseneur* en francés) está el castillo de Kronborg. Vamos á él, que está poblado de recuerdos: historia y mitología cuentan sus muros, y allí pasan tragedias de Shakespeare y cuentos de Andersen. El castillo es de piedra tallada; fue construído á fines del siglo décimosexto, y lo rodean sólidas murallas y fosos profundos. Aquí cobraba el Gobierno danés el pasaje del Sund sobre los 15 ó 20,000 navíos que pasaban todos los años; las naciones marítimas rescataron este impuesto, no hace muchas décadas, pagándo-

le más de 80 millones de francos. En este castillo fue encerrada la Reina Carolina Matilde, mujer de Cristian VII. ¡Pobre Reina! Fue el último, noveno hijo de Federico Luis, Príncipe de Gales, y hermana de Jorge III, Rey inglés; á la edad de quince años fue casada con Cristian VII, Rey de Dinamarca; pero ni la corona que adornó su cuna, ni la que lució en su tálamo, la libraron de la desgracia. Como María Estuardo y como María Antonieta, fue bella, muy bella, y muy infeliz; joven, y sin experiencia, se dejó comprometer en intrigas con el corrompido ministro Struense, y fue condenada como adúltera á divorcio y destierro; sin embargo, parece que era inocente. Struense fue prusiano, hijo de un teólogo danés; graduóse de médico y se ensayó como escritor, pero sin buen éxito en ninguna de estas dos carreras; pensaba huír á la India, por estar acosado de deudas, cuando fue llevado á la corte de Cristian VII; éste lo hizo primero su médico, luégo su favorito, después preceptor de sus hijos, y por último, su primer ministro. Hizo en Dinamarca notables mejoras: abolió el Consejo privado y dio á la monarquía el poder que le había usurpado la aristocracia; dio libertad á la prensa, reformó útilmente la hacienda, la industria, las leyes penales, y disminuyó la influencia de Rusia. Un día cayó, y con él la joven Reina, sobre quien ejercía gran poder. El Rey los hizo juzgar, y fueron condenados. La Reina fue encerrada en el castillo de Kronborg, y todavía se señala allí la pieza donde estuvo; el Ministro fue decapitado junto con su mejor amigo, Brandt. La infeliz Reina murió

de tristeza, poco después, en una ciudad de Hannover, á los veinticuatro años, y en los momentos en que el Rey reconocía su inocencia y se disponía á perdonarla. La vista de aquel pequeño cuarto y el recuerdo de aquella triste historia me infundieron pavor, y salí apresurado á conocer el resto del castillo.

La mitología danesa ha puesto allí algunas de sus creaciones. En el fondo de las casamatas del castillo está el espíritu que protege al reino, y que saldrá de allí cuando la patria esté en peligro. La mitología escandinava, dice un autor, es menos graciosa, menos sonriente, menos delicada que la mitología griega, pero es más grandiosa, más viril y más moral. Sus divinidades son los Ases que habitan en Asgard, ciudad en el centro de la tierra. Odin es el más grande de los dioses escandinavos: es el Júpiter del Olimpo hiperbóreo. Hay allí también la lucha entre los dioses y los gigantes, en la cual no siempre resultan aquéllos vencedores, pero tendrán definitiva victoria en un día final, que semeja mucho en sus tradiciones al día del juicio de los cristianos, tal como lo predice el Apocalipsis. De ahí se ha creído que el *Edda*, su libro mitológico, ha sido modificado por las ideas evangélicas. La mayor parte de sus poéticas leyendas, heroicas y mitológicas, fueron escritas por sus bardos en caracteres rúnicos, luégo coleccionadas en el libro de los *Eddas*, y recientemente popularizadas por modernos poetas.

¿Habéis leído á Hamlet? Quizá porque él es uno de los más altos monumentos de la literatura universal. Recordaréis entonces aquel pasaje admirable en que

el espíritu del rey pasa delante de los centinelas; pues esto sucede allí en el terrado de este pintoresco castillo. También hay allí cuadros de muchos artistas daneses. La vista de lo alto de la torre es magnífica. Se ve el Sund desde la isla de Hven hasta el cabo Küllen, allá en el Cattegat. La impresión que deja la visita de aquel castillo, creo no se borrará jamás. Todos aquellos recuerdos artísticos, históricos, mitológicos, literarios, dejan en el alma hondísima huella, así como la vista de aquellos fosos profundos, de aquellos muros carcomidos, de aquellos escudos desportillados, de aquellas escaleras gastadas, de aquel patio solemne. y piensa uno en los días en que por aquellas ojivas vomitaban plomo los cañones sobre el mar; y en las antiguas, nebulosas dinastías que habitaron aquellas salas y pasearon por aquellos corredores sus ambiciones, sus odios y sus grandezas.

Pero el día cae; salgamos pronto del castillo, que puede aparecerse en sus rincones la sombra de un guerrero cimbro ó finés, armado de una maza erizada, ó de alabarda; ó el caballo de ocho patas y los dos cuervos de Odin; ó la figura sangrienta de algún vástago de los Skioldungianos, de los Estritidas ó de alguna otra extinguida dinastía; ó algún escaldo que cante sobre las murallas su hermosa saga para referirnos las proezas de Holgier el danés, compañero de Carlomagno, ó la historia de los Niebelungen.

El sol cayó dejando incendiadas las nubes por allá por las tierras de Jutlandia y el mar del Norte; el castillo quedó dorado por el resplandor de los arreboles;

en tanto que del otro lado, detrás de Scanis, como nacida del mar Báltico, la luna salió roja como un lingote de hierro sacado del horno de una ferrería; luégo, al levantarse, parecía un globo rosado; después, cada vez más grande, tomó un color amarillo, y ocultóse tras unas nubes de gasa que filtraban suavemente sus rayos. Jamás había visto tan bella la salida de Selena. Las aguas del Sund reverberaban extensamente su imagen. Las sombras invadieron lentamente el cielo, las torres, la tierra y el mar. Y el faro de la isla de Hven, dando vueltas, pasaba sus rayos sobre el estrecho como una espada de luz.

Helsingör es ciudad de bastante comercio; tiene 11,000 habitantes; hay varios paseos y baños de mar bastante cómodos. Réclus la llama el Versalles de Dinamarca. Los hoteles son pintorescos y lujosos. No lejos de allí están Marienlyst y Hallebeak, lugares bellísimos. No olvidaré la cordial acogida que allí nos dieron algunas familias danesas, ni el almuerzo que en unión de ellas tomámos, bajo un árbol secular, al frente del estrecho. ¡Qué grato me fue oír allí el idioma español en labios daneses! Casi todas lás señoritas de Copenhague hablan francés, ó inglés, ó alemán; el español raramente lo aprenden. Nuestra inteligente compañera de viaje, danesa, sí hablaba correctamente el español, el alemán, el sueco y su patrio idioma.

Por ferro arril fuimos á Fredensborg, grande aldea donde está el castillo de este nombre, y luégo á Hillerö l, pequeña ciudad donde está el castillo de Frederikeborg. El primero es la principal residencia

de verano de la real familia. Fue construído en 1720, en memoria de la paz celebrada en ese tiempo entre Dinamarca y Suecia. En este castillo fue festejado especialmente el jubileo del actual Rey Cristian IX. Os he mostrado los grupos de aquella real familia, donde tantas grandes coronas se han juntado, sacados en los días en que el Rey celebró sus bodas de oro, y que profusamente circularon por todo el mundo, en fotografía, al óleo y en grabado. Estos grupos fueron hechos en los salones y en la puerta de este castillo. En ellos está el rey, su esposa, sus hijos, sus yernos y sus nietos.

A Cristian IX le ha sonreído la fortuna como á pocos monarcas. Aunque descendía de Cristian III por línea agnaticia, nadie pensaba que él llegara á ceñirse la corona; hermanos mayores y otros parientes con mejor derecho parecían excluírlo del trono. Sin embargo, muertes, abdicaciones y su matrimonio con la reina Luisa le abrieron el camino. Su esposa tenía mejores títulos á la púrpura, y los cedió en su favor. Como Federico VII, su antecesor, no tenía hijos, fue reglamentada la sucesión de la corona, y se señaló por heredero á Cristian, con aprobación del Zar Nicolás como jefe de la casa Gottor y con la venia de las grandes potencias.

Ha tenido seis hijos: tres varones y tres mujeres. ¡Y cómo los ha casado! Federico, con Luisa, la hija del Rey de Suecia; Alejandra, con el Príncipe de Gales; Dagmar, llamada hoy María Feodorowna, con el Zar de Rusia; Thira, con el hijo del último Rey de

Hannover, Duque de Cumberland; Valdemar, con la hija del Duque de Chartres, y Jorge, el actual Rey de Grecia, con la gran Duquesa Olga de Rusia. Cristian es, sin duda, padre feliz. Como rey también lo es; bajo su reinado Dinamarca ha seguido en progreso; sus súbditos lo aman y su dinastía parece asegurada.

El castillo de Fredensborg se puede visitar fácilmente; se paga apenas media corona por la entrada. La de los parques es gratuita. ¡Qué hermosas son aquellas inmensas alamedas llenas de artísticos adornos! A un lado está el bello lago de Esrom, cuyas ondas lamen suavemente el verde tapiz de los jardines. Una muchedumbre de estatuas de dioses mitológicos, de personajes históricos y de campesinos noruegos, aparecen regadas por ahí en grupos al pie de los altos abetos y viejas encinas, y tienen no sé qué de misterioso y poético, que hace meditar en tiempos lejanos. Por ahí pasea frecuentemente el Rey Cristian, y se cuenta que suele hablar con amabilidad á los paseantes que encuentra á su paso. Los extranjeros que se le acercan llevan de él muy gratos recuerdos. Su jubileo fue visto con respeto y cariño en todo el orbe civilizado.

Dejámos con tristeza el blanco castillo que ha guardado á tantos felices de la tierra, y tomámos el camino de Hilleröd, donde está el otro castillo llamado Frederiksborg. Más antiguo que el anterior, y de un estilo diferente, es un edificio de cuatro pisos con varias torres y rodeado de fosos anchos y profundos. Allí hay todo un museo histórico y una exhibición del arte nacional. Vimos varios recuerdos de Tycho Brahe, entre

ellos una gran esfera, en la cual representó él su sistema planetario. Tycho Brahe fue, como es sabido, astrónomo eminente; Flammarión lo llama el observador más grande y laborioso de su tiempo. Nació en Scania, de una de las más nobles familias de Dinamarca, tres años después de la muerte de Copérnico, y mostró desde su infancia grande afición á la ciencia de Urania; se hizo conocer cuando publicó sus observaciones sobre una nueva estrella de la constelación de Casiopea. El Rey Federico II le dio la cátedra de astronomía en Copenhague, y luégo la isla de Hvèn, que varias veces he mencionado, donde puso su observatorio. Allí residió diez y siete años, y fue en esa isleta donde hizo sus mejores trabajos. La ciencia ha destruído después muchas de sus teorías, que luégo han resultado erróneas, pero esto nada amengua sus labores. Él fue el predecesor de otros astrónomos que perfeccionaron sus observaciones, y algunos de éstos, como Kepler, se formaron á su lado. Murió Tycho Brahe en Praga al empezar el siglo antepasado.

Hay en Frederiksborg algo muy imponente: es la capilla. Es del mismo estilo del castillo: estilo del Renacimiento, que tomó el nombre de Cristian IV. Allí se coronaban los reyes de la casa de Oldemburgo, y es allí el templo de la orden del Elefante. La ornamentación es espléndida. El techo y las paredes parecen abrumadas bajo los ricos adornos. El púlpito es de ébano y de plata; las sillas del coro, de artísticos embutidos hechos por los holandeses en tiempo de Cristian VI; el crucifijo del altar mayor, también de plata;

el oratorio del rey, de ensambladuras y marfiles magníficos. La magnificencia de esta capilla inspira veneración y respeto. El que no se siente allí, por profesar otras creencias religiosas, sobrecogido de mística unción, sí queda abrumado por tantos recuerdos, tanto arte y tantas grandezas. Arriba, en el coro, están los escudos de todos los caballeros azules de la orden del Elefante, la primera de las de Dinamarca y una de las mejores del mundo; su origen se hace remontar hasta San Canuto, que reinó hace más de ochocientos años, y ha sido respetada por el tiempo. La condecoración es un elefante con un negro sentado en la cabeza, una cinta azul y la divisa *magni animi pretium;* ha sido concedida á casi todos los soberanos de Europa y á muchos hombres notables en las ciencias y en las artes. A aquel á quien se le concede esta condecoración se le da escudo de armas si no lo tiene; vi entre varios de personajes conocidos, el de Pasteur, en cuyo blasón hay un perro rabioso. Soy republicano por todos cuatro costados, nací y me eduqué en los días en que mi patria era la más democrática de todas las democracias; sigo con entusiasmo las ideas de igualdad, por las cuales murieron nuestros próceres, ah! pero reconozco que si es un honor muy grande poder llevar sobre el pecho las insignias de aquella orden concedida tan sólo á los príncipes y á los sabios; á los artistas y á los escritores; á los filántropos y á los valientes; y lamento que en algunos países sean todos iguales: los benefactores y los bandidos, los genios y los vulgares; y que no tenga el mérito ninguna clase de recompensas, ni una cinta siquiera.

En el tren que nos llevó de Hirellöd á Copenhague me puse á hojear un libro mientras atravesábamos hermosos campos llenos de palacios, bosques, pequeños lagos y casas de verano, y pensaba en la grandeza de esta pequeña nación, y en el atraso de nuestra enorme patria. Allí leía, entre otros datos, los siguientes: tiene Dinamarca una superficie de 38,345 kilómetros cuadrados, y una población de 2.172,205 habitantes, no comprendidos en esto las islas Ferroe, ni Islandia, ni las colonias de las Antillas, ni el vasto desierto helado de Groelandia, sino solamente Jutlandia ó región continental y Zelandia con las otras islas adyacentes.

Su población se aumenta todos los años rápidamente, cerca del 1 por 100. El guarismo de nacimientos excede en mucho al de defunciones. En 1887 hubo 69,417 de los primeros y 40,645 de las segundas; el exceso fue de 28,772. En 1888 estos guarismos fueron semejantes: se mecieron 69,220 cunas y se abrieron 43,661 tumbas; exceso de las primeras, 25,559. En los nacimientos hay cerca del 11 por 100 de ilegítimos. El servicio militar es obligatorio: comienza á los veintidós años, de los cuales ocho en el ejército activo y la reserva. La marina es considerable. En 1890 comprendía 45 vapores de guerra con 294 cañones, 8 navíos acorazados, 9 cruceros de distintas clases, 8 cañoneras, 20 torpederos, un vapor del rey, 6 navíos escuelas, 5 antiguas cañoneras, 18 transportes, 4 buques de ejercicios y 6 chalupas del arsenal. La instrucción primaria es obligatoria: todo el mundo sabe leer y escribir. La Universidad de Co-

penhague tiene cinco facultades (teología, derecho y economía política, medicina, filosofía, ciencias) y tiene anexa una escuela politécnica; hay también un seminario teológico, una escuela de cirugía, otra agronómica y varias militares. La enseñanza profesional para mujeres está muy bien organizada. En 1882 se publicaron en Dinamarca 178 diarios y 2,370 libros. Los caminos de hierro tenían en 1889 una extensión de 1,969 kilómetros. Las líneas telegráficas 4,416, sin contar las de los ferrocarriles y las de los particulares. El servicio de correos es magnífico: allí jamás se pierde una carta, y hay oficina con carteros hasta en las más infelices aldeas.

Tiene este país un clima marítimo relativamente dulce y moderado; los inviernos son rigurosos, pero las primaveras son espléndidas. Sopla entonces el viento llamado *skai*, que desbarata las dunas y refresca los campos. Las excavaciones de hulla han suministrado en Dinamarca preciosos datos á la arqueología histórica. Se ha podido ver así que el clima progresivamente se ha recalentado: en el fondo de las hornagueras la vegetación es la actual de la Laponia: abedules enanos. Argumento este poderoso contra los que creen en el enfriamiento de la tierra, y que opinan que el Norte será inhabitable, por parecerles cada año más crueles los inviernos. También es bueno se tome nota de que el verano de 1892 fue tan cálido en Europa como no se sentía hacía muchos años.

Malte Brun, el ilustre geógrafo danés, hace así el boceto de sus compatriotas: "Sin duda la humedad de

la atmósfera y la cantidad de carne y pescado salado que sirven de alimento, contribuyen á hacer el carácter de ese pueblo grave, paciente, difícil de conmover. En otro tiempo conquistador insaciable, hoy valiente pero pacífico; poco emprendedor, pero laborioso y perseverante; modesto y orgulloso; hospitalario, pero no oficioso; franco y alegre con sus compatriotas, pero un poco frío y ceremonioso hacia los extranjeros. Ama sus goces más que el fausto; es más económico que industrioso, imitador de otros pueblos, observador discreto, pensador profundo, pero lento y minucioso, dotado de imaginación más fuerte que rica, constante, romántico y celoso en sus afectos, capaz de gran entusiasmo, pero rara vez de los ímpetus del alma, de las delicadezas que atraen el éxito ó la admiración; muy adherido á su suelo natal y á los intereses de su patria; muy poco cuidadoso de la gloria nacional; acostumbrado á la calma de la monarquía, pero enemigo de la servidumbre y del poder arbitrario; tál es el retrato del danés. En lo físico, es generalmente de talla mediana, bien conformado, rubio y de fisonomía dulce y agradable."

Esto es exacto en su mayor parte. En cuanto á la frialdad con el extranjero, no la vimos, y donde quiera que estuvimos se nos recibió cordialmente. Oh! compatriotas míos, que viajáis por Europa, dejad unas semanas la vida parisiense, y alzad el vuelo á esta hermosa tierra escandinava. Veréis en ella una naturaleza espléndida, unos mares muy bellos, unas ciudades muy cómodas, unos museos muy interesantes, un progreso muy sólido.

Tal vez Colombia pudiera entablar relaciones co-

merciales con aquellas naciones. El café y el tabaco se consumen allí en grandes cantidades, y en cambio se podrían adquirir para nuestro consumo, á mejores precios que en otras partes, guantes, pieles, loza, porcelana, herramientas de agricultura, y muchos otros productos de sus industrias, sus minas y sus campos.

Ahora que estamos pensando seriamente en la inmigración, debería buscarse ésta en los países del Norte. Ninguna podría ser más sana; las habrá iguales, pero no mejores. Esos hombres activos, honrados, graves y prudentes, harían mucho bien así en nuestro litoral como en el interior. Y hoy el éxodo de aquellos países es muy grande; la fecundidad de su raza y la poca fertilidad de su suelo los empuja hacia otras latitudes. Hace diez años (1882), emigraron 28,000 noruegos y un poco más del doble de suecos; no conozco estadísticas posteriores, pero sé que en esta década se ha aumentado mucho el número de emigrantes.

Merece la pena de que por lo menos se estudie el asunto. Otros países sudamericanos tienen comercio con aquellas naciones; en una ciudad de Suecia vimos artículos mexicanos. Hoy nuestro consulado en Copenhague parece que está vacante, y quizás convendría que se volviera á hacer el nombramiento. Allá se encontrarán personas competentes que lo desempeñen *ad honorem*.

¿Gustáis de estudiar la antigüedad? Pues Dinamarca es la tierra clásica de la arqueología prehistórica, y en ninguna parte como en ella se ha cultivado esta

ciencia. El investigador puede leer documentos indiscutibles de la edad de piedra y de la edad de bronce.

¿Amáis las bellas artes? En Dinamarca tenéis artistas eminentes de reputación universal. Allí se ha manejado el pincel, el buril, el lápiz y el cincel por hombres que ocupan hoy lugar preferente en las cimas del arte. Muchos nombres podría citar aquí, pero la enumeración sería larga y tal vez fatigante.

Y en cuanto á la literatura, está también el nombre dánico en muy alto puesto; hay allí escritores de alto vuelo. A Copenhague se la ha llamado *la Atenas del Norte*, así como sus islas se han comparado á las Cícladas. La instrucción pública ha progresado allá como tal vez en ningún otro país del mundo. En aquellos países sabe leer y escribir hasta el pescador más humilde.

Cuando volví á entrar en Copenhague, sentí la dulce emoción que se experimenta al entrar á una ciudad conocida: algo como lo que pasa al volver á París, que es la segunda patria de todo el mundo.

Cuando se llega por primera vez á una gran ciudad, se siente una especie de asombro, admiración mezclada de miedo; pero en el segundo viaje, en que yá sabemos el nombre de sus calles, la situación de sus palacios, y hay allí rostros conocidos y nos aguardan brazos amigos, se siente placer inmenso, que algo semeja la vuelta á la patria.

Señalamos desde muy lejos sus edificios, llamándolos por sus nombres. Allí están las grandes torres del castillo de Rosenborg, de las cuales la más alta tiene

cien metros; no lejos de ellas la majestuosa cúpula de la iglesia de Mármol (*Marmorkirken*); hacia otro lado la larga flecha de la torre de la Bolsa, formada de cuatro dragones que reposan sobre el vientre mirando la ciudad, y levantan hacia arriba sus largas colas y las enlazan en el aire; detrás de ella el curioso campanario de la iglesia del Salvador, que tiene al exterior, en línea espiral, su escalera de 397 gradas, y en cuya cima está la imagen del Salvador. También allí se ve en medio la gran torre redonda de la iglesia de La Trinidad, que tiene 15 metros de diámetro y 36 de altura; no lejos de este lugar el chapitel de la torre de la Universidad, y más acá se adivina dónde está Tivoli por un globo que con dos intrépidos aeronantas cruza la atmósfera diáfana, y que ha salido del hermoso jardín para perderse en las nubes y caer luégo muy lejos, tal vez en el mar ó en la nación vecina.

En los pocos días que permanecí en Copenhague, conocí algo de lo mucho que me faltaba: el *Teatro Nacional*, en estilo del Renacimiento y de construcción reciente. A los dos lados de la entrada están las estatuas de Holberg y Öhlenschloeger, las dos plumas que han enriquecido el teatro danés. El uno es cómico, y el otro trágico. Holberg ha sido llamado el Plauto de su país, y es, sin duda, el fundador del arte dramático en Dinamarca; su ciudad natal, Bergen, le ha levantado también una estatua en uno de sus mejores sitios; noruego de nacimiento, vivió la mayor parte de su vida en Copenhague, donde fue profesor de literatura en la Universidad, publicó sus obras y murió en 1754.

Cultivó igualmente la historia y publicó sobre ella interesantes volúmenes. Muchas de sus comedias están traducidas al francés. "Este gran polígrafo, dice un autor, domina no solamente la escena, sino aun las principales ramas de la literatura. Lo es todo á la vez: poeta, cómico, satírico, autor de una *Utopía*, filósofo, moralista, historiador, geógrafo, memorialista, biógrafo, topógrafo. Así la primera mitad del siglo XVIII es llamada con justo título el período de Holberg. En los géneros que cultivó ha tenido émulos, pero nó iguales."

Öhlenschloeger, más moderno que Holberg, fue un poeta de gran aliento. Nació en el castillo de Frederiksborg, que arriba he mencionado, del cual era su padre administrador; primero se hizo actor como Molière, y después se dedicó por completo á las letras; se le llamó el Corneille de Dinamarca; en Copenhague se le colmó de honores por el Rey y por sus súbditos, y tuvo hasta su muerte la cátedra de literatura en la Universidad. Conocedor profundo de la Mitología escandinava, fueron sus héroes los dioses de este majestuoso Olimpo: uno de sus poemas es *La muerte de Balder*, hijo de Odin y de Frigga, el Apolo del Norte, el dios de la elocuencia y al mismo tiempo el genio de la paz, de la piedad y de la moderación, que murió en un torneo, atravesado por una jabalina lanzada por Oder, el dios de la suerte; una de sus tragedias es *Stercather*, el Hércules danés, á quien se atribuyen acciones de muchos héroes; otra es *Haken*, iarl de Noruega, el último defensor del paganismo; otra, *Palnatoke*, céle-

bre corsario, *rey del mar* del décimo siglo, que fundó en la isla Wollin una asociación de piratería caballeresca, y que mató á un rey de Dinamarca, á Harald Blaatand; una de sus comedias es el *Altar de Freya*, la Venus de los escandinavos, que nació, si no entre las espumas como la diosa griega, sí de una divinidad acuática; sus lágrimas eran de oro y su carro lo arrastraban dos gatos; el viernes le estaba consagrado, lo mismo que á Venus, y de ahí viene que se llame en danés á tal día *Freitag*. Öhlenschoeger murió en 1850 en avanzada edad.

No lejos del Teatro, siguiendo una hermosa calle por donde pasa un tranvía, se encuentran otras dos estatuas, no como las anteriores, de hombres que trabajaron con la pluma, sino de dos marinos ilustres que dieron á Dinamarca días de triunfos y de gloria. Primero está la de Niels Juls, uno de los más grandes héroes daneses, que en 1677 ganó sobre los suecos la famosa batalla campal de Kyöge. La estatua es de bronce y llena de majestad. El elegante traje, de gran sombrero, dormán, altas botas, la mirada arrogante como buscando al enemigo sobre el líquido horizonte, y el brazo extendido como para acompañar su voz de mando, inspiran no sé qué entusiasmo y brío, aun al pobre extranjero ajeno á las grandes luchas internacionales, y que sólo sabe cruzar el mar como pasajero y derribado por el mareo.

La otra estatua es la de Tordenskjold, que está frente á una antigua iglesia, restaurada no hace mucho tiempo. Tordenskjold es uno de los hombres que

ha hecho carrera más brillante: cuentan que en su infancia fue aprendiz de barbero; á los trece años entró á la escuela de navegación de Copenhague, y allí se distinguió de tal manera, que pronto empezó á ascender; de cadete subió á jefe de un buque corsario, después se le confió una fragata, luégo se le hizo capitán, ayudante general, comandante en jefe de la armada, vicealmirante; cuando recibió este bastón tenía apenas veintisiete años; su valor era de colombiano y su pericia excepcional; el rey lo llamó *Tordenskjold*, que quiere decir *Rayo-escudo*, y con ese nombre lo conoce la historia, pues el suyo era Juan Wessel. Cuando el monarca le dio el nuevo bautismo, le dijo: "Tú eres el *rayo* que anonada á los suecos, y el *escudo* que cubre la marina de mi reino." Este hombre extraornario, á quien respetaron las balas de los cañones y las saladas olas, murió en duelo en una ciudad de Alemania. En la iglesia, que queda ahí junto á la estatua, están las tumbas de estos dos bravos marinos.

Otro día estuve en el jardín de Rosenborg. Es él, como dice Bædeker, el *rendez-vous* de los niños de Copenhague. Se ven en aquel hermoso parque dos magníficas entradas, largas alamedas, puentes, estanques, bustos, aire embalsamado y una tropa de rozagantes nodrizas, de elegantes madres y de juguetones niños. Hay allí también una estatua de Andersen, el novelista más popular de Dinamarca. Tiene una biografía interesante: su padre fue riquísimo en su juventud y luégo cayó en la miseria, hasta tal punto, que se hizo zapatero, y el día de su matrimonio compró en una

venta pública un catafalco, del cual hizo su tálamo; en tan extraño lecho vino Andersen al mundo; en Odensee señala una lápida la casa donde nació (1805). Muy niño aún, perdió á su padre; se puso á trabajar en distintas fábricas, pero en todas se cansaba y sentía aspiraciones por otra carrera; solamente iba con gusto á la escuela de pobres; y en sus ratos de descanso se entregaba con entusiasmo á la lectura. Un día se vino para Copenhague con tres decenas de francos; fue á un teatro de drama, y el director lo encontró muy raquítico y lo rechazó; empezó á trabajar en el canto, y á poco tiempo perdió la voz; emprendió luégo en la danza, y tuvo, bajo el manto de Tersícore, nuevos fracasos. Pero algún tiempo después, yá en los diez y ocho años, publicó un tomo de ensayos poéticos; varios literatos lo conocieron entonces y adivinaron su genio; lo colocaron primero en un gimnasio y luégo fue becado en la Universidad. Vino entonces la serie de éxitos como antes había tenido cadena de desventuras; sus poesías fueron aplaudidas con entusiasmo, se le puso en la línea de los primeros poetas del Norte, y el Rey le concedió una pensión. Después viajó por casi toda Europa y fue á Oriente, de donde trajo un volumen: *El bazar del poeta;* se le hizo entonces comendador de la orden del Dannebrog. Fue escritor fecundísimo; sus obras, publicadas en Leipzig en 1848, constan de treinta y cinco volúmenes; muchas de ellas están traducidas al francés. El género que mejor cultivó Andersen fue el de los cuentos; conocía profundamente la mitología escandinava, y sacó de aquella fuente inagotable precio-

sas narraciones. "El más popular de todos sus libros, dice el biógrafo que nos da estos datos, es el *Libro de imágenes sin imágenes,* serie de entrevistas del autor con la luna; ésta viene á visitar cada noche al poeta en su morada; ella le describe los paisajes que ha visto en Copenhague, en las orillas del Ganjes, en Groelandia, en Sahara; y le refiere los cuentos que ha recogido en Venecia, en las ruinas de Pompeya, ó en las riberas del río Amarillo. 'Pínta lo que yo te cuento, le dice ella, y tendrás un bello libro de imágenes.' Andersen siguió el consejo y escribió una serie de cuadros llenos de calor y de color, impregnados de gracia poética y de encanto extraño y dulce."

Muchas más estatuas hay en Copenhague: sus reyes y sus legisladores; sus marinos y sus poetas; sus astrónomos y sus filósofos; sus naturalistas y sus dramaturgos, todos tienen allí un busto ó una estatua que recuerde sus glorias. Quisiera detenerme ante todos estos mármoles y bronces levantados por una posteridad agradecida; pero los días yá son cortos. Ya el viejo invierno nos hace sentir su aliento frío; ya se ve una orla de su manto que alcanza á nublar un poco los rayos de Febo. Vámonos antes de que asome bien su cabeza y empiece á dejar caer sus canas. Alcemos el vuelo al Mediodía, que allá nos aguardan un sol todavía esplendoroso y campos bañados de luz como las tierras calientes de mi hermosa Colombia.

1882.



EL PASMO DE SICILIA

> Más de una vez noté que las lágrimas se me saltaban de los ojos ante aquel lienzo; mi corazón se ennoblecía y mi espíritu se elevaba á un nuevo cielo de ideas.
>
> Amicis, *España.*

No todos los visitantes del Museo del Prado desfilaron hacia la gran puerta, cuando los guardianes anunciaron, á las cuatro de la tarde, que iban á cerrar. Un joven de figura hermosa y correcto vestido se dirigió hacia una de las salas interiores yá desierta, y se ocultó en un rincón tras un caballete que sostenía el esbozo de un cuadro de Juan de Juanes.

Concurrido había estado el Museo en aquel día. Era la época del nuevo centenario colombino, y Madrid celebraba grandes fiestas. La joven América cumplía entonces cuatro siglos, y la madre patria, la vieja Iberia, festejaba su natalicio. Extranjeros y provincianos visitaban con frecuencia el valioso santuario del arte, y sus salas estaban llenas durante el día con gentes de todas las naciones.

Poco á poco fue quedando vacío. Los artistas enjugaron sus pinceles, guardaron sus colores y coloca-

ron cuidadosamente sus copias. Cuando salieron los últimos curiosos (dos alemanes que se detuvieron un rato en el vestíbulo á contemplar el cuadro de Goya: *La lucha del pueblo de Madrid contra los mamelucos de Napoleón I*, un americano del Sur que lanzó una última mirada al retrato de Felipe II, y una rubia inglesa que se había demorado cerrando su caja de pintura), el real Museo quedó desierto.

Los celosos guardianes dieron un paseo por todas las salas, y recogieron algunos objetos caídos: un pincel, una cinta, papeles sin valor; y convencidos de que allí no quedaba encerrada con las esculturas inmóviles y los lienzos mudos sino la gloria, que impalpable no puede arrojarse fácilmente á la calle, cerraron tranquilamente las enormes puertas.

En su escondrijo oyó el joven el rechinar de las hojas al rodar sobre sus goznes, el ruido que hacen al besarse tras de un día de divorcio, y los golpes metálicos de las llaves al voltear en las cerraduras. Pensó entonces en salir de su rincón; pero los haces de luz de un día de otoño que filtraban por las amplias claraboyas, y los alegres ruidos de la calle que se entraban por las ventanas, le infundieron pavor: podría ser visto de alguna parte, quizás quedara aún alguna persona en el Museo. Resolvió permanecer oculto algunas horas más. Había entrado á las dos, cuando las salas estaban llenas de curiosos; y en tanto que todos contemplaban con éxtasis las obras maestras, él había buscado el lugar donde podría ocultarse á la hora de salida, y el cuadro que fuera objeto de su crimen. El

sitio escogido no podía ser mejor: un salón pequeño, el menos frecuentado, y tras de un caballete que no había tenido ese día la visita de su dueño.

En cuanto al cuadro, la resolución también estaba bien tomada. Yá que iba á cometer una falta enorme, á correr peligros, á sufrir una noche de privaciones y angustias, había que buscar algo muy bueno, algo superior en medio de aquellos millares de obras maestras. Pensó primero en las *Tres Gracias,* de Rubens; luégo en la *Escala de Jacob,* de Rivera; después en la *Victoria de Lepanto,* del Ticiano. Allí estaban todas las escuelas y todas las épocas del arte: temas sagrados y profanos, la guerra y el campo, la historia y la fábula, los reyes y los sabios, la fauna y la flora, la naturaleza, los dioses, los niños, las ciudades, los monstruos, el mar, la muerte, el amor y los toros. El quería algo valioso, muy valioso. Estaba arruinado. Heredero de cómoda fortuna y de ilustre nombre, todo lo había derrochado; y esa mañana, almorzando en Fornos, dejó sus últimos dineros. Tan sólo conservaba unas alhajas que fueron de su buena madre.

Su plan era sencillo: arrancar del marco un cuadro, salir esa noche misma, si encontraba modo, por alguna ventana, ó al siguiente día cuando abrieran las puertas, ocultándose á los guardianes.

Cuatro de sus amigos, compañeros de placeres y aventuras, partían pronto á ultramar, al universal certamen de Chicago. El partiría con ellos. Allá vendería, en tierra extraña y á gentes desconocidas, el gran cuadro. Su fortuna mejoraría entonces; regresa-

ría á España y se uniría con Carmen, la esposa que soñaba tras las vanidades y orgías de su juventud. Carmen, con quien yá no podría unirse, por hallarse arruinado y acosado de deudas.

La luz de aquel día cristalino se empezó á amortiguar. Las sombras fueron llegando, tiznaron el aire y se amontonaron en los rincones. El joven salió entonces de su hueco. Al levantarse tumbó una paleta, y el ruido le hizo estremecer. Dirigió sus pasos hacia el gran salón donde estaba el cuadro que buscaba: *El Pasmo de Sicilia.*

¡El Pasmo de Sicilia! El cuadro sobrenatural, el cuadro milagroso. Aquel que representa los dolores y la agonía de un Dios, y que fue pintado por un hombre á quien llamaron *el Divino,* nacido y muerto en viernes santo; aquel cuadro que se salvó intacto en un naufragio en que perecieron hombres y equipajes, y que fue llevado por Napoleón como su mejor botín, y luégo rescatado por España como su mejor tesoro.

Oyó ruido de pasos y se detuvo un instante. El ruido cesó: era el eco de sus pisadas. Siguió, y entró á otra sala alumbrada por débil crepúsculo.

Un hombre alto, envuelto en una capa, de sombrero chambergo, de cara cínica y burlona, se le presentó delante. Iba á retroceder, cuando comprendió que era un lienzo clavado en la pared: *Menipo,* el filósofo avariento pintado por Velázquez.

Siguió á otra sala, resuelto, audaz, dominando sus nervios. Perdido anduvo gran rato, hasta que al fin llegó á la enorme galería donde está el cuadro de Rafael de Urbino, el Homero de la Pintura.

La oscuridad era completa, pero el joven había

tomado sus precauciones. Sacó del bolsillo fósforos y el cabo de una bujía. Los cuadros se animaron. Dioses, hombres, animales y monstruos despertaron al reflejo de esa luz, y lo miraban con asombro unos, con burla otros, varios con cólera. Se sentó frente al *Pasmo*, en el rojo diván, y empezó á contemplarlo.

Era el momento en que el Señor caía nuevamente bajo el peso de la cruz, en la puerta Judiciaria. El Cireneo le ayudaba con su robusto brazo, que había derribado allá en Libia cedros más grandes que aquel madero; María, la madre virgen; Juan, el discípulo amado; la bella pecadora de Magdala y Salomé, madre de apóstoles, lloraban con intenso dolor; el centurión brutal é imperioso ordenaba seguir la marcha. Allá á lo lejos estaban las otras cruces en la cima del Gólgota.

Un recuerdo de la infancia tuvo entonces el joven. Empezó á ver los vía crucis que al lado de su buena madre visitó muchas veces, siendo niño, en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha. ¿Qué se hicieron aquellos tiempos? ¿Aquella madre tan cariñosa, aquella infancia tan pura? Una y otra habían muerto. La madre triste, muy triste, al ver al hijo amado olvidando su fe y sus deberes, y entregado á placeres vedados. La infancia, reemplazada por una adolescencia rebelde y por una juventud loca. Sintió un momento saltar en el corazón la antigua fe, los borrados afectos, los deberes olvidados.

Pero volvió á tener valor. Atrás el miedo y las preocupaciones, dijo, y avanzó hacia el cuadro. Vio

entonces nuevos detalles: Jesús tenía la boca entreabierta; en ella había á un mismo tiempo amargura y bondad; el dolor agudo y la doctrina evangélica salían juntos de los labios cárdenos; no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, había dicho el Señor á las benditas mujeres, y ahora parecía lanzar un gemido; nimbos de gloria rodeaban la cabeza del Salvador y de las santas. Sacó entonces el joven un hermoso cuchillo forjado en los yunques de Toledo. Al abrir la hoja, guardada en ricas cachas de hierro, vio la inscripción: *No me saques sin razón, ni me guardes sin honor.* Era un adorno aquel instrumento de la panoplia de su padre. Sólo eso quedaba de aquella rica colección de flechas y jabalinas, de partesanas y alfanjes, de arcabuces y mosquetes. Pensó entonces que oía la voz del viejo castellano; y al mirar en el cuadro el casco del abanderado romano, recordó también los blasones del escudo de armas de su familia, que el autor de sus días guardaba con tánta veneración.

La bujía chisporroteaba lúgubremente. El Señor miraba con tristeza divina, y de su frente caían gotas de sangre; se oía el estertor que salía de su boca. Pero no era el lazo del sayón, ni la lanza del pretoriano, ni la corona de espinas lo que le hacía sufrir; ni el peso del madero, ni el golpe con las piedras, ni el llanto de las mujeres, ni los gritos del judío, ni las amenazas del romano. Era aquella hoja toledana. Jesús la miraba fijamente; parecía pedirle misericordia. Sintió el joven escalofrío y temblor, y al sentir en los dedos unas go-

tas de esteárica que derramó la bujía, creyó que era la sangre del rostro de Cristo que le caía en las manos.

Nó, él no podía robar aquel cuadro. Pensó en llevarse otro. ¿Pero cuál? Volvió á mirar hacia atrás y vio una oscuridad medrosa. A los lados, sumidos en misteriosa penumbra, vio reyes, héroes, santos, mendigos y dioses paganos, que al reflejo moribundo de la bujía lo miraban, se movían y lo llamaban. Los nervios acabaron de irritarse; sintió la necesidad de andar. Hubiera salido corriendo, á estar franca la puerta. Empezó á recorrer las salas y galerías, como perseguido por un fantasma. La bujía se puso á parpadear, arrojando á intervalos llamas rojizas sobre los lienzos de colores; y todas las figuras se movían. Las *Concepciones* de Murillo subían al cielo, rodeadas de ángeles que volaban en torno de su manto azul; los santos del Españoleto, anémicos, medio desnudos, martirizados, mostraban sus huesos sin carnes, las llagas de sus suplicios, los harapos de sus vestidos; las meninas y los bufones de Velázquez lo miraban con risa burlona; las manolas y los chulos de Goya le volvían altaneros la espalda; Vulcano golpeaba el yunque al reflejo de luz infernal; San Jerónimo escribía en el desierto; los pastores adoraban al niño; Prometeo gritaba con las entrañas desgarradas; los borrachos miraban la sala con sus copas de rojo vino en la mano; y todo aquel mundo de santos del cristianismo, de creaciones mitológicas, de ángeles y endriagos, de enanos y ninfas, de caballeros y animales, de soldados y cenobitas, de mujeres y demonios, empezó á moverse y á llamarlo. Las

andaluzas hermosas, las copas de manzanilla, el oporto de púrpura, los toros majestuosos, los abanicos de colores, la jota aragonesa, las panderetas y los clarines: eso veía por momentos pasar á los reflejos de la luz que yá quemaba sus dedos. Luégo las madonas inmaculadas, los mártires de la fe, los ermitaños en el desierto, los serafines y los querubines, las arpas y las palomas, el Señor en el pesebre, el Señor en medio de los Doctores, el Señor en la columna, el Señor en la cruz, el Señor en el sepulcro. Aquello se le figuraba el juicio final: allí los benditos á disfrutar el reino de los cielos; allá los malditos al fuego eterno. El había formado con unos toda su vida. ¿Por qué no formar con los otros?

La luz se extinguió cuando volvía agitado, febril, horrorizado otra vez ante el cuadro de Sancio el divino. El salón no quedó, sin embargo, en la oscuridad. La luna había aparecido, y al través de los altos cristales deslizaba sus rayos.

Uno de ellos caía sobre la cabeza del Nazareno: ahí estaba todavía caído: iba al suplicio por redimir la humanidad; la sangre seguía goteando de su frente; y allá á lo lejos se divisaba el monte de la Calavera, donde iba á terminar su agonía.

¿En qué había parado todo aquello, esa pasión, esas doctrinas, esos apóstoles, esos verdugos? El joven no había olvidado sus lecturas bíblicas. Salem, la ciudad deicida, fue arrasada por las legiones de Tito. La cruz, instrumento de infamia, era hoy símbolo de redención y abría sus brazos, en altas cúpulas, sobre las mejores ciudades del mundo. El Gobernador de la

baja Galilea y Caifás, el acusador en el Sanedrín, despojados del poder, con la conciencia en insomnio y perseguidos como Caín por un ojo implacable, se dieron por propia mano la muerte. Lo mismo el infame Iscariote, sin poder gozar de sus treinta siclos. Y las víctimas glorificadas en los altares de todo el orbe al cabo de veinte siglos.

Vacilando se sentó el joven nuevamente frente al divino lienzo; guardó sin pensarlo el cuchillo, cerró los ojos y siguió meditando. ¿No habría otra vida mejor que la que había llevado hasta entonces? ¿El corazón encanallado podría aún ennoblecerse? Sí; él podía aún ser bueno, huír de la orgía, hacer bienes y pensar en el cielo. La vida del claustro con su soledad y sus privaciones, lo tentó; se sintió en la capilla de un convento, lejos del mundo y escuchando voces celestiales. Vio á la Virgen, á los Apóstoles, á los Patriarcas, á los Profetas, á los Arcángeles y á los Tronos que lo llamaban; sintió olor de incienso, y oyó el Miserere y el Aleluya.

Su éxtasis duró varias horas. Cuando abrió los ojos, el rayo de luna daba sobre el brazo que Jesucristo apoya en la piedra, y creyó que lo había levantado para cogerlo. Yá no pudo más. Rodó desmayado sobre el pavimento.

....

Del *Sud Express*, aquel lujoso tren que viene desde las playas del Tajo y va á las orillas del Sena, se desmontó tres días después el mismo joven en la estación de Burgos.

Tomó allí un coche en su afán de llegar aprisa al convento de Miraflores. Atravesó la antigua ciudad, que se asemeja por sus angostas calles, su constante lluvia, sus negros vestidos y sus viejos edificios, á algunas de las ciudades que duermen ateridas en las faldas de los Andes. No quiso mirar ni los arcos históricos que ornan sus calles, ni los góticos campanarios de la magnífica catedral. Subió la colina yerma donde está el monasterio. En la puerta había una nube de mendigos, y repartió entre ellos sus últimas monedas. Atravesó un claustro desierto, y sonó la campanilla. El hermano portero le abrió, y lo llevó al fraile superior. Las puertas del mundo se cerraron para él entonces. Allí, encargado del aseo de la capilla, vive yá hace meses, con su hábito blanco y la cabeza rapada.

Los guardianes del Museo lo encontraron sin sentido aún al día siguiente de su criminal intento, y lo hicieron volver en sí. En vano lo registraron á él y registraron todas las salas. Ningún robo se había cometido. El dijo que lo habían dejado encerrado cuando contemplaba un cuadro en una de las salas interiores. Así quedó en libertad.

Se ignoran en Madrid aún las causas por qué aquel joven elegante, de ilustre apellido, amigo de alegrías y aventuras, lo dejó un día todo por el sayal del cartujo. Nadie ha podido hablar con él. Cuando algún madrileño, amigo de sus alegres días, llega á entrar á la capilla en momentos en que él está allí po-

niendo aceite á las lámparas ó sacudiendo el polvo de las sillas, corre y se postra de rodillas ante la estatua de San Bruno, y permanece en oración hasta que lo dejan solo los profanos. Cuenta él á sus hermanos que entonces oye las voces y la música que oyó aquella noche en éxtasis ante el *Pasmo de Sicilia!*

1893.





EN VACACIONES (1)

I

Queridos Directores:

Alguno dijo que Colombia debería tener una literatura de viajes. En realidad, ¡qué gran fuente de inspiración es el patrio territorio! Ríos majestuosos, selvas oscuras, montañas enormes, poéticas colinas, valles de esmeralda, arroyos de cristal, simpáticas aldeas. ¡Y qué gran servicio se haría á la Geografía patria, aún incorrecta, si se hicieran, ó se escribieran cuando se hacen, algunos viajes dentro del país! La descripción de algunas de nuestras bellezas naturales, tenemos que buscarla en viajeros extranjeros. Cierto es que la monótona mula, la prosa de los arreos, los caminos llenos de precipicios y barrizales, y las posadas de la edad media, arredran al pobre literato, que gusta más del reposo tranquilo en medio de sus libros. Pero estos viajes tienen su encanto, y más interés que los viajes en tren. Cuando nuestros literatos han dejado la vida de la ciudad enervante y han salido por los campos, han hecho sus mejores obras: Ortiz can-

(1) Carta publicada en la *Revista Gris.*

ta á Tunja desde el alto de Soracá, Gutiérrez González á Aures, Isaacs á Río Moro, Madiedo al Magdalena, Fallon las rocas de Suesca. Pero ¡cuánto sitio hay por ahí pidiendo una pluma ó un arpa! Y nuestro arte infantil, ¡qué temas tan grandiosos encuentra en esta naturaleza tropical! Aquí no más están Icononzo y el Tequendama, pidiendo un pincel que vaya á mojarse en las rojizas profundidades de aquel abismo ó en los iris de la hermosa cascada.

¿Cuándo tendremos otra comisión corográfica que complete la obra de la del año de 1856? De aquélla nos quedaron los mapas de Codazzi, la peregrinación de Alpha, la Geografía completa de algunas provincias, y un libro de preciosas láminas que guarda nuestra biblioteca con maternal cariño. En vez de comisiones sabias, han recorrido después nuestro territorio comisiones electorales.

Esto, y no recuerdo cuántas cosas más, hablaba yo con un buen amigo (Pablo Rocha), atravesando en dos mulas pardas, á paso de camino, los llanos del Guamo en dirección al Chaparral. ¡Cuántas bellezas habíamos dejado atrás! En el camino había no sé cuántos panoramas que pedían un soneto, y no sé cuántos paisajes que pedían una acuarela:

La laguna de *La Herrera* con su silencio melancólico, sus tristes juncos y sus aguas dormidas, donde parece que hubiera quedado sepultada la nación chibcha, así como en el Mar Muerto yacen las ciudades malditas; de ella había hecho mi compañero un hermoso paisaje que fue admirado en el *Salón* de Bogotá.

Un cerro, cerca del Pencal, formado de piedras enormes, trepadas unas sobre otras como llovidas del cielo ó amontonadas por los cíclopes y los titanes, en su lucha para escalar el Olimpo.

La boca del monte con sus nieblas, que semeja las fauces y el aliento de un monstruo. Ahí muere la sabana fría y empieza el descenso hacia los climas cálidos; es la puerta para salir del valle de los Alcázares hacia las regiones ardientes. Nos recuerda los grabados del poema del Dante, y nos parece que por ahí vamos á entrar á uno de los círculos del infierno; pero á pocos pasos, cuando creemos hallar la oscuridad y buscamos la sombra de Virgilio, divisamos allá abajo un horizonte lleno de claridades, con cerros azules y aire diáfano, y nos llegan los alegres ruidos del monte.

Una cañada que hay á la izquierda del camino con vegetación exuberante, y profundidades misteriosas donde se me figura que debe de haber parásitas azules y escarabajos de oro.

La cascada del Tambo, que parece de leche, que trata como de esconderse á las miradas del viajero, y tiene algo agreste y misterioso que encanta.

El mercado de La Mesa, donde se cambian los frutos de los dos climas Allí los sabaneros con las blancas piedras arrancadas en Zipaquirá al corazón de la salina, y los calentanos con los pequeños granos del teobroma, cogidos en los cacaotales del Sur del Tolima.

Tena con su arroyo bullicioso y cristalino y su rústica iglesia, que recuerda *El Pilar de la Oradada* del viejo cantor de *Las Doloras*:

Está el pueblo fundado sobre un llano
Más grande que la palma de la mano,
Y á falta de vecinos y vecinas
Circulan por las calles las gallinas...
Pueblo feliz que olvida el mundo entero;
Que tiene ante la iglesia una plazuela,
Iglesia que es más grande que la escuela,
Y escuela que es más chica que un granero.

El río de Anapoima, donde el paisaje es magnífico. Allí el Funza baja impetuoso; aquel río perezoso y mudo arriba en la Sabana, después del tremendo Salto cambia de genio y sigue furioso bramando, llenándose de espuma, dando tumbos y formando remolinos.

Las Juntas de Apulo con sus dos ríos amarillento el uno, y el otro negro, que forman allí su contubernio. ¡Qué grata es la llegada al alto, rendidos de calor y de fatiga, y divisar abajo las dos corrientes rumorosas que alegres corren á celebrar su boda y parecen entonar un epitalamio, y las casas de la orilla, y el puente del Apulo, las robustas ceibas, la calle que lleva á la estación, los carros del tren, las fértiles vegas, las recuas de bestias y los cerros vecinos! El corazón se ensancha con la hermosa vista y con el término de la jornada. Las mulas también se alegran: tienden las orejas hacia adelante y miran con delicia el agua que van á beber y el tren que va á librarlas de su peso. Cuando el ferrocarril haya trepado por las vegas del Apulo, los viajeros que lleguen no tendrán la emoción de aquel paisaje.

El camino de Juntas á Girardot, donde el tren cruza una tierra de fuego. El sol cae implacable sobre

aquellas dehesas; se siente el vaho de mil retortas. El viajero experimenta la felicidad del progreso al verse sentado en cómodo vagón y recordar los días en que por allí se viajaba en mula. Se ven potreros tostados por sol ardiente, y el ganado que sestea á la sombra de árboles enanos; los pastos están amarillos, todo aparece inmóvil á los lados del tren; á trechos se pasa por sobre el lecho de algunos arroyos secos con el verano, y á veces por cerca de unas lagunas verdes de agua corrompida; las hojas de los arbustos se inclinan y retuercen bajo los rayos de fuego, la tierra da emanaciones de horno, se siente ondular un aire cálido. De los espinos á las cercas de piedra pasan con su vuelo menguado los negros *firibuelos;* algunos cactus como candelabros levantan los brazos; sólo un bosque de palmeras interrumpe la monotonía de aquel paisaje de estio.

El Magdalena, nuestra majestuosa árteria, que baja por Girardot en silencio, y que ahora se puede allí contemplar desde lo alto del mirador que ha hecho un hombre de gusto. Se ve al gran rio serpentear formando soberbias curvas y pasar mansamente por debajo del puente de hierro, arco triunfal del progreso; á este lado el pueblo con su estación y sus casas pintorescas, y allá en la otra orilla los llanos inmensos y ardientes del Tolima, que se prolongan muchas leguas, y donde la mirada se pierde en un mar sólido, calcinado por un sol de fuego, con algunos grupos de árboles á manera de islas en el océano ó de oasis en el desierto.

La iglesia del Espinal, que eleva la blanca cúpula en medio de la llanura por sobre las copas de las pal-

mas y del bambú, y que el viajero contempla desde muy lejos.

Y el Guamo con sus bellos campos, sus bosques de palmeras y su poético río.

Todo esto quedaba atrás. Ahora era el llano inmenso y ardiente, que se parece á Palestina. Los colombianos que han ido á la Tierra Santa lo han dicho; Cordobés, el primero que la visitó, se acordaba del valle de Neiva, cruzando los campos de Jerusalén. El paisaje, no obstante su monotonía, es bello, como son hermosos el desierto, el mar y las pampas. Los conquistadores, sin embargo, llamaron á esto el Valle de las Tristezas. La tierra seca, cubierta de pequeña grama, con caminos como de hormigas arrieras; las palmas de troncos largos y rectos como columnas de un templo derruído, y unos ramajes como penachos gigantescos; á ratos unas chozas cubiertas de paja y rodeadas de mangos y ceibas; las pirámides construídas por el comején, más grandiosas para ese pueblo de gusanos que lo son para la humanidad las elevadas por los Faraones en los desiertos de Egipto. El cielo estaba ese día gris: sin duda las grandes quemas en los montes y en las vegas habían formado esas nubes, y caían á veces pedazos de ceniza. Unos cauchos envuelven con sus ramas como brazos de pulpo á las palmas, y las abrazan para siempre. Blancas garzas, ibis americanas, se posan en la orilla de los charcos; y las águilas pasan con vuelo majestuoso volando muy arriba. Algunas quebradas llenas de arena bajan silenciosas y tristes. A veces se sienten aromas deliciosos de plantas tropicales. Reina

un silencio como el que cuenta Loti que hay en las selvas tahitianas. Y clavados en línea recta, por toda la llanura mustia, los postes del telégrafo, que sostienen el alambre por donde pasa el pensamiento del hombre y donde se posan las aves á modular sus himnos.

El llano al fin iba á terminar. Al frente estaba la gran mesa del Chaparral; á un lado, al pie de cerros de formas raras como ruinas romanas, se veía el campanario de Ortega.

—Con razón que el Saldaña sea tan bello, si es hijo de estas corrientes hermosas, le había dicho á mi compañero varias veces en ese día, al atravesar los ríos y quebradas que corren á formar aquellas ondas.

Habíamos pasado vadeándolos: el Cucuana, el Peralonso, el Ortega, y al terminar el día llegábamos á las orillas del Tetuán, donde está la hacienda de Tuquila. Allí colgámos las hamacas para pasar la noche.

El sol cayó en medio de arreboles soberbios; las sombras envolvieron lentamente la llanura; los árboles se quedaron inmóviles y parecían dormidos; se oyó á lo lejos el bramido potente de un toro que repercutía en los cerros vecinos ...

II

Al día siguiente, después de un baño en las aguas del río, seguímos para el Chaparral.

Pasámos los Llanos de Yaguara y empezámos á ascender á la gran mesa donde está aquella población. Poco rato después estábamos en la altiplanicie.

El Chaparral es un rincón de Colombia; por allí no se va á ninguna otra parte; pero es un rincón precioso, y no necesita ser lugar de tránsito para prosperar. Tiene buena gente y ricos terrenos, y con ambas cosas irá muy lejos; la raza es allí muy sana; los chaparralunos son alegres, honrados, inteligentes y laboriosos.

La vista de la población es pintoresca. Las palmas levantan por encima de las casas sus inmensos abanicos, y el bambú sus delicados encajes, y en la esquina de la plaza se levanta el poético campanario.

En la historia de la conquista tiene el Chaparral una página de sangre. Allí fueron vencidos los pijaos. Eran ellos los indios más astutos y valientes del país. Extendían sus estragos por más de cien leguas, y tan pronto caían sobre Ibagué y saqueaban y mataban sin piedad, como sobre Cartago, sobre Neiva, La Plata y todas las poblaciones cercanas. Incendiaban, robaban mujeres, se comían los prisioneros. Impotentes habían sido los españoles para exterminarlos, y á principios del siglo XVII la situación de estos lugares era espantosa. Los habitantes de todas aquellas comarcas estaban aterrados. Un indio llamado Buir y una india Suchimba, hechos prisioneros, habían revelado planes pavorosos: Gualara, jefe de los bárbaros, había convocado á todos los indios de la comarca para que cayeran sobre Ibagué y otras ciudades, y las arrasaran por completo. Las quejas de los habitantes pasaron el mar y fueron á la corte de Iberia. Si no se les amparaba, estaban resueltos á abandonar sus propiedades y plantar en otra parte su tienda. La corte no fue sorda á sus cla-

mores: nombró Presidente del Nuevo Reino á D. Juan de Borja, militar afamado, nieto del Santo Francisco. Fue él el primer Presidente de capa y espada que vino al país conquistado por Quesada. Organizó un ejército y marchó sobre los pijaos. Los indios coyaimas formaron bajo su bandera; éstos odiaban á los pijaos, y habían luchado siempre contra aquéllos. En el Chaparral acampó Borja con su ejército, y allí se dio la batalla. Calarcá era el jefe de los pijaos, indio valeroso y astuto, que conocía el arte de la guerra como un general formado en las Escuelas Politécnicas. Lo seguía innúmera legión de indios, y mujeres y niños. Con flechas untadas de trementina y envueltas en algodón incendiaban los toldos y casas del ejército civilizado. En lo más reñido del combate, un indio capitán de los coyaimas se arrojó sobre Calarcá y lo atravesó con su lanza. Dicen que Calarcá se entró por ella hasta luchar brazo á brazo con su contrario, quien lo oprimió con fuerza hasta dejarlo sin vida. Este fue el triunfo de Borja; los indios huyeron sobrecogidos de terror. El jefe de los coyaimas se llamaba D. Baltasar, y de ahí las historias de una lanza que todos hemos oído referir. Los jefes indios fueron decapitados, y los soldados entregados á los encomenderos. Así acabó esa tribu feroz que por más de dos décadas llenó de sangre aquellas montañas.

La posición excéntrica lo ha librado después de ser teatro de batallas en las guerras civiles, aun cuando sus hijos han empuñado siempre el fusil, y muchos han sabido morir por allá en lejanos campos en defen-

sa de sus ideas. A este lugar llegaron prófugos Fernández Madrid y algunos compañeros en los días de 1816, en que agonizaba la patria; iban del Cauca, donde había sido derrotado el ejército patriota, y atravesando el páramo de Barragán llegaron al Chaparral; venía con Madrid su joven esposa, y habían viajado muchos días á pie; un destacamento realista los aprisionó en esta población. Aquí nacieron el doctor Murillo, D. Patrocinio Cuéllar, el General Melo, el doctor Rocha Castilla y otros hombres notables. Hoy sus hijos combaten con los elementos en las montañas, sembrando el arbusto sabeo: aquel árbol de las flores blancas y del licor negro, que da á la nación riqueza y á los hombres alegría.

Del Chaparral á la cueva del Tuluní se va en cuatro horas. Se pasa el río Amoyá, otra de las fuentes del Saldaña; es un río impetuoso que se estrella contra las piedras y forma remolinos de espuma. De los grandes árboles de las orillas cuelga un puente de bejucos, por donde pasan los viajeros á pie; al otro lado está la hacienda de Guamito, donde se pasan horas de alegre hospitalidad al lado de su simpático dueño.

Al caminar sobre una gran loma se siente bajo los cascos de los caballos un sonido hueco: es que se está yá sobre la cueva. Al llegar á la orilla de un precipicio, se dejan allí las caballerías y se desciende á pie por una escalera de albañil puesta sobre el abismo entre dos rocas. Abajo hay unas profundidades verdes llenas de poderosa vegetación. Se sigue luégo descendiendo por en medio de la selva, casi abriendo camino, hasta lle-

gar al pie del cerro. Allí está la puerta de la cueva, tan escondida como si hubiera sido hecha, nó por la naturaleza, sino por algunos hombres que quisieron ocultarse del mundo y buscaron aquel sitio recóndito, donde sólo pudieran descubrirlos las fieras ó los reptiles.

Pensad en una catedral, en una de aquellas suntuosas basílicas donde el genio cristiano ha amontonado las creaciones de su arte, y figuraos que de pronto es sacudida por un terremoto, que sus columnas caen, que sus arcos se hunden sin desbaratarse, que sus torres vienen al suelo, que su ábside se abre en dos pedazos, que los santos caen de los nichos, que un arroyo brota de las entrañas de la tierra y se entra en el edificio derruído, pero que las grandes bóvedas quedan sin despedazarse, sostenidas sobre las ruinas y cubriendo, como una madre á sus polluelos, sus adornos, sus reliquias, sus capillas y sus altares. Esto es lo único que puede dar una idea de Tuluní. La puerta por donde llegan los viajeros da al lugar más elevado de la gruta y parece que en ese lugar hubiera sido el coro. Se entra con admiración y espanto: el ruido del riachuelo, la soledad del sitio, el abismo hondo, los gritos de los pájaros y los techos de piedra infunden secreto terror. Un rato después se siente el viajero en lugar seguro: allí no hay fieras, ni reptiles, el techo es sólido, las aves son inofensivas, el piso es firme. Entonces se penetra con alegría, y se contemplan todos los detalles: la iglesia metropolitana derribada, pero no destruída; á la derecha hay otra puerta por donde entra la quebrada, la que, siguiendo la ficción, debió de ser el pór-

tico que servía de entrada á los fieles que venían á levantar sus preces. Los viajeros han sabido encontrar el símil de todas las figuras de las piedras y de las estalactitas y de las estalagmitas; cerca de la entrada un gran bloque que parece un sarcófago antiguo, donde hubieran estado las cenizas de un prelado ó de un emperador; luégo otra semeja un bautisterio donde una perenne gota ha hecho un depósito de agua; arriba como un cordero pascual, que cuelga con la cabeza hacia abajo; un escudo á la entrada, donde parece que hubieran estado grabados algunos blasones desteñidos por el tiempo; en las paredes unos nichos, un pedazo como de una imagen decapitada, luégo el presbiterio, retablos, capiteles, frisos, archivoltas y tabernáculos. Con alguna dificultad se baja en medio de la caverna, á la orilla de la quebrada; allí está el púlpito, hermosa piedra negra con blancas vetas de mármol, y no sé cuántas más piedras de formas raras y colores bellísimos. Las gotas que caen del techo á manera de lágrimas, han formado y siguen formando muchas de aquellas figuras. Hay una estalactita en lo más alto del techo, que da, al pegarle con una piedra, un sonido de campana.

Grandioso es todo aquello: el riachuelo entra bullicioso y luégo, como si sintiera la impresión de aquel lugar imponente y solitario, enmudece y sigue en silencio su curso; cuando sale á perderse otra vez en la selva, parece que fuera un pecador arrepentido que busca la vida monástica después de haber entrado despreocupado y alegre.

La cueva del Tuluní está casi olvidada entre nos-

otros; solamente se menciona de paso en las geografías patrias. No sabemos nada de su historia. ¿Quién llegó allí primero? ¿Los indios la conocieron? Quizás, porque su nombre es indígena; pero ¿no tendrían ellos en ese lugar misterioso un templo para sus dioses, un palacio para sus caciques, ó un depósito para sus tesoros? ¿No sería esa gruta sitio de alguna tradición religiosa, y no la habrían poblado con seres fantásticos? Los chibchas tenían sus adoratorios, lo mismo que los druidas, en los lugares agrestes donde la naturaleza colocó sus maravillas; ¿no harían los pijaos una cosa semejante en aquella retirada caverna?

En un país europeo el dueño de la cueva sería riquísimo; la entrada sería solicitada por millares de viajeros; adentro habría por lo menos un *restaurante*, y tendría el *turista* un bote para navegar en la quebrada. Las fotografías de todas sus salas se venderían por allí cerca, los geólogos tendrían estudiadas todas sus capas, los arqueólogos escarbados el suelo y las paredes buscando fósiles, y los poetas habrían descubierto, en noches de luna, ondinas y gnomos bañándose en las linfas ó trepando por los huecos de las peñas!

El doctor Juan de Dios Carrasquilla hizo en ella preciosas observaciones científicas, que forman parte de una obra sobre geología, que aún está inédita, y asi se quedará mientras la ciencia no tenga estímulos en nuestra patria.

No lejos de esta cueva se descubrió otra hace muy poco tiempo. A ella también fui con mis compañeros: está en un cerro cubierto de vegetación, y como no hay

todavía camino, tuvimos necesidad de ir rompiendo el follaje, y pasar un riachuelo que no tiene puente. Un fornido campesino que vive cerca de allí, nos cargó á la espalda para atravesarlo.

La puerta es muy pequeña: algo como un metro de alto y unos tres de ancho. Pero adentro el techo es bastante elevado, y hay varias salas llenas de estalactitas y estalagmitas. Esta cueva fue descubierta el 7 de Agosto de 1892 por un habitante de aquellos lados, llamado Bernabé Silva, al hacer su roza en la falda del cerro. Era la primera vez que se derribaba allí la selva virgen; contra las rocas quiso preparar la comida; vio que había un hueco y penetró por él. Su sorpresa fue grande al contemplar la cueva. Con lápiz está puesto allí su nombre y la fecha del descubrimiento. También hay como en la de Tuluní figuras curiosas, entre ellas una damajuana perfecta. Esta cueva está aun sin bautizar, muy pocos la conocen, y en letras de imprenta no ha sido mencionada hasta el día. Sin ser tan grande ni tan imponente como la de Tuluní, es también digna de visitarse, y sus estalactitas son más bellas. Se parece algo á los socavones de la Salina de Zipaquirá. Es muy oscura, pues no recibe la luz, como la de Tuluní, por tres grandes puertas. No está, como aquélla, habitada por guácharos y guapacoes, sino por grandes murciélagos, que al acercarles las bujías revoloteaban sacudiendo sus pavorosas alas.

III

Llegó el día de la apertura de los Tribunales. Había que regresar á la prosa del papel sellado; me llamaban las pólizas, las hijuelas, las tercerías excluyentes, los concursos de acreedores. El Saldaña estaba impetuoso; me dijeron que no debía embarcarme. Pero ¿qué hacer? El camino por tierra era muy penoso para recorrerlo solo, y además por agua se iba más aprisa. Yo conocía el Saldaña allá abajo, cerca de su desembocadura, donde es inmenso; lo había navegado muchas veces, y sabía que no tenía peligros. Eramos antiguos amigos, y no temía me hiciera daños.

Cuando abracé á los amigos y entré en la balsa, en las primeras horas de la mañana, sentí algún temor porque el río bajaba furioso, y del cielo caía incesante lluvia. Pero el viaje estaba decidido. La balsa salió como una flecha; la lluvia aumentaba cada momento y el horizonte se veía oscuro. Grandes troncos bajaban por la corriente ; el agua estaba cenagosa y tenía un olor repugnante. Al primer chorro las olas se entraron á la embarcación y nos bañaron por completo. Algunas de las provisiones se fueron al río.

—*Patrón, este guando se nos va á voltear*, me dijo el único boga que traía, pues solamente lo acompañaba su hijo, muchacho de unos trece años, que bajaba el río por primera vez, y que al oír esto empezó á llorar y á rezar.

Le ordené entonces que arrimara á la playa, y me dijo que no se podía. La fuerza de la corriente era irre-

sistible; bajábamos cada vez más aprisa; era aquella una gran creciente. A poco rato llegámos á la boca del Amoyá; este río iba también hinchado y rabioso. Bajaba lleno de espuma rebramando, turbio y arrastrando los despojos de las selvas. La balsa fue llevada como arista por el huracán. El río tiene por allí gran declive, y aun en los días en que está tranquilo, su corriente es impetuosa.

Las aguas habían cubierto las playas. Las ondas tocaban en los brazos de los árboles, y ahí era el gran peligro. La balsa empujada por la corriente hacia los remolinos, sin que el boga la pudiera desviar, iba á golpear contra el ramaje, y su techo se desbarataba con los choques. Nos acostábamos en la balsa para evitar nosotros el golpe. A veces la balsa rompía las ramas, y seguía; otras embestía con ímpetu los árboles, y no pudiendo abrirse paso de frente por lo grueso de los troncos, daba media vuelta y seguía con la popa hacia adelante. A un remolino seguía otro más bravío, y luégo unos peñones donde el río se estrellaba y saltaba por encima, bramando. Ahí el boga nos gritaba *ténganse*, y la balsa corcoveaba sobre las olas como potro indómito. La lluvia seguía en aumento. Era aquello un diluvio, y todas las vegas estaban inundadas. De los cerros bajaban cataratas que en otra ocasión me habrían parecido hermosas, y me hubiera puesto á contemplarlas con delicia. Todos los ríos y arroyos tributarios llegaban crecidos. ¿Adónde iríamos á dar? ¿Qué noche me esperaba sin poder arrimar á alguna parte? Algo como la traición de un amigo en quien confiamos era

lo que experimentaba en aquel momento con el Saldaña, el río amado de mi niñez, y que tantas veces me había llevado en su lomo plácidamente. El techo de la balsa se había hecho pedazos con las ramas de los árboles, y todo adentro estaba mojado por las olas. El olor era cada vez más insoportable: era un olor de tierra removida, donde se adivinaban las miriadas de microbios. Un árbol inmenso arrastrado por la corriente sacaba sus ramas gruesas y largas, como brazos enormes, y se acercaba cada rato á la balsa. El hábil boga supo evitar los choques, y al fin logró dejarlo atrás. Dos horas llevábamos de angustia, y estábamos ateridos por el largo baño. El boga había sido herido por una de las ramas, y por su espalda desnuda chorreaba un hilo de sangre. La balsa afortunadamente no se hunde jamás: las ondas pasan por sobre ella, pero sus maderos vuelven á flotar victoriosos. El pobre boga yá no podía casi remar; estaba rendido. El hijo, cada vez más asustado, se agarraba de mí en los remolinos, y yo, que estaba aterrado, le infundía valor.

De pronto llegámos á un punto donde el río modera un poco su pendiente. La lluvia calmó. El boga se arrojó entonces con el lazo de la balsa, y la amarró á un tronco que se asomaba en el agua, cerca de una isla. Después lográmos acercarla á ésta y asegurarla en una cerca de guadua que tenía la parte inferior sumergida. Entonces salió el sol. ¡Bendito sol que dio calor á nuestras carnes ateridas y secó nuestras ropas! Comprendo que los Incas lo adoraran, ellos que no conocían otro dios. Yo también en aquel momento, si no adoré al as-

tro, sí al verlo adoré dentro de mi alma á quien lo manda todos los días á dar su calor y vida á nuestro pobre planeta. Otras tantas horas permanecimos allí amarrados. El río seguía furioso, y parecía querer arrebatar la balsa, pero lográmos sujetarla bien á un arbusto. Estábamos cerca de Coyaima. Un hombre buscaba por aquella isla, con el agua al pecho, unas reses, para ver si se le habían ahogado. Tenía un gran balso, y montado en éste se botó al brazuelo, para llegar á la orilla. Le grité que me mandara la canoa del puerto en Coyaima.

El hombre cumplió mis deseos. Un rato después, cuando la corriente bajó un poco, vino el pasero á la isla con la canoa, me pasó el brazuelo y me llevó á la otra orilla. Pero aquellas playas estaban inundadas, y para llegar á la población tuve que desnudarme, y con el agua al cuello atravesar algunas cuadras. En el pueblo de Coyaima encontré cariñosa hospitalidad, y allí pasé la noche, soñando con naufragios, con el salto de Honda y con el vientre de los caimanes. Al siguiente día, en que el río amaneció de mejor genio, busqué un boga más para que me acompañara en la nueva jornada.

Pero nueva contrariedad aconteció entonces. El boga del primer día se sintió enfermo desde los primeros momentos del viaje. Sus dolores eran tan violentos, que creyó morirse. Arrimámos la balsa á una playa; allí se revolcaba con desesperación y me recomendaba á su hijo. Como la noche venía, lo volví á embarcar así enfermo, y seguí el camino. Esa noche llegué al *Paso del*

Gusano, donde fraternales brazos me esperaban. Allí supe la muerte del Reverendo Padre Azarola, ahogado el día anterior cerca de Aipe; bajaba por el Magdalena en una balsa, y el golpe de ésta con un árbol lo hizo caer al agua, donde pereció.

Al día siguiente la navegación fue muy tranquila. Llegámos á las bocas del Saldaña, y el Magdalena nos recibió plácidamente sobre su líquido cristal. Nada más pintoresco que aquel pedazo del río; en balsa se pueden admirar todos los detalles mejor que en vapor. En el bajo Magdalena, aunque se ven las selvas primitivas en toda su exuberancia de plantas y animales tropicales, el paisaje es al fin monótono por la falta del hombre; pero de Honda para arriba el paisaje es animadísimo; pues al lado de las bellezas naturales se ven el trabajo, el movimiento y la vida.

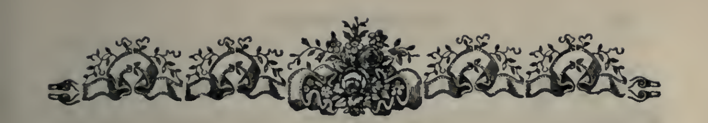
Y aquí volví á exclamar: ¡quién tuviera una lira ó una paleta! Los cuadros se suceden unos tras otros como en una linterna mágica. Primero se ve una dehesa con las cercas como pentagramas, donde pastan robustas reses, y en lo alto revolotean negros gallinazos que han olfateado un fúnebre festín. Abajo una sementera de ricas gramíneas. Luégo una playa extensa de menudas piedras por donde paseó el río no hace muchos días cuando levantó sus aguas, y allí el esqueleto de un gran árbol que dejó la corriente; quizás era una ceiba ó un caracolí que allá arriba en el Sur extendía sus robustos brazos en la vega y con su verde ramaje daba ancha sombra al ganado y habitación á las aves; ahora caído, con su tronco sin savia y sus brazos sin

hojas, va á ser en esa playa cortado por el hacha, y sus pedazos secos irán á servir de leña en el hogar de un campesino. Abajo unos peñascos como muros de un castillo feudal, donde las catarnicas que han hecho sus nidos agujereando las rocas, vuelan dando agudos chillidos; algunas enredaderas cuelgan de la peña y se miran en el río. Después, una selva enmarañada; los cauchos con sus raíces como serpientes; el caracolí con sus rosetones verdes; el bambú con sus ramas curvas; las palmas con su follaje enhiesto, y los bejucos, telégrafos del bosque, enlazando unos con otros los ramajes de aquellos árboles frondosos; algunos de éstos se inclinan en la orilla y mojan en el agua sus verdes hojas. El río, de color oscuro, toma hacia la ribera un tinte verdoso. Y en ella se ve al caimán, inmóvil y largo como un tronco, con las fauces abiertas. Más abajo un puerto con una casita blanca en lo alto de una loma, y un caminito angosto que baja caracoleando hacia el río, donde hay unas barquetas. Unas mujeres calentanas, de ojos brillantes y negros, lavan ropa, y los niños desnudos se bañan y juegan en la playa.

Cuando desembarqué en Peñalisa, me acordé de la *Revista Gris*. Saqué la pluma que se había oxidado en aquellos días con tantos soles y tantas lluvias, y escribí estas impresiones. Ahí van como un pobre recuerdo, escritas con un calor de 36°, que me hace recordar al poeta antioqueño:

O está Jerusalén en tierra fría
O no fue allí donde David cantó.

1894.



CONTRASTES

La noche está oscura, y Alberto en su cuarto de soltero y artista está neurósico, pensando en la guerra, en la maldita guerra civil que otra vez esparce el luto, la desolación y la ruina sobre la tierra colombiana. No puede leer ni escribir; dormir, mucho menos. Cada rato cree oír detonaciones lejanas, y los silbidos del viento al pasar por las rendijas le parecen gemidos de moribundos y le hacen temblar.

¡Pobre patria! exclama; el siglo va á morir, y en él no has cosechado sino lágrimas y sangre; en tus campos blanquean las osamentas de mil combates, y en tus ciudades se pasean tus hijos anémicos y tristes!

En el alto campanario ha dado el reloj lentamente las nueve. Es la hora de la queda, y yá nadie puede transitar por las calles. Alberto oye los pasos de una patrulla, y se asoma al balcón.

La calle está desierta y medio alumbrada por un foco de luz eléctrica que en la esquina de arriba parpadea dentro de su blanca bomba. Sopla un viento frío y destemplado. Abajo un triste farol de petróleo da una luz rojiza que alumbra tan sólo á un agente de

policía que está al pie, soñoliento y apoyado en su rémington. Más allá otra lámpara eléctrica baña con sus reflejos plateados la esquina siguiente, y más distante otro foco igual, en el puente de Los Mártires; después una oscuridad inmensa, la gran sabana envuelta en tinieblas espesas. A veces un relámpago rasga las sombras, allá lejos, por los lados de Subachoque, y alumbra un instante el horizonte negro, como una explosión de artillería.

Alberto vio pasar la patrulla bajo el primer farol, luégo perderse en la sombra y aparecer otra vez al pie del otro foco, donde brillaron los uniformes y resplandecieron las armas; después se perdió en la oscuridad.

Al otro lado, ni un alma. Mariposas negras revoloteaban en rededor de la lámpara eléctrica; unas se precipitaban en los carbones, y otras se prendían en los muros de los edificios.

¡Cuánta soledad en medio de una ciudad de cien mil habitantes, en las primeras horas de la noche! ¡Oh, la guerra, la maldita guerra civil! El camellón no parecía la arteria de una capital, sino la alameda de un cementerio. El centinela de la esquina semejaba al sepulturero ó al guardián de una tumba.

Al frente vio Alberto el enorme paredón de una antigua iglesia, que ocupa media cuadra, y tan alto como un edificio de cuatro pisos, sin un santo, ni un friso, ni un nicho, ni una inscripción. Las casas de los vecinos estaban silenciosas, y todas las tiendas cerradas.

El cielo se había puesto oscurísimo, y sólo unas pocas estrellas muy pequeñas tachonaban el manto negro que cubría la ciudad dormida.

El silencio era tan grande, que se oía el *¿quién vive?* dado por el centinela en el pórtico del Capitolio, y las pisadas de alguno que pasaba á varias cuadras de distancia. A ratos se escuchaban lejanos ladridos de perros. El viento soplaba cada vez más fuerte y más frío; traía sus alas húmedas con el vapor de las lagunas de la sabana, y subía á estrellarse contra los cerros y á deslizarse silbando por el boquerón. Al pasar una ráfaga por debajo del balcón de Alberto arrastró un papel y unas hojas, y dejó balanceándose el gran reloj de cartón que un relojero tiene colgado en su puerta.

¡Oh, qué triste era todo aquéllo! Alberto, pensando en las desgracias de la patria, se acordó de unos países más dichosos. En otras ciudades, que él había visitado, á esta hora ¡cuánto esplendor y cuánta alegría!

Los recuerdos vinieron en tropel: los *bulevares* de París que vio tántas veces, antes de media noche, henchidos de gente que circulaba alegre, y alumbrados con mil luces; y los ruidos que salían de los cafés y de los teatros, los centenares de coches que se cruzaban bajo los árboles, las ventanas de los almacenes con todas las riquezas de la industria y del arte.

Y el *Unter den Linden*, la gran calle de Berlín, con sus edificios blancos, sus estatuas soberbias y sus ricos almacenes. Las cervecerías donde los alemanes cantan y ríen, y los conciertos donde vio á Eduardo Strauss, dirigiendo con el arco de su violín una orquesta que ejecutaba sus valses.

Los lagos de Hamburgo llenos de cisnes y cruzados por mil vapores que reflejaban en el agua las luces

rojas y verdes de su proa y por barquillas cuyos remos golpeaban las ondas plácidamente. Y el jardín zoológico de aquella gran ciudad donde los buenos hamburgueses iban en las primeras horas de la noche á escuchar la música de Wagner, á respirar el aire fresco y á contemplar la fauna de todas las especies, de todos los climas y de todas las latitudes.

Y luégo recordó sus noches allá en otro país más lejano, en las orillas del mar Báltico, donde vivió un verano que se pasó muy pronto. Se acordó entonces de Elna, y de las tardes que paseó con ella por un bosque donde los árboles dejaban caer bellas lianas sobre su cabeza rubia, y luégo por la playa donde los olas veníau á besar sus pies. Todo aquéllo lo tenía presente: por entre las alamedas del parque cruzaba una tropa de velocipedistas, y una bandada de niños jugaba en la orilla del mar. Muchas veces Alberto le habló de su país, y le contó las maravillas que él guardaba: la eterna primavera, donde los árboles siempre están verdes y jamás cae la nieve; las aves que tienen en sus plumas todos los colores del iris, y en sus gargantas todas las armonías del paraíso; los Andes, que tocan las nubes con sus cimas, y el Tequendama, que parece horadar la tierra con el golpe de sus aguas despeñadas. Y ella deseaba ir allá con sus pinceles y pintar hermosos paisajes y conocer á la gente de aquellas zonas que debía ser tan buena, tan benévola, tan alegre y tan sana. ¡Cuántas veces la noche los encontró sentados en el extremo de un muelle, mirando salir la luna de entre las olas, y oyendo los ruidos alegres de la playa!

Un *alto! ¿quién vive?* sacó á Alberto de sus recuerdos, y volvió á mirar hacia la esquina: era una patrulla que llevaba para el cuartel á varios reclutas que tiritaban de miedo y de frío. El viento sonaba lúgubremente entre los alambres de los teléfonos, en la plaza de Bolívar, y los relámpagos se repetían sin cesar y parecían acercarse por el lado de la sabana.

¡Oh, qué triste! En vez de Elna, del mar, del bosque, de la gente alegre y del sol brillante, las patrullas, el paredón sombrío, el cierzo helado, los odios y la guerra; la maldita guerra civil!

Alberto lanzó un hondo suspiro, cerró su balcón, se entró á su cuarto desierto y lloró como un niño.

1895.





UNA RUINA

Cuando alguno refirió en el comedor del hotel, que Arturo Miranda vivía por allí, en un campo, no lejos del pueblo, resolví visitarlo. Era precisamente en el camino que yo debía seguir al siguiente día. ¡Cuán grato me sería pasar unas horas con aquel amable cachaco bogotano desaparecido hace algunos años; oír otra vez su palabra instructiva y chistosa, ver de nuevo su fisonomía inteligente y simpática!

Temprano ensillé la mula al día siguiente, y tomé por un camino escabroso. Mientras trepaba lentamente por la falda de un cerro, me puse á pensar en Miranda. Recordé muy bien el día en que lo conocí: fue en unas carreras, en el hipódromo de Chapinero. Acababa él de venir de Francia, patria de su abuelo materno, y era entonces el hombre de moda. Antes de la carrera de honor me lo mostró un amigo. Yo era entonces niño, andaba á pie por en medio del circo, y me fijé largo rato en aquel elegante jinete, en sus bellos arreos, en su fogoso alazán. Cuando el clarín dio la señal de partida, en la carrera que iba á ser premiada por doce hermosas niñas, lo vi partir como un centauro, disputarse largo rato el primer puesto, conseguirlo un rato, volverlo á perder, recobrarlo nue-

vamente, y llegar el primero á la pista. Una salva de aplausos lo saludó, muchas voces lo victorearon, las bandas tocaron un aire triunfal y cien brazos de amigos lo recibieron. Subió luégo al palco de las premiadoras: allí, una de ellas, Alicia Suárez, le puso la medalla de oro y le entregó una corona de flores. Estaba pálido, agitado, nervioso; sus ojos azules parecían dos turquesas, su barba hilos de oro, de mármol sus mejillas. Una auréola de triunfo caía sobre su frente, y todo en él tenía un no sé qué de simpatía y de elegancia, que lo hizo el rey de aquella fiesta.

Luégo, andando los años, fui su amigo, y muchas veces disfruté de su compañía. Era siempre el primero en todas partes: en los bailes, el más distinguido; en el teatro, el más buen mozo; en las comidas, el más ameno. Sus chistes eran siempre de buen gusto; hacían reír y meditar. Hablaba correctamente el francés y el alemán; bailaba muy bien, y no tenía rival en el billar.

Haciendo estos recuerdos llegué á la cima del cerro, y contemplé el paisaje: unas vegas hermosas se extendían á mis pies, y allá más lejos, enroscándose por entre ellas, mostraba nuestro gran río sus escamas de plata. Después empecé á descender por un camino pedregoso, y volví á pensar en Miranda. ¡Ay! También en el camino de su vida se había encontrado él con una bajada. Recordé cómo había empezado á decaer: malos negocios lo arruinaron, disgustos de familia agriaron su carácter. Se volvió taciturno y abandonado en el traje; parece que también se entregó al

licor. Los viajes á la hacienda de su padre eran cada vez más largos, hasta que, al fin, de uno de ellos no volvió. Supimos que había tenido que vender las fértiles vegas para pagar deudas, y que se había encerrado en aquel último baluarte á luchar con la pobreza y el hastío.

Casi al fin de la bajada encontré á la derecha una cancilla con un nombre encima: *Bretaña*. Era la estancia de Miranda: un pequeño lote de la grande hacienda de *La Gallineta*, que heredó de su padre, y que Arturo fue vendiendo á pedazos hasta quedar reducido á aquel estrecho globo, el más bello, pero el menos productivo. Hizo una casita, montó un trapiche, lo bautizó con un nombre perfumado de recuerdos, y se encerró allí á vegetar tristemente, sin mirar al hermoso pasado ni preocuparse gran cosa con el porvenir.

La casa se ve desde lejos. Está sobre un alto peñón, á cuyos pies pasa silencioso el Magdalena lamiendo la roca, donde las olas han hecho concavidades como las que hace el ganado con la lengua en los terrones de sal. Varias palmeras levantan en redor sus altos penachos, y una enredadera, cargada de flores, trepa por sobre las columnas y se extiende por el techo del corredor.

A un lado hay una enramada con un trapiche. Cuando pasé junto á ella, había un montón de verdes cañas para empezar el trabajo.

Arturo estaba en una hamaca, y al oír que lo llamaba, se levantó con alguna dificultad. ¡Qué trans-

formación, Dios mío! El *cachaco* elegante y buen mozo era yá tan sólo un escombro. Había envejecido sin ser viejo; parecía alcoholizado ó herido por un pesar infinito; tenía los ojos sin brillo, la frente arrugada; le faltaban los mejores dientes; la barba estaba enmarañada, aquella hermosa barba rubia que hizo palpitar el corazón de tántas bogotanas; su calzado eran unas alpargatas sin ataderas; la camisa no tenía cuello. ¡Oh, qué cambios los de la vida! Aquel era el elegante *jockey*, el de la cachucha azul, del saco de terciopelo, de las botas de charol y del alazán soberbio. ¡Cuán bien lo dijo Campoamor en este par de versos:

¡Qué hermosa es la existencia á la subida,
Y cuán llena de horror á la bajada!

¿Qué vicios ó qué pesares profundos habían llevado á ese estado á aquella joya de nuestra juventud dorada? No lo sé; pero en aquella fisonomía estaban marcados todos los desencantos del mundo y todas las tristezas de la vida. El labio inferior tenía un gesto de amargura ó desprecio que no olvidaré nunca, y la mirada tenía la melancolía de los últimos arreboles de la tarde.

Solamente conservaba Miranda, como restos de su antigua figura: el buen ángulo facial, que nada lo borra, y la mano fina, que revela siempre al hombre bien nacido.

Al pie de la hamaca había una botella con aguardiente, y al lado unos números del *Fígaro*, que religiosamente le enviaba de Francia uno de sus tíos. En

medio de su ruina, Miranda no había perdido su afición por las cosas de aquel país, y se pasaba leyendo el famoso diario de París. Noté, sin embargo, que había muchos paquetes sin abrir, tales como se los había traído el correo.

Me hizo sentar en la hamaca, y él ocupó un taburete sin espaldar. La habitación era muy pobre. De aquel cuarto que ocupó en Bogotá en la calle Real, lleno de hermosos muebles, de cuadros al óleo, de finos grabados, de libros, de retratos, de espejos y de vestidos, no quedaba sino desolación y miseria. Sobre una mesa había una fotografía, y me levanté á verla: era un grupo de cuatro jóvenes al pie de una cascada de Suiza, uno de ellos Miranda, buen mozo, con un largo sobretodo gris y una cachucha de piel. ¡Cuántos recuerdos no despertaría en Miranda aquel retrato, que había venido á dar con él á esas vegas, como llegan á la playa donde está el náufrago desnudo, los tristes despojos de su equipaje!

La conversación de Miranda había perdido todo su encanto. Al hablar, expresaba primero la idea con las manos antes que con la palabra, y no le oí ninguna de aquellas narraciones instructivas, ninguno de aquellos cuentos amenos, ninguno de aquellos chistes finos. La luz de su cerebro estaba reducida á pavesas.

Quise tocarle la cuerda de las reminiscencias: le recordé el *Jockey Club*, el baile de los diez jóvenes, las cuadrillas en la plaza de Bolívar, su viaje á Europa; pero esa cuerda tampoco sonaba yá: no tuvo para

aquellos días ni una frase bella, ni me refirió de entonces nada interesante.

Quise contarle crónicas del día, las novedades de entonces, las últimas tertulias; pero nada le interesaba. Solamente al oír un nombre lo vi ponerse nervioso, y empezó á pasearse en la sala.

—¡Pobre Virgina! Y ¿tiene muchos hijos? me dijo con cierto acento sombrío.

—Creo que cinco, le dije, pero ignoro si será feliz; rara vez la veo.

—¿ Y aún está tan bella ?

—Oh ! sí, se conserva mucho.

Las arrugas de la frente de Miranda se hicieron en aquel momento más hondas, y se detuvo un rato pensativo, en la mitad de la sala, mirando al suelo, sin volver á decir una palabra. De pronto sacudió la cabeza como espantando un recuerdo, y volvió á sentarse en un pobre taburete forrado con cuero de caimán.

Le hablé de política, y nada le interesó; luégo de negocios, y mucho menos. Cuando le pregunté por su vida allí, en aquella orilla de nuestro opulento río, me dijo que en su infortunio lo que más le dolía era tener que estar con gentes que ignoraban sus antiguas prosperidades, y lo trataban como si siempre hubiera vivido en aquel triste estado.

Oh ! tenía razón. Las personas superficiales juzgan á los hombres tan sólo por el presente, en tanto que las de talento tienen en cuenta, para apreciarlos, el hermoso pasado ó el risueño porvenir.

Me sentí triste y aburrido y resolví dejarlo, aun

cuando me había prometido estar con él muchas horas. Al salir, volví á pasar junto al trapiche que seguía moliendo las robustas cañas; muchas de ellas yá habían destilado la miel, y eran un montón de bagazos.

Cuando al final del festín ponen con el café terrones de blanca azúcar, nadie se acuerda de las pobres cañas que dieron su savia para formarlos; pero si entonces, con la alegría que da aquel licor negro, os refieren un chiste, un cuento, una frase de Miranda, recordad que en ellos dejó el zumo de su talento, y que hoy está en una vega del Magdalena, abandonado como los despojos del trapiche. Y pensad también que en aquel clima ardiente tiene frío, porque le falta el calor de un hogar.





EL DORADO



I

LOS HIJOS DEL SOL

"Y lamentaron las muertes de muchos compañeros que se quedaron en el río en los vientres de los caimanes, otros picados de culebras, comidos de tigres, y muertos de hambre, que se quedaron sepultados por aquellas asperísimas selvas."

(ZAMORA.—*Historia del Nuevo Reyno de Granada*).

Al ver hoy aquella comarca desierta, sin otro medio de comunicación que una mala senda, llena de precipicios y peligros, que conduce actualmente al pueblo de *La Paz*, situado en lo alto de la serranía, se admira uno de cómo pudo pasar en otro tiempo el puñado de españoles con sesenta caballos que llevaban, perdiendo solamente uno.

(*Geografía Física y Política de la Nueva Granada, por la Comisión Corográfica*).

Muchos meses hacía que aquellos hombres habían dejado la orilla del mar, y viajaban en país desconocido. ¡Cuántos días de sufrimiento! Primero, unas selvas enmarañadas y unos esteros profundos, luégo unas ciénagas muy anchas, después otros bosques aún más espesos, ríos misteriosos, campos de lodo, islas desiertas. Ahora trepaban una alta serranía. Cuando

salieron de Santa Marta, una hermosa mañana de Abril, eran más de ochocientos, estaban todos sanos y alegres, llevaban ochenta caballos, las armas estaban limpias, las adargas nuevas, las corazas relucientes.

¡Cuánto habían sufrido durante aquellos nueve meses! Las fiebres y el hambre, las fieras y los reptiles, las ondas de los ríos y las flechas de los salvajes, habían diezmado las filas. ¡Cuántos compañeros quedaban atrás en brazos de la muerte, y cuán pocos subían ahora la enorme cordillera! Eran tan sólo un puñado de inmortales: mucho menos de doscientos. A Juan Serrano lo había devorado un tigre, en una noche de borrasca; á Juan Lorenzo lo tragó un caimán al atravesar á nado un río; el Capitán Madrid había muerto de fatiga; Juan Duarte estaba loco.

Y ellos, los sobrevivientes, ¡cuánto habían sufrido y sufrían aún! El río de la Magdalena les fue inclemente. Allí estaban todas las plagas del trópico: en las ondas, los anfibios terribles, aquella especie de cocodrilos, que devoraban famélicos á quienes caían al agua; en las orillas, indios feroces y pobres, que disparaban flechas, y á quienes ningún botín les encontraban; en los bosques, insectos y reptiles venenosos, que les producían dolores agudos, hinchaban sus carnes ó les quitaban la vida. ¡Qué noches tan crueles habían pasado! ¡Cuántas veces oyeron á pocos pasos los rugidos del tigre ó los cascabeles del crótalo!

Habían comido los animales más inmundos: perros, caballos y sapos, y hasta los cadáveres de sus compañeros se los disputaron á los cuervos. Las espinas ha-

bían despedazado sus vestidos, ardientes soles tostaron su piel, y gusanos hambrientos devoraron sus carnes causándoles agudos dolores. Después subieron por otro río más pequeño, afluente de la Magdalena, que bautizaron con el nombre de un cacique, el Opón. También sufrieron mucho entonces. El mismo clima, las mismas plagas, el mismo suelo. Aquello parecía no terminar nunca. Varias veces habían pensado en volver, pero el Jefe con voluntad enérgica les había infundido valor y brío, y el misionero con sus palabras dulces los había exhortado á la obediencia y alentado con la esperanza.

Ahora pisaban yá otro terreno. A las selvas y las ciénagas sucedía una inmensa serranía. La temperatura era suave: llegaban á veces vientos fríos que les producían delicia. La subida era escabrosa, y á los lados se abrían hondos abismos. Rocas de formas raras asomaban sobre los precipicios las enormes puntas.

Todos estaban flacos, pálidos, tristes, cadavéricos. Parecía un batallón de convalecientes salido de la sala de un hospital; algunos estaban medio desnudos, otros vestían unas mantas ásperas pintadas de colores, que habían encontrado con unos montones de sal en una cabaña indígena. Su calzado eran alpargatas. Las armas estaban oxidadas, las adargas yá no existían: habían sido devoradas por ellos mismos hacía pocos días, acosados por el hambre.

La mañana estaba lluviosa. La subida era cada vez más áspera; á las grandes selvas tupidas y llenas de fango habían sucedido unos cerros de rocas inmensas,

de formas caprichosas y vegetación rara. A una sierra seguía otra más alta, y á medida que subían veían perderse atrás y abajo las selvas del río de la Magdalena, donde tánto habían padecido. Todos tiritaban de frío. Después de las playas ardientes y de los soles de fuego de aquel río implacable, se sentían en aquellos cerros como en las regiones polares.

Iban adelante los zapadores. Era un pequeño grupo armado de hachas, machetes, azadones y barras. A su cabeza tenían á Jerónimo de Inzá, su Jefe, á pie, como había estado siempre, audaz y severo. Muchos de sus soldados habían muerto en la lucha con la naturaleza: al derribar los árboles corpulentos para abrir caminos ó construír puentes, fueron picados por las tarántulas, mordidos por serpientes, envenenados por los fétidos miasmas de los pantanos ó aplastados por enormes troncos. ¡Cuánto habían trabajado! Varias veces caminó el ejército en pocas horas el sendero que ellos abrieron en ocho días de incesante labor. Allí iba también Pericón, un indio que había aprisionado San Martín, y que lo llevaban de intérprete.

Luégo seguían los rodeleros: sus escudos estaban despedazados, y sus espadas guardadas en cueros de serpientes. Todos subían pensativos. Allí iba el Alférez Olalla con el brazo herido por una flecha, hacía pocos días, en un valle al cual dio su nombre. Después trepaba un pequeño grupo con largas flechas. Eran quince ballesteros que quedaban. Con ellos Tordehumos, á quien dejaron una vez moribundo, y luégo los alcanzó; y á su lado Zachay, la india generosa que lo

cuidó en su desamparo, y Sánchez Paniagua, de origen italiano. Detrás de ellos una docena de hombres armados de arcabuces; á la cabeza Gómez de Cifuentes, su Capitán, caballero hijodalgo de la ciudad de Avila, y con él dos hombres que revelaban su vida monástica. Eran Las Casas, fraile dominicano, y Juan de Legaspes, clérigo regular. Un soldado junto á ellos llevaba el recado de decir misa: la casulla de manta, el alba de lienzo y el cáliz de plomo.

Luégo iba García Zorro con el estandarte real. La gloriosa bandera estaba hecha jirones: los castillos almenados y los leones rampantes se veían manchados y despedazados por las zarzas y las flechas. Seguía en pos la caballería, caballería de á pie; pues los caballos iban sueltos y sin cabestro, para que no se despeñaran en aquellos precipicios. Yá no eran los brutos sino sesenta; veinte habían muerto en el camino. En dos ocasiones los soldados mismos los mataron para comer su carne. Los pobres animales estaban flacos, temblorosos, con la mirada triste, llenos de garrapatas; se podían contar los huesos de sus costillas. Caminaban lentamente, como pensativos, con los cascos adoloridos, pues pisaban ahora terreno pedregoso, después de tántos días de andar entre pantanos. Varias veces habían permanecido horas enteras con el agua á la cincha, y se habían alimentado con cañabravas. Al lado iban los jinetes cuidando sus pacientes corceles: primero, Lázaro Fonte, un valiente joven de Cádiz al lado de su pobre zaino; después un malagueño arrogante, Suárez Rondón, junto á su rocín; luégo Her-

nán Pérez, Díaz Cardoso, Marcos Fernández, Gil López, Ortega *el bueno*, Núñez Pedrosa, Colmenares, Juan de Céspedes y muchos más. Por todos, sesenta y dos. En medio de ellos el General Quesada, pálido, demacrado, casi moribundo. Aquel día yá no iba, como en los anteriores, cargado por los soldados; la enfermedad, que lo había tenido al borde de la tumba, parecía ceder, y sentía él recobrar las fuerzas. Sus ojos miraban ansiosos hacia adelante, y sus manos acariciaban á veces su espesa barba negra. A su lado Juan del Junco, el segundo Jefe, y Pedro del Azebo, su Secretario. Todos estaban aquel día silenciosos. Soplaba un viento frío que los hacía tiritar. Al fin, cerraban la marcha los más fatigados. Con ellos iba un asno que subía melancólico, moviendo las orejas. Su historia era interesante : un día, allá en Santa Marta, cuando luchaban al lado del Adelantado Lugo, contra los indios taironas, habían oído el rebuzno de un asno sobre un alto peñón, donde estaban atrincherados los hermanos Arobaro y Marubara ; grande extrañeza les produjo aquello, pues sabían que el jumento no era animal indígena ; Malatesta, soldado conocedor de las fábulas mitológicas, opinó que era el asno de Sileno caído del Olimpo ; cuando fueron apresados los indios, y el asno con ellos, se supo que había sido hallado en un navío que encalló en aquellas costas, y que después de que asesinaron los salvajes á los pasajeros, subieron al bruto á aquellas breñas por medio de cuerdas. El pobre animal, sin un compañero de su es-

pecie, había acompañado á los conquistadores en toda la expedición.

Lentamente trepó aquel ejército macilento por en medio de rocas y precipicios. Sabían que cerca estaba un país rico, y la esperanza los alentaba. Los indios aprehendidos en el Opón les contaron que del otro lado de la montaña estaba el país de las mantas, de la sal, de las esmeraldas y del oro.

De pronto se oyó un grito espantoso: el caballo de Martín Lopera había rodado al abismo. Todo el ejército se detuvo aterrado, y miró el precipicio. El pobre animal estaba sobre un barranco, desnucado, con las patas al aire, dando coces de agonía y tristes bufidos. Pronto expiró con los ojos abiertos, y quedó rígido mostrando los dientes. La mayor parte de los soldados vieron con placer aquella muerte: hacía días que no comían carne, y eso iba á ser un festín. El General dio entonces la orden para despresar al pobre animal y repartirlo al ejército.

Todos vinieron entonces al lugar del siniestro. Estaban hambrientos. Pocos días hacía que habían comido un perro que fiel los había acompañado en toda la campaña. ¡Cuántas veces se habían alimentado en las selvas con raíces de árboles, y allí en la montaña en una ocasión con la sopa horrible que hicieron del cuero de las adargas! Soberbio era este banquete, y todos empezaron á hartarse con la carne del caballo.

Entonces empezó la alegría. Yá tenían cerca sin duda la tierra de promisión; aquel clima era muy suave; estaban al fin todos juntos, y tal vez detrás de esa

cordillera había mucho oro y piedras preciosas. Pedro Madrid empezó á decir gracejos, y su hijo y un grupo que lo rodeaba, reían con delicia. Otros empezaron á referir episodios de la campaña.

Tafur, el valiente cordobés, contaba una vez más su lucha casi cuerpo á cuerpo con un oso hormiguero en los primeros días de la campaña. ¡ Qué original cacería había sido aquélla ! Junto con Palacio, un valiente soldado, buscaba á caballo algún venado para traerle al ejército que moría de hambre, cuando de pronto vieron un animal raro, como un mastín, de pelo áspero, hocico largo, fuertes uñas, sin más boca que un hueco sin dientes por donde asomaba una lengua redonda como un dedo, que tenía llena de hormigas ; Tafur lo hirió con la lanza ; el animal se volvió furioso, y el arma se partió ; se trepó entonces el oso sobre las ancas del corcel, y con sus uñas agudas desgarró las carnes del pobre bruto ; yá las iba á clavar en la espalda del jinete, cuando Palacio derribó la fiera de un lanzazo; luégo acabaron de darle muerte, y fue llevado al ejército como precioso manjar. Roa recordaba los días de Barranca Bermeja, en que había matado á un caimán. Juan Valenciano refería cómo había aprisionado al Cacique Opón en una fiesta, cuando todos estaban embriagados. Bartolomé Camacho hablaba de sus hazañas en el río de la Magdalena: una vez vio en la orilla opuesta una canoa con provisiones, pasó el río á nado, derrotó á unos indios y volvió al campamento con precioso botín. Las Casas y Legaspes rezaban en voz baja, y levantaban al cielo

sus ojos hundidos y apagados. El General Quesada guardaba silencio, pensativo, devorando con hambre febril un inmundo pedazo del caballo. Pensaba sin duda en la flotilla que había devuelto de la Tora—proeza semejante á la de Cortés al quemar sus naves—y en Fernández de Lugo, el valeroso Adelantado con quien había venido á Santa Marta desde las islas Canarias, y que lo encargó de descubrir los nacimientos del gran río.

El cielo estaba de color plomizo. Nubes blancas venían de allá lejos de los pantanos, y se unían á otras formando nubarrones espesos y amenazantes. Atrás estaban las vegas del Magdalena, bañadas por un sol de fuego; aquí el sol parecía avergonzado y no mostraba su faz sino por intervalos.

¡Cuántos episodios contaron en aquel momento! Homero los hubiera oído con gusto para hacer cantos de epopeya. Suárez Rondón recordaba la coronación de Carlos v en Aquisgrán, que él había presenciado siendo muy joven; el sitio de Pavía, sus campañas en Italia y en Hungría, y sus combates contra Barbarroja. Hondo suspiro salió de su pecho al recordar sus grandezas y lujos de entonces, y contemplar los harapos y las miserias de ahora. Díaz Cardoso pensaba en una isla de las Azores, donde estaban su esposa y sus dos hijas Isabel y Marquesa.

—La mía está más lejos, decía con acento portugués Pedro Yáñez. Constanza me espera en la isla de Tenerife; y al decir esto, entre sus dos cejas se marcó honda arruga.

En un grupo estaba Lorenzo Martín improvisando redondillas, y Juan de Olmos hablando de leyes y cánones.

Céspedes refería en otro grupo su campaña contra los comuneros de Toledo en el año 20, y luégo sus hazañas y sus conquistas en Santa Marta y el Valle de Upar; Melgarejo contaba su venida al Nuevo Mundo de paje de Ponce de León; Fernández Gironda hablaba de la fundación de Cartagena, en la cual había acompañado á Heredia, y cuya historia tenía escrita.

Otros no tenían más pensamiento que el hogar. Gómez Portillo pensaba que si ahí hallaban una tierra sana y rica, traería á su esposa D.ª Catalina Martín y á su hija Juana, que habían quedado en España.

—Y yo traeré á Elvira, exclamó Juan de Montalvo, que se había casado en Santo Domingo y había dejadó allí su esposa.

Los soldados recordaban la muerte de Serrano y de Lorenzo. El primero había sido sacado en una noche de tempestad, de la hamaca en que dormía, por un enorme tigre; sus gritos despertaron á sus compañeros, y éstos lograron salvarlo de las terribles garras; colgaron luégo más alta la hamaca y tornaron al sueño, pero el tigre volvió por su presa y se la llevó en silencio; á la mañana siguiente encontraron tan sólo el rastro de sangre por donde la arrastró á su guarida. El segundo había tenido una muerte también pavorosa: un día llegaron á un río angosto, pero muy hondo, que no había modo de atravesar; en la ribera opuesta crecía una gran ceiba; Lorenzo y Domingo Aguirre cruzaron á nado

la corriente y derribaron el árbol, rey de las selvas, que dejó caer su cabeza en la otra orilla, y por ese puente empezó á pasar el ejército; Serrano, despreciando su obra, volvió á arrojarse al agua para llegar más pronto á nado; una cabeza horrible con dos quijadas abiertas, como enormes sierras, surgió de entre las ondas, cogió al pobre conquistador, y se consumió con él; un momento después volvió Serrano á flotar, y gritó con angustia: *¡Señor mío, misericordia!* El caimán asomó otra vez sus espantosas fauces, lo agarró con ellas y se consumieron ambos, y no volvieron á salir jamás. También recordaban los trabajos de un soldado que iba con su hijo, y vencido por la inanición y el cansancio, no podía yá dar un paso; su hijo lo cargó, y varios días anduvo con la preciosa carga; al fin murieron los dos, primero el padre y luégo el hijo, rendidos de fatiga y delirando con los cármenes de Andalucía. Pensaban igualmente en Gallegos y su flotilla, que se había devuelto de Tora. ¿Qué sería de ellos? ¿Habrían llegado otra vez á las bocas del río, y estarían yá en Santa Marta refiriendo sus desdichas? Y el Gobernador Lugo, que había ofrecido venirse tras ellos, ¿estaría subiendo el Magdalena y les traería ricos jubones, buenas armas, cascos brillantes, caballos sanos y suculentos manjares?

La buena digestión les produjo sueño. Unos se extendieron á lo largo sobre la yerba, otros se sentaron en los barrancos y en los troncos caídos. Las nubes se habían puesto cada vez más espesas, y empezaron á caer unos goterones del tamaño de pesetas. El aire

estaba frío, y toda la cordillera se había puesto lúgubre. Los caballos arrancaban las hojas de algunos árboles. De pronto se vio un relámpago y se oyó un trueno, y el agua cayó en abundancia; el ejército buscó abrigo bajo los árboles y las rocas. Casi todos se mojaron. El agua caía, y caía sin cesar. Un arroyo se formó en el camino. Las caballerías se quedaron inmóviles recibiendo el aguacero. Varios rayos cayeron en la montaña, se veían desprender de las nubes sus zigzags de fuego y caer en los bosques, y sus truenos hacían eco en las cavernas de la serranía.

Cuando empezó á cesar la lluvia, después de una hora, resolvieron seguir la marcha. La cumbre no estaba lejos. Con los vestidos mojados y las carnes ateridas emprendieron de nuevo el camino. El oscuro cortinaje empezó á desaparecer; el cielo se fue aclarando, y entre montones de nubecillas blancas se alcanzó á ver un pedazo de cielo turquí.

La subida se había puesto muy áspera y resbalosa, y lentamente seguía el ejército trepando á la cima. De pronto se oyó un grito de júbilo, dado por varias voces. Lo daba la vanguardia, que había llegado á una eminencia. Allí estaba la tierra prometida. Acababan de ver campiñas extensas, con grandes sementeras, caseríos, árboles que parecían ser frutales y un hermoso río que como una serpiente se arrastraba allá á lo lejos, mostrando á intervalos sus escamas de plata. Todos se apresuraron hacia la cumbre. Los enfermos sintieron renacer sus fuerzas, y los caballos aceleraron su paso. Quesada llegó jadeante, miró al horizonte, vio

los cuadros verdes de los sembrados, que se extendían á lo lejos, y el humo blanco de las cabañas que subía al cielo; sintió un aire embalsamado que le soplaba en el rostro, y oyó el vago rebramar del río. Era el hálito de una tierra fértil, de clima dulce, apacible, no hollada jamás por planta extranjera, y que esperaba, sin duda, un conquistador. Quiso hablar, pero su garganta enmudeció; dos lágrimas aguaron sus pupilas, cayó de rodillas, alzó los brazos al cielo, y murmuró una oración.

—Oh! *Chipatá, Saravita!* gritaron, señalando el campo y el río, los indios que traían los conquistadores. Las Casas y Legaspes se arrodillaron igualmente y rezaron.

Los caballos miraron también el llano, olfatearon los pastos, dilatando la nariz, y lanzaron débiles relinchos. El asno alzó la cabeza, tendió las orejas hacia adelante, abrió las mandíbulas, y lanzó un rebuzno cadencioso que resonó en las concavidades de la montaña.

Era aquello el reino de los chibchas. Jefes, oficiales, sacerdotes, soldados y animales lo saludaban desde aquella altura. El sol caía yá por el lado del Magdalena, y la sombra de la montaña se dibujaba sobre la altiplanicie.

El ejército empezó á descender. Silencio profundo reinaba en el valle. La noche venía, y yá los árboles y las rocas parecían monstruos. ¿Qué habría en aquella tierra? ¿Enfermedades desconocidas, indios feroces, animales crueles y frutos venenosos? ¿O sería

su clima suave, sus habitantes pacíficos, su flora y su fauna gratas para el hombre? ¿Morirían allí todos, ó dominarían aquel reino? ¿Era aquello una joya para la corona de Iberia, y sus habitantes nuevas ovejas que llevarían al rebaño de Cristo, ó en vez de todo esto serían ellos, los conquistadores, quienes iban á ser opíparo manjar en festín de antropófagos?

La sombra de la montaña seguía creciendo; el sol á esa hora bañaba con sus postreros reflejos las selvas inmensas del Carare y del Opón. Bien pronto la noche empezó, y el ejército seguía descendiendo lentamente. Al fin llegaron á una planicie, y allí se resolvió pasar la noche. La oscuridad se hizo completa. Sin embargo, á poco rato empezaron á brotar arriba, muy altas, numerosas estrellas que palpitaban sin cesar; y en la tierra manadas de cocuyos que volaban con sus cabezas encendidas. Los caballos y el asno se extendieron sobre la yerba. Los hombres se acomodaron para pasar la noche tranquilamente.

De repente se oyeron unos gritos en una colina; luégo otros más allá, después otros, y á manera de un eco múltiple, en el valle y en los cerros, fue repetida aquella grita espantosa. Era como un alarido formidable, y al mismo tiempo como un grito de guerra. Lo daban millares de voces, y duró horas enteras. Los pobres conquistadores tuvieron que permanecer en vela toda la noche. ¿Era aquella una señal de ataque para caer sobre ellos, ó sería el gigantesco gemido que lanzaba una raza al ver hollado su suelo y presentir que sus ídolos caerían por tierra, que sus reyes se volverían

esclavos, que sus bienes serían arrebatados, que sus templos serían devorados por el fuego? ¿Creerían que aquellos hombres venían del sol á castigar sus maldades? ¿Algún augur les estaría diciendo que su nación sería destruída; que sus dioses serían objeto de escarnio y burla; que no tendrían dentro de poco ni reyes, ni religión, ni costumbres, ni idioma; que serían tratados como siervos; que hasta las reliquias de sus muertos serían sacadas de las tumbas y no quedaría de su vasto imperio sino un recuerdo en los anales de la historia?





II

LOS CHIBCHAS

Dijo de cierto rey que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación, según el vido,
Ungido todo bien de trementina
Y encima cantidad de oro molido,
Desde los bajos pies hasta la frente
Como rayos de sol resplandeciente.

JOAN DE CASTELLANOS.—*Varones ilustres de Indias.*

Vendíanle en precio muy alto y era depositado en el templo hasta cumplir quince años nuéstros, en cuya precisa edad hacían el bárbaro sacrificio, sacándole el corazón y las entrañas para ofrecerlos al sol.

DUQUESNE.—*Calendario de los Muiscas.*

Por los fértiles campos de Sopó va el grande ejército de Tisquesusa, el Zipa poderoso. Son 70,000 hombres dispuestos á penetrar en los dominios del Zaque. Adelante van los soldados con macana y lanzas de madera, en el centro los armados de hondas, atrás los flecheros, que llevan grandes arcos y agudos dardos con puntas de hueso. Manda la vanguardia el Cacique de Guasca, que ha venido á apoyar al Zipa, su antiguo enemigo; Quixinimpaba, pariente de Tisquesusa, está á la cabeza de la retaguardia. En medio va el Zipa en

unas hermosas andas adornadas de esmeraldas y oro; es arrogante, de aspecto grave, alto, gallardo; lleva sobre sus hombros una rica manta de color rojo, pues aún guarda el luto por Nemequene, su tío y antecesor; el casco de su cabeza ha sido hecho de piel de tigre, y está sembrado de plumas; todas sus alhajas son áureas: la media luna que lleva en la frente con las puntas hacia arriba, el collar envuelto en la garganta, la patena que tiene en el pecho llena de figuras de insectos, los zarcillos que prenden de sus orejas, la argolla que cuelga de su nariz, el brazalete que adorna su mano izquierda y el macizo cetro que empuña en la diestra. Los rayos del sol se reflejan en estos emblemas de oro. Detrás de las andas llevan las momias de varios guerreros, muertos en los campos de batalla.

¡Qué grandioso espectáculo el de aquel ejército que camina caracoleando como una larga serpiente! A la derecha están las moles inmensas de los Andes con un manto de neblina en las cumbres, á la izquierda la sabana extensa con sus bohíos, sus sementeras y sus lagunas. Atrás quedaban Cajicá y la fortaleza de *Busongote,* donde se había organizado el ejército. Cuando los soldados volvían á mirar, divisaban todavía á lo lejos el blanco toldo y la cerca de madera; se veían yá muy pequeños, no obstante que el uno tenía dos mil varas de largo y los otros quince pies de altura. Los soldados llevan atada á la cintura blancas pampanillas de algodón que les cubren hasta las rodillas, y un manto de la misma tela y del mismo color atado sobre el hombro izquierdo; en la cabeza llevan penachos de

plumas; en los brazos y en el rostro tienen pintadas figuras monstruosas, rojas y negras. Se distinguen los Jefes de las distintas tropas por sus estandartes con ídolos pintados, y sus mantas, que son de colores, sus flechas con espinas de pescado, sus cascos de pieles, sus plumas de guacamaya, sus petos de oro, sus *chagualas* de esmeraldas. Todos, jefes y soldados, tienen la nariz achatada, el color cobrizo, el pie descalzo, los ojos negros, los dientes finos, el pelo áspero. Ninguno tiene barba.

La mañana está hermosa y fresca: el sol baña cariñosamente con sus tibios rayos el ejército y la llanura. Las placas de oro brillan con las caricias solares. El aire está diáfano, la campiña está olorosa, el cielo está azul. Ese día va á ser el combate: no lejos de allí está el ejército de Quiminchatecha, el anciano Zaque de Tunja, pronto á impedirles la entrada en sus grandes dominios. El ejército camina á paso apresurado.

Años hace que corre la sangre en la nación Chibcha. El imperio de los Muiscas ha crecido tras cruentas luchas. Vencidos están los Caciques de Zipaquirá, Ebaté, Guatavita, Ebaque, Shusha, Simtejaca y Fusagasugá. Con estas conquistas el imperio de los zipas se ha llenado de riquezas, y sus dominios por el Norte tocan yá con la nación de los Muzos. Ahora es la guerra con el Zaque de Tunja, á quien no pudieron vencer Saguanmachica ni Nemequene, los dos antecesores de Tisquesusa. Ambos cayeron en dos sangrientas batallas, lidiando contra aquel rey que tiene su palacio al pie de los montes de Soracá. Tisquesusa, el vencedor

de los sutagaos, va á dar un nuevo combate. Las fuerzas del Zaque son inferiores, faltas del apoyo del sumo sacerdote de Iraca. El ejército caminó todo el día, y yá al caer de la tarde el enemigo fue avistado, y se alzó entonces espantosa gritería. Alaridos destemplados y ruido de tambores, caracoles y pitos de guerra llenaron la llanura y repercutieron en las breñas andinas. Las lanzas fueron puestas en ristre, las piedras se colocaron en las hondas, las saetas en los arcos, los estandartes se agitaron, las momias se alzaron en alto, el Zipa arengó á sus soldados.

El combate parecía inminente. Los enemigos no estaban aún al alcance de las flechas, pero dentro de poco rato llegaría el momento de la lucha.

Vióse entonces venir por el lado de la cordillera otro pequeño ejército que traía sobre andas de madera un hombre lleno de majestad. En la cabeza tiene una tiara de oro, con dos alas cuadradas á los lados; zarcillos enormes, también áureos, penden de sus orejas, y una placa rectangular cuelga de su nariz y le cubre los labios; en el pecho trae una coraza del mismo metal; apoya la mano derecha en un cetro bifurcado. El ejército de Tisquesusa lo reconoció cuando estuvo cerca: era Sugamuxi, el sacerdote de Iraca, el soberano espiritual, aquel que era acatado hasta por jefes soberanos.

Su antecesor Nompanin se había mezclado en la anterior guerra en favor del Zaque, y había luchado á la cabeza de sus súbditos en aquel combate en que Nemequene cayó herido de muerte. Sugamuxi venía

ahora á traer la paz: el representante de Bochica no debía luchar, sino establecer la concordia. Por eso había dejado su templo, allá en Iraca, para venir á impedir la batalla. Todo el ejército de Tisquesusa se inclinó al llegar Sugamuxi; nadie se atrevió á mirarle el rostro. Algunos soldados extendieron sus mantas para que pasara sobre ellas, y otros apartaban las piedras del camino. Sugamuxi fue conducido á la presencia del Zipa, y allí conferenció largo rato con Tisquesusa. Luégo emprendió camino hacia el campamento del Zaque, y allá fue recibido con igual respeto. El ruido de los tambores y los gritos de los soldados llegaron hasta el dosel de Tisquesusa. Este había dado orden de no seguir la marcha. Horas después vino el crepúsculo, y un viento frío empezó á soplar por la llanura. Al llegar la noche, el Zipa recibió unos emisarios del Zaque, y conferenció con ellos largas horas. El ejército sentía los azotes del viento, y veía brotar las estrellas sobre el oscuro cielo.

Al día siguiente se supo por todos que la paz estaba hecha por cuarenta lunas. El Zaque cedía al Zipa los cacicazgos de Icabuco y Tibaná, y le hacía un presente considerable de oro; el Zipa desistía de su conquista.

Poco después el Zaque regresó á Tunja, feliz por haber salvado de la esclavitud y de la ruina su reino, y pensando que iba á gobernar tranquilo durante muchísimas lunas. El sumo sacerdote de Iraca tomó camino para su hermoso valle á celebrar en su templo algunos sacrificios. Tisquesusa despachó el ejército á

sus hogares, y sólo dejó con él 20,000 hombres. Con ellos resolvió seguir hacia los campos de Ebaté.

Joven, rico, valeroso y rey, ¿qué le faltaba yá en la tierra? Vencedor de sus enemigos y monarca de muchos pueblos, se creía en aquellos momentos el soberano más poderoso del mundo. ¿Acaso sabía él que había otros continentes con grandes naciones y reyes poderosos? Pensaba que todo lo tenía, y que era invencible. Ay! ignoraba que existían razas más fuertes y más inteligentes, poseedoras de elementos y riquezas de que él no tenía idea: el hierro y la pólvora, los caballos y los toros, el trigo y el vino, la imprenta y la brújula. No sabía ni siquiera la existencia de los incas, ni de los aztecas, ni del mar. Con sus cercados y su oro, sus flechas y sus lanzas, centenares de mujeres y millares de vasallos ¿quién era superior á él? ¿no estaba en el colmo del poder y de la gloria?

Quiso entonces visitar á Furatena, la poderosa reina de los muzos, la bella y rica soberana que tenía un palacio empedrado de esmeraldas, allá en las orillas del río Zarbique (1), donde se levantan dos majestuosos picachos cerca de las ricas minas de aquellas piedras verdes como el follaje de los sauces; y emprendió hacia allá el camino.

El Cacique de Guatavita, que militaba con él, se fue por los campos de Sesquilé á celebrar su fiesta en la laguna. El Cacique de Guasca se dirigió también

(1) Hoy río *Minero.*

á su cercado á celebrar la terminación de él; fiesta que había sido aplazada por la guerra.............

....

Pocos días después el pueblo chibcha se entregó al placer y á la alegría en distintos lugares. En la puerta del cercado del Cacique de Guasca se había levantado un alto madero pintado de rojo, semejante á un mástil, con una jaula encima. Dentro de ella estaba un pobre indio prisionero hacía muchas lunas, desde la guerra con el Guatavita. Era el más alto y fuerte de todos los prisioneros, y por eso había sido escogido para el sacrificio. Durante su prisión se le había alimentado cuidadosamente. En la jaula estaba inmóvil, pensativo, con la mirada triste y los brazos cruzados. Al pie del madero había unas vasijas de barro, y otras hechas del fruto del totumo. Una multitud inmensa y abigarrada rodeaba aquella triste picota. Hombres, mujeres y niños estaban allí agrupados contemplando al infeliz prisionero. A los rayos del sol brillaban las medias lunas de oro, las plumas de garzas y guacamayas y las mantas de colores con que estaba vestida aquella multitud. Del cercado salieron varios indios, jóvenes y robustos, armados con pequeñas flechas y cubiertos de alhajas. Sonaron entonces caracoles, *fotutos*, chirimías, flautillas y tamboriles, y la multitud entonó un canto melancólico. Los tiradores se situaron á alguna distancia de la jaula, y empezaron á disparar lentamente sus dardos sobre el infeliz prisionero. Este, al sentirse herido por la primera flecha en un brazo, lanzó un grito doloroso; después, cuando otra se le clavó en el costado, empe-

zó á moverse y á rugir como una fiera encadenada, tratando de romper la jaula; varias flechas le clavaron luégo, y aún quedó con vida. Parecía yá un erizo, y sus gritos dominaban el canto de la muchedumbre y la monótona música. La sangre caía lentamente sobre las vasijas, donde tomaba un color cárdeno y formaba gruesas espumas. De pronto un flechazo le dio en un ojo, y la pupila saltó empujada por un rojo borbotón. El indio se revolcó en la jaula en horribles convulsiones y dando gritos agudos. Otra flecha le dio en el corazón, y al instante quedó inmóvil y mudo. El canto fue entonces alegre, y la música sonó con más fuerza, haciendo eco en los vecinos cerros. El Cacique salió luégo de su cercado, desde donde había estado viendo el sacrificio, y dio dos grandes esmeraldas á los tiradores que habían clavado sus saetas en el ojo y en el corazón del prisionero. El cadáver fue sacado de la jaula en medio de aclamaciones de júbilo. Los jeques, aquellos sacerdotes de esa idolatría pavorosa, vinieron al pie del patíbulo y mojaron sus manos en las vasijas donde la sangre estaba casi coagulada, y después untaron con ella las rocas del camino.

No muy lejos de allí, en Gachetá, se celebran otros sangrientos sacrificios. Al frente de un cercado hay un ancho camino que va recto para Oriente. A una legua de la casa circular del Cacique se levanta la figura monstruosa de un ídolo de madera: tiene poco más de la altura de un hombre; su nariz es un triángulo, su boca un cuadrilátero, sus ojos dos círculos; apoya los brazos sobre el pecho, y en una mano sostie-

ne un báculo. Es Chaquen, el dios de las carreras. A sus pies hay una piedra con grandes manchas de sangre seca; el viento ha oreado yá la que han vertido millares de víctimas. Ahora va á hacerse una nueva inmolación. Allí están varios jeques y una gran muchedumbre. Al pie del ídolo traen un niño de ojos negros y dulce sonrisa. Tendrá una docena de años; es inocente y puro; cogido á los Panches en una derrota, ha sido cuidado con religioso celo en el santuario del Cacique. El sol aún no había salido, pero yá apuntaban sobre las colinas de Oriente las primeras luces del alba; hacia un frío glacial. Lo acostaron sobre una rica manta, con los ojos vueltos al cielo. El pobre niño no sabía lo que iban á hacer de él, y se sonrió al ver la cara disforme del ídolo y al sentir el suave calor de la manta. Un jeque sacó un cuchillo de caña, se lo acercó al blanco cuello, y lo hundió sin piedad hasta separar la cabeza del tronco. La sangre corrió en abundancia, y fue recogida en una totuma. El niño expiró sin lanzar un gemido; tan sólo una contorsión estremeció su cuerpo. Cuando las vasijas estuvieron llenas de sangre, las alzaron, y fueron á mojar con ellas las rocas vecinas. El sol salió, y disipó las nieblas y bañó los campos con sus dorados rayos. La muchedumbre se dispersó, y el cuerpo decapitado quedó allí insepulto y solo, para que fuera devorado por el sol, el dios á quien hacían aquel sacrificio.

Hubo ese día también una carrera. En un camino de tres leguas de largo corrieron varios indios. Agiles como unos venados, recorrieron el largo trayecto y lle-

garon jadeantes y rendidos al fin de la pista. Unos quedaron moribundos casi al término de la carrera. Al que primero llegó le puso el Cacique una larga manta cuya cola arrastraba por el suelo, privilegio concedido tan sólo á los grandes; al que le siguió le dieron cinco mantas cortas, pero muy lujosas; al tercero le regalaron cuatro, al otro tres, al quinto dos y al sexto una.

Otros *mojas* eran en ese mismo día sacrificados en los dominios del sanguinario Zaque. Cuando éste llegó á Tunja, subió con una de sus esposas á una colina al Occidente, y allí de rodillas sobre dos cojines de piedra tallados en la roca adoraron al sol largo rato. Después bajaron al cercado. En la puerta había dos indios en pie, desnudos y macilentos, cubiertos con una red, y tocando una flauta melancólica. Abigarrada muchedumbre empezó á amontonarse en la llanura. Algunos se cogieron de la mano y empezaron á danzar en círculo, otros tocaron tambores y caramillos. A ratos se detenían á beber, en grandes vasijas pintadas de rojo, un licor amarillo como el oro. La música de los dos centinelas desnudos era cada vez más triste; el hambre y el cansancio los agobiaban. Era aquello para representar la muerte en medio de las alegrías de la vida, pues se quería que la tuviesen presente en sus locos placeres. Cuando el sol cayó por los lados de Ebaté, y las sombras llegaron por el alto de Soracá, todos estaban embriagados y soñolientos. Aquellos magnates dominados por el chichismo caían dormidos sobre las esteras.

Adentro, en el santuario del cercado, había dos adolescentes para ser sacrificados. Eran dos *mojas* traídos de los llanos de Oriente, donde había un templo misterioso. Allá fueron educados, y se les guardó con veneración. Cuando tuvieron doce años los sacaron para ofrecerlos en venta á los más ricos Caciques. Los llevaron por Chámeza y por el valle de Tenza, mas como su precio era elevado, no los compraron los Caciques de aquellas tierras fértiles, pero desprovistas de oro. El suntuoso Zaque de Tunja los adquirió, y hacía yá doce lunas que los tenía encerrados en su santuario. De ahí los sacaban tan sólo por las mañanas, alzados, á bañarse en el riachuelo cercano; y ese día iban á ser sacrificados á Zuhé, el dios que venía todos los días por Oriente á traerles calor y luz. No conocían los placeres del amor, no habían tocado el suelo con sus plantas, y su sangre virgen sería aceptada propiciamente por el astro brillante.

Los jeques, con sus mitras de oro y sus mantas de colores, se acercaron á las inocentes víctimas, y con un cuchillo de madera les arrancaron el corazón y las entrañas, que fueron ofrecidas, palpitantes, al astro-dios. Los caracoles y *fotutos* ahogaron con su estridente música los gritos de las víctimas. Con la sangre se regó el suelo y se tiñeron las columnas del santuario. Luégo siguió un canto fúnebre, y los cadáveres fueron conducidos á una colina, donde los dejaron para que sirvieran de alimento al sol.

Sugamuxi tardó varios días en llegar á Iraca. Andaba despacio, y se detuvo además en Ramiriquí á

ver los cimientos del nuevo templo que se iba á levantar á Bochica. Arrastraban, cuando llegó el sumo sacerdote, unos hermosos obeliscos, y tenían allí varias niñas que iban á ser aplastadas en los cimientos de las columnas. Siguió luégo por las orillas del Garagoa y las lomas de Tibaná. Una multitud inmensa lo esperaba en el sagrado lugar.

¡Qué grandioso era aquel templo! Lo había edificado Idacanzas, uno de los antecesores de Sugamuxi. Sus columnas eran enormes troncos de dinde y guayacán, traídos desde los Llanos, donde fueron cortadas sus raíces y despojados de su frondoso ramaje; el suelo estaba cubierto de finísimo esparto, y en el contorno había enterradas hasta el cuello grandes vasijas de barro con la abertura al nivel del piso; en el centro, soterradas del mismo modo, otras tantas vasijas; en el fondo del templo, especie de altar mayor, había varios ídolos, unos de madera y otros de arcilla, disformes, monstruosos, huecos, sin brazos, con la cabeza horadada; las paredes estaban cubiertas con finas mantas; al pie de los ídolos, en platos de barro, aparecían las resinas olorosas, y en jaulas rústicas había muchos lores y una docena de guacamayas; sobre barbacoas gran número de momias de antiguos guerreros, adornadas de ropas y joyas, y regadas por el suelo pieles de leones, tigres, venados, nutrias y osos negros.

Las grandes puertas se abrieron cuando llegó Sugamuxi. Adentro estaban solamente los jeques, que encendieron las resinas. La multitud entró en pos del pontífice. Una nube olorosa subió á lo alto embalsa-

mando todo el templo, y los papagayos gritaron palabras chibchas sacudiendo sus verdes alas.

Era en esos días el aniversario de la llegada de Bochica, y de todos los campos del reino habían venido á festejarlo. Las andas de Sugamuxi fueron colocadas en medio de los ídolos. Todos los indios traían alguna ofrenda á sus dioses, y las fueron entregando á los jeques. Ellos las recibían y las arrojaban dentro de las vasijas y de los ídolos, por el hueco que éstos tenían en la cabeza. Los fieles ofrecían esmeraldas unos, otros oro en polvo, otros oro macizo en diversas figuras de animales, otros mantas, caracoles marinos, figuras de barro. Cuando estuvieron las vasijas llenas, fueron cubiertas por los jeques con tapas de arcilla. Cogieron luégo los animales parleros, y los degollaron; como éstos sabían hablar, pensaban aquellos sacerdotes que serían ante Bochica mensajeros de sus peticiones. Después fueron degolladas las guacamayas, las cuales sólo lanzaban un grito destemplado y sacudían sus irisados plumajes.

Después de estas ceremonias se formó la procesión, y salió del templo. Adelante los jeques con mitras de oro, y con ellos un grupo de hombres con el rostro y los brazos pintados y con máscaras también áureas, en las cuales resaltaban grandes lágrimas; éstos iban implorando en voz alta á Bochica conservara muchas lunas la vida del pontífice, y les otorgara favores. Luégo otro grupo que danzaba, dando agudos gritos de júbilo por creer que yá las súplicas habían sido oídas y concedidas las gracias. Después otras docenas de in-

dios cubiertos con pieles, y adornados de plumas que iban barriendo el suelo con las largas mantas, para que bailara el grupo que venía en pos. Este era el más lujoso: todos tenían ricas joyas, patenas, medias lunas, petos, brazaletes y coronas de oro, y bailaban y tocaban *chuchos*, flautas y caracoles marinos. Tras éstos venían doce indios vestidos de rojo, con guirnaldas de flores, y en medio de ellos otro vestido de azul; todos cantaban tristemente canciones lúgubres: era el recuerdo de la muerte que viene en seguida de las alegrías de la vida. Detrás de este grupo marchaban los jeques con sus zarcillos y narigueras de oro, sus largas mantas llenas de dibujos, sus *poporos* ó calabazos con la frugal comida, mascando hojas de coca y adornados de conchas y esmeraldas. Inmensa multitud formada religiosamente seguía á aquellos sacerdotes. Iban allí grupos de todas las tribus. Unos con flechas,otros con hondas otros con macanas. Soberbia era aquella procesión: el dios Bochica parecía aceptarla complacido, pues quitó del cielo los montones de nubes, y bañó con sus rayos dorados todo aquel conjunto de armas, mantas, plumas, alhajas y adornos. Detrás de todos marchó Sugamuxi en sus hermosas andas. Iba majestnoso y feliz. El era el dueño de los elementos, una vez que los dioses oían sus ruegos, y si en aquel día no había caído agua, era porque él así lo había querido. Pronto tendría en Ramiriquí su nuevo templo donde todos los soberanos, desde el gran Zipa y el orgulloso Zaque hasta los últimos Caciques y Usaques, irían á adorarlo y pedirle por su conducto favores á Bochica.

En tanto que Sugamuxi celebraba estos oficios, no lejos de ese lugar, en la Corte del Guatavita, tenía efecto otra fiesta solemne. Allá estaba la laguna sagrada, el más bello de los adoratorios de los Chibchas, y en él iba á efectuarse el baño del Cacique. Su ejército había acampado en unas altas lomas donde estaba el cercado, no lejos de Guasca, y allí se detuvieron varios días, mientras llegaba el señalado para la gran ceremonia.

¡Hermoso espectáculo! Por las faldas de la gran cordillera que queda al Oriente de la Sabana, trepaba una multitud inmensa. Venían de todos los puntos del valle: unos subían por el lado de Sesquilé, otros por el de Guasca, otros por el de Sopó, otros por el de Gachancipá. Y atrás de la gran montaña, por sobre unos cerros pequeños, llegaban otros de Gachetá y de Ubalá. Vistosa era la subida de toda aquella muchedumbre á la gran mole cuya cima estaba envuelta en densas neblinas.

La vegetación era pobre en aquellos cerros: los borracheros colgaban sus blancas flores de forma de campana, el sauce mostraba su follaje verde y el raque sus flores rojas, de donde sacaban la tintura para teñir las mantas. A medida que ascendía aquella multitud, la fauna era más raquítica; aparecían el chite, el musgo y el frailejón.

Soplaba cerca de la cumbre un viento glacial: era aquello yá el páramo. Afortunadamente el sol por los lados de los Llanos se había levantado y con sus rayos apartó las espesas cortinas de nubes que cubrían su-

cuna; quedaban ya tan sólo unas gasas de neblina, que iba disipando con sus dorados reflejos.

Al fin llegaron los primeros indios á la cumbre, y vieron el pintoresco lago: allí á sus pies, rodeado por cerros y semejante á la taza de una pila, estaban las cristalinas aguas. Un grito de júbilo lanzaban apenas descubrían la pequeña laguna que como un espejo redondo brillaba en medio de las hermosas colinas y en la cima de la montaña. Era como el cráter de un volcán, que en vez de azufre y lava tuviera sus entrañas llenas de agua. Las cimas del contorno se poblaron de indios. Todos lanzaban alaridos y descendían á la orilla; el agua murmuraba suavemente agitada por la brisa. En la ribera estaban las chozas de los jeques, y por los cerros inclinaban sus ramas los chusques, hermanos del bambú. Dos cuerdas en forma de X cruzaban sobre la laguna, y centenares de balsas se balanceaban sobre las olas.

La neblina desapareció al fin, y el sol iluminó los aires, doró los campos y reverberó en la laguna. Los indios se sintieron muy alegres.

Estaban en su más bello adoratorio; en él habían colocado algunas de sus fábulas. Contaban, entre otras leyendas, que una cacica infiel, huyendo del castigo de su esposo, se había arrojado en una noche negra á la laguna, con la hija que llevaba en el brazo; y allá en el fondo tenía un cercado donde vivía feliz, y á veces, cuando los jeques la evocaban, salía á la superficie en forma de dragón.

En la orilla se levantaban varios ídolos de barro.

Monstruosos, con sus ojos redondos y sus grandes bocas, representaban distintos dioses: Chminigagua, el dios de la luz; Nemcatacoa, el dios de la embriaguez; Chaquen, el dios de las carreras; Chibchachum, el dios que llevaba el mundo sobre sus hombros; Cunchaviva, el dios del arco-iris.

De pronto se alzó una inmensa gritería. En una de las cumbres apareció en unas andas un hombre dorado. Era el cacique, que había sido bañado en trementina y luégo cubierto con oro en polvo. Lentamente bajaron las andas por la colina, deteniéndolo á ratos sobre las enormes piedras á hacer oración. Cuando llegaron á la orilla, fue colocado el Cacique en una hermosa balsa, la más grande de todas. A los pies del monarca colocaron un montón de oro y otro de esmeraldas. Cuatro braseros se pusieron á sus lados con moque, trementina y otros perfumes. Ocho hábiles remeros lo llevaron al centro de la laguna, donde las dos cuerdas se cruzaban. Detrás de él, por las cuatro puntas de las cuerdas, se dirigieron las balsas de los jeques y rodearon la embarcación del Cacique. Los sahumerios fueron encendidos, y un humo tenue y azulado subió á lo alto. Entonces, en la orilla se prendieron grandes fogatas, y columnas de humo negro y espeso subieron enroscándose, de todo el contorno de la laguna. Las zampoñas y los tambores sonaron con estruendo. El sol salió brillante y se reflejó en el fondo del lago. Un jeque desplegó una bandera. Todos los ruidos cesaron. Los indios de las orillas se volvieron de espaldas para no cometer el desacato de mirar la cere-

monia, los sacerdotes alzaron las manos al cielo y el Cacique se arrojó al agua. En el silencio profundo que reinaba se oyó el golpe del cuerpo al caer en las ondas. En su rededor quedaron las aguas doradas, y de todas partes, de las balsas y de las orillas, lanzaron los indios vistosas alhajas que brillaron por el aire heridas del sol, y que el agua sorbió formando pequeños círculos, que se desvanecían al crecer. El cacique volvió á salir á la superficie sin su ropaje dorado y sin su brazalete de hermosas piedras. Arrojó entonces también los dos montones de esmeraldas y oro. El agua, agitada un momento, volvió á quedar tranquila. Entonces del licor chibcha empezaron todos á beber en las vasijas que da el totumo. Los instrumentos entonaron nuevamente sus estruendosas salvas, y los gritos de los indios repercutieron por allá en las breñas del páramo. Las libaciones siguieron, y yá á la hora del crepúsculo la embriaguez los dominaba á todos.

Estaba en la laguna aquel día, entre un grupo de mujeres, la bella Zoratama, la doncella afamada de Bacatá, solicitada en vano por tántos mancebos de la tribu. Vio con interés la sagrada fiesta, y al morir la tarde, recostada en una gran piedra, cubierta con su ligero *chircate*, que, agitado por el viento, delineaba sus formas virginales, se quedó pensativa mirando caer el sol por allá en lejanos campos, perdida su imaginación en extraños delirios.................

Todo era placer y alegría en el reino chibcha.

Mas de pronto una misma noticia llegaba á la Corte de Sugamuxi, á la fiesta del Guatavita y al camino

de Tisquesusa; una noticia extraordinaria que á todos llenó de espanto y circuló en pocos momentos por valles y montañas. Habían llegado unos hijos del sol por allá por los pueblos de Chipatá y Ubazá, donde corre el Saravita (1) en corriente impetuosa. Sugamuxi suspendió sus sacrificios; los indios que estaban en la laguna sintieron disiparse su embriaguez; Tisquesusa detuvo su viaje. Los detalles que se transmitían de boca en boca eran maravillosos. Soberanos y súbditos palidecían al escucharlos. No eran muchos los hijos del sol: ocho veces veinte, á lo más, pero tenían en sus manos los rayos y los disparaban á su voluntad; en su piel había largas barbas; tenían cutis blanco, casi como las plumas de las garzas; llevaban unas armas plateadas y más duras que las piedras; algunos tenían, además de los brazos, cuatro patas, una cola y dos cabezas, una de ellas de hombre y la otra de fiera; corrían más que los indios más ágiles y hablaban una lengua más dulce que sus caramillos; varios de ellos tenían los ojos azules como cielo sin nubes, y el cabello amarillo como las flores del algodón. Aquello era sorprendente ¿Esos mensajeros de Bochica les traerían la paz y la abundancia, ó vendrían á castigar sus maldades?

(1) Hoy río *Suárez*.





III

ZORATAMA

La principal razón porque se guardaba tanto el Bogotá de no ver ni que lo vieran los españoles, era por un sueño que le había declarado un famoso jeque del valle de Ubaque, dicho Popon, en que le pronosticó se había de bañar en su sangre, por la muerte que le habían de dar unos extranjeros que habían de entrar en sus tierras.

FRAY PEDRO SIMON.—*Las Conquistas de Tierra Firme.*

En sus batallas tienen una cosa extraña que los que han sido hombres afamados en la guerra y son ya muertos, les confezionan el cuerpo con ciertas unturas que queda todo el armazón entera sin despegarse, y á estos los traen después en las guerras ansí muertos.

Epítome de la Conquista, atribuído á Quesada.

El pequeño ejército del General Quesada ha penetrado yá muchas leguas dentro del reino chibcha. Aquellos aventureros que subieron por el río de la Magdalena, que cruzaron las selvas del Carare, que escalaron la cordillera del Opón y que hambrientos y haraposos llegaron á un valle que llamaron de *La Grita* por el espantoso vocerío de los indígenas, están ahora alegres y sanos. Tras tántas fatigas han hallado al fin reposo, alimentos, vestidos y buen clima.

La nueva tierra está yá bendecida por el Dios de los cristianos. Atrás, en Chipatá, dijo el Padre Las Casas la primera misa que se ofició en estos dominios, y en ese mismo lugar Jiménez de Quesada pasó revista á su diezmada tropa, y le dirigió palabras de valor y de fe. Ciento sesenta y cuatro hombres entre jefes y oficiales, dos sacerdotes, varios indios, traídos unos de Santa Marta y aprisionados otros en el camino, diez y nueve caballos y un asno, hé ahí las fuerzas con que contaba para conquistar un reino, el tercero de América, casi tan opulento como el de los Aztecas y el de los Incas. El General recomendó allá á su tropa la mayor benevolencia para con los indígenas. Tratemos, les dijo, de dominar las regiones que descubrimos, no con la destrucción y la muerte, sino con la mansedumbre y la paz.

La conquista de las tierras de la altiplanicie ha sido feliz, y las penalidades muy pequeñas, comparadas con los largos sufrimientos del Magdalena y del Opón. En Ubazá fueron víctimas de un insecto voraz, casi microbio, que en los dedos de los pies les produjo al principio agradable rascazón y luégo insoportable dolor: era la nigua, que ellos nunca habían conocido, é ignoraban su remedio; una india les indicó, por señas, el modo de extraer el diminuto animal, y ella misma les sacó algunos con un alfiler de oro. En el río Saravita había sido arrastrado por la impetuosa corriente el caballo de Suárez Rondón, y en vez del nombre indígena llamaron á esas aguas con el apellido del arrogante jinete. En algunos lugares hallaron sabrosa car-

ne de venado y mantas de algodón, que los indios horrorizados abandonaban al huír. Más adelante, en las campiñas de Sorocotá y Furca, encontraron plantaciones de patatas, de maíz y de fríjoles, lo mismo que buenos pastos para los pobres corceles. Iban siempre hacia el Sur en busca de la corte del Zipa, donde les decían que había palacios y riquezas. Ahora estaban á las puertas de una populosa ciudad; de lejos se veían los techos de paja y las cercas de madera. Aquella ciudad era Guachetá, llamada así en el lenguaje de los indios, y aquel día era el 12 de Marzo de 1537 en el calendario de los cristianos. Por eso Quesada y sus compañeros bautizaron tal lugar con el nombre de San Gregorio, en memoria del Pontífice Magno, cuya fiesta se celebraba en ese día.

El lugar estaba desierto. Los moradores se habían trepado á unas altas peñas, amedrentados y curiosos, sin atreverse á batallar con aquel puñado de extranjeros que invadía sus tierras; y pensando que aquellos hombres de á caballo, que ellos creían unos monstruos, comerían carne humana, como las bestias feroces, resolvieron enviarles una presa. Dos indios trajeron un anciano hasta cerca del campamento español, encendieron allí una hoguera, y dejaron junto á ella al pobre viejo. Los conquistadores se le acercaron, lo trataron con benevolencia, le regalaron cintas y cristales y lo pusieron en libertad. Creyeron los salvajes entonces que los españoles sólo devoraban la carne tierna, y les arrojaron dos niños desde lo alto de sus riscos. Los invasores los recogieron con maternal cariño, y Pericón,

el indio apresado en el Opón y convertido en intérprete y baquiano de los españoles, les gritó á los chibchas diciéndoles que los extranjeros no comían carne humana, ni venían á hacerles daño. Todavía hicieron los indios un nuevo ensayo: les enviaron un hombre y una mujer en toda la fuerza de la edad, junto con un venado, para ver si era aquél el bocado apetecido. Los europeos pusieron en libertad á la pareja y se repartieron el animal. Los guachetaes perdieron entonces el miedo, abandonaron las breñas y fueron á ver de cerca á los hijos del sol.

Admirados quedaron ante ellos; al pánico sucedió la sorpresa. Los caballos y el asno, las corazas y los cascos, las lanzas y los arcabuces, los adornos de los vestidos y los jaeces de las monturas, los asombraron. Vieron entonces que los caballos eran distinta cosa de los jinetes, y no una sola fiera, como al principio creyeron. La espesa barba del General Quesada y los largos bigotes de algunos capitanes fueron causa de admiración. Los conquistadores les dieron bondadosa acogida, y les regalaron cintas de colores y cuentas de vidrio. En cambio los indígenas obsequiaron al valeroso General con ocho esmeraldas y varios pedazos de oro.

Los soldados se pusieron alegres, porque la conquista del nuevo reino iba á ser fácil. Allí se acababan de abrazar ellos, los invasores atrevidos que venían del otro lado del mar, con los tímidos dueños de estas tierras ignoradas.

Después siguieron los conquistadores á Lenguazaque, donde los indios, sabedores de la paz hecha en

Guachetá, salieron á recibirlos y les presentaron oro y esmeraldas, venados y legumbres, mantas de algodón y panes de sal. Luégo pasaron á Cucunubá, donde descansaron en un hermoso valle, y más tarde á Suesuca, la bella población al pie de unas rocas maravillosas, amontonadas allí por algún espantoso cataclismo.

Aquellas rocas se prolongan en larga extensión, formando raras figuras y pavorosas grietas, como ruinas de gigantescos palacios ó de una ciudad de titanes. Sobre ellas crecen el frailejón de hojas aterciopeladas, y la tuna con sus flores rojas y sus largas espinas. Perfumados arbustos levantan su tronco de entre las cuevas, extienden afuera su verde copa y cuelgan sobre las peñas festones de musgo y ramos de parásitas. Algunas enredaderas se atreven á escalar aquellas altas rocas que parecen detener á las nubes en su vuelo. Al pie corre tranquilo y mudo un río cristalino que sale á buscar la sabana, como asustado de pasar por debajo de aquel caprichoso conjunto de rocas que amenazan caer sobre su cauce.

También los indios de Suesuca los recibieron en paz, no obstante ser una tribu de facinerosos, rechazada de todo el reino, y que allí entre aquellas rocas había puesto su guarida. El cacique llevó á Quesada á su cercado y lo trató con respeto.

Los conquistadores se habían aficionado á la carne de caballo; aunque hallaban por estos campos, en abundancia, conejos y venados, cada vez que moría un corcel lo devoraban como rico manjar. Allí en Suesuca murió, á la entrada del pueblo, una yegua; y un solda-

do, Juan Gordo, luégo que llegaron, se fue á despresarla. En el camino halló á varios indios que venían de los lados de Tilatá á saludar al General y le traían de regalo hermosas mantas. Al ver los salvajes al soldado armado, se aterrorizaron, dejaron las telas en el camino y corrieron al pueblo, donde refirieron al General que el soldado les había quitado los presentes que le llevaban.

Quesada sintió cólera y mandó apresar al soldado. Este venía yá alegre con las finas mantas que recogió, y con la carne de que se había hartado; pero al llegar supo con horror que Quesada iba á hacer un terrible escarmiento. El Jefe quería mostrar su energía para evitar que se tomara algo á los indios sin su orden ó permiso, como él lo había ordenado. El alguacil del ejército puso preso al pobre Juan Gordo, y tras un breve juicio fue sentenciado á muerte.

Todo el ejército suplicó al General revocara aquella sentencia: Gordo era hombre valeroso, y había servido en la campaña con brío y con constancia. Un hombre les haría mucha falta para conquistar el país, pues ellos eran tan pocos, y los indios inmensas muchedumbres. Inútiles fueron los ruegos. A la mañana siguiente el desgraciado Gordo fue colgado de un viejo sauce, cuyas ramas recibieron el último suspiro del infeliz soldado.

El Zipa no estaba lejos de allí. Se había retirado á la fortaleza de Buzongote, en los campos de Cajicá, al saber la llegada de los invasores en los momentos en que iba á ver á Furatena, la poderosa reina de los Mu-

zos. Todos los días tenía noticia de los hijos del sol por medio de sus espías.

No sabía si huírles, combatirlos ó adorarlos. Lo que al principio le referían de esos hombres ó dioses, era extraordinario; pero yá las últimas nuevas eran menos maravillosas: parecía que tales gentes no eran hijos del sol, sino extranjeros que buscaban esmeraldas y oro; no venían como mensajeros de Bochica, á colmarlos de bienes, sino como soldados de otro rey á ponerlos en esclavitud, á destruír sus templos, á saquear sus palacios.

Aquello que habían tomado por una sola fiera, eran unos hombres como los chibchas, que montaban en unos grandes venados sin cuernos, y no eran rayos lo que disparaban, sino unas armas que ellos, los indígenas, podían también manejar al quitárselas. Y sobre todo, no eran inmortales, porque en Suesuca había muerto uno de los invasores, el pobre Juan Gordo, de la misma manera que morían los muiscas. No podían, pues, dejarse dominar por tan pocos hombres, cuando ellos eran millares de millares. El sentimiento de la libertad se despertó en la corte de Tisquesusa, y fue acogido con entusiasmo por todo el reino. Sajipa, el valiente guerrero que había combatido contra los indómitos sutagaos, contra los feroces panches, contra el Cacique de Guatavita y contra el Zaque de Hunsa, recorrió todo el valle llamando á luchar por la independencia de la patria. El grito bélico resonó en todos los confines de aquella sabana, mansión de un inmenso lago en tiempos muy lejanos; así en el boque-

rón de Tausa como en las lomas de Sibaté, así en los collados de Teusaquillo como en las montañas de Zipacón. Los uzaques organizaron sus ejércitos, y de todos los puntos de la llanura fueron á ponerse á las órdenes de Sajipa, en la fortaleza de Busongote, donde estaba el majestuoso Zipa, el invicto Tisquesusa, el sucesor de Nemequene y de Saguanmachica.

Quesada, entre tanto, salió de Suesuca para Nemocón, uno de los pueblos de donde sacaban la sal. El ejército iba alegre. Aquellos campos eran más fértiles que las vegas del Guadalquivir; la mañana estaba fresca; de la tierra surgía un aliento perfumado; algunas mirlas saltaban sobre los arbustos y cantaban el himno matinal; á veces una garza pasaba sacudiendo en los aires rítmicamente sus alas de nieve; el follaje de los borracheros y de los sauces era agitado por una brisa suave, que les sacudía las gotas de rocío; un sol tibio y delicioso bañaba la campiña y quitaba el frío á los soldados y á los caballos. El ejército caminaba por un campo verde, salpicado de flores de chisacá. No encontraban por allí ni una res, ni un caballo, ni una oveja, ni un cerdo, ni aun las aves de corral. Extraño mundo era este descubierto por Colón, y del cual ellos conquistaban un pedazo; no se conocían en él aquellos animales tan preciosos para la humanidad: ni el clangor del gallo les anunciaba las auroras; ni el mugido del toro, padre de la grey, resonaba en las llanuras; ni el can, amigo del hombre, cuidaba con sus ladridos las viviendas de los pobres indios. Y las flores, ¡cuán distintas! Ni el clavel per-

fumado, ni las rosas nacaradas, ni la tímida violeta, ni los nardos, geranios y jazmines que en abundancia dejaron en las huertas de Córdoba y de Granada.

Iba adelante Quesada con la vanguardia, y junto á él los dos sacerdotes y varios capitanes; luégo la caballería, después los soldados de á pie. Atrás caminaban los enfermos y los fatigados con seis soldados de á caballo.

Pasaron por varias sementeras de maíz, que levantaban sus espigas á la altura de los jinetes, y por otras de patatas con sus pequeños arbustos sembrados en hileras. Atravesaron varios arroyos y hallaron luégo cerca del poblado unos hornos donde se hacían grandes vasijas de arcilla para compactar la sal.

Al entrar Quesada al pueblo, llegó un jinete apresurado á darle una grave noticia: millares de indios habían atacado la retaguardia, la cual se defendía heroicamente. El General despachó entonces en su auxilio sus mejores jinetes, á Juan de Céspedes, Lázaro Fonte, García Zorro, Baltasar Maldonado y varios soldados de á pie y de á caballo. Estos corrieron impacientes. Llegaron al lugar de la lucha, vieron lo numeroso de los enemigos y acometieron sobre la muchedumbre indígena con tal denuedo y arrogancia, que rompieron los cerrados batallones, sembrando la consternación y la muerte. Sus arcabuces, sus lanzas y sus caballos derribaban por tierra centenares de indios. Tenían los bárbaros en medio de su ejército la momia de un valiente guerrero, que había peleado en defensa de Saguanmachica y Nemequene; la llevaban

en alto, á fin de infundir valor á los soldados, y espantar con ella á los enemigos. Los castellanos recordaron al ver aquel cuerpo enjuto con un cetro en la mano, que allá en su patria algo semejante se había hecho con el cadáver del Cid. Pero ¡qué los iba á asustar el esqueleto de un guerrero, si no los detenía en su furia devastadora aquella lluvia de flechas y de piedras lanzada por 20,000 soldados, mandados por 500 Uzaques y dirigidos por el valiente Sajipa!

La derrota fue espantosa. La momia quedó abandonada en el campo por sus conductores, y el llano se cubrió de cadáveres. El Zipa miraba, sobre unas andas, desde una colina, aquella batalla, la única que habían de presentar sus súbditos; y cuando vio el estrago que hacían en sus filas aquellos temibles jinetes, huyó también amedrentado, sin abandonar su dosel ambulante. Los indios se remudaban en la preciosa carga, á fin de que su rey no cayera prisionero, ni tuviera que tocar el suelo con sus plantas. Todo el ejército se dispersó: los unos se refugiaron entre los juncos de las lagunas y los otros siguieron, detrás del Zipa, á la fortaleza de Busongote, donde llegaron al caer la tarde.

La tristeza y el terror se apoderaron de Tisquesusa. Aquellas falanges numerosas y aguerridas, que al salir Bochica por el Oriente fueron á destruír á los extranjeros, estaban, al llegar la noche, diezmadas y llenas de confusión y espanto. Pensó que era imposible resistir á los enemigos, y al saber que venían al galope por los campos de Tivitó en pos de los derrotados, sintió

pánico horrible y resolvió abandonar la fortaleza. Cuando salió Chía, el astro de la noche, y con sus rayos pálidos iluminó la llanura, y plateó las aguas del Funza, Tisquesusa y los restos de su ejército dejaron la fortaleza llevándose sus tesoros, y siguieron á Bacatá, donde estaba el mejor de sus palacios, y tenía un gran cercado. Tisquesusa, á fin de huír más ligero, dejó sus hermosas andas, después de quitarles las piedras preciosas y las mantas de vivos colores, y salió á pie como un simple súbdito.

Cuando llegaron los vencedores ante la gran fortaleza, no había allí sino unos pocos indios para resistir mientras huía el Zipa. Uno de éstos quiso mostrar á los extranjeros su valor, y salió solo á desafiarlos; pidió que alguno de ellos viniera á medir con él su fuerza y su brío. Lázaro Fonte no aguardó otro reto: partió en su hermoso zaino sobre el salvaje, llegó á él, lo agarró del cabello, lo alzó con su mano de hierro y volvió á su campamento con aquel preso. cogido de modo tan cruel. Los indios de la fortaleza sintieron miedo al ver aquella escena y oír los alaridos salvajes del compañero aprisionado. Abandonaron también entonces ellos la gran fortaleza, y los españoles entraron al lugar que los indígenas creían inexpugnable.

Quesada supo en Nemocón el triunfo de sus capitanes, y fue á unirse á ellos en la fortaleza. Allí encontraron armas, telas y alimentos; algunas momias de guerreros; las andas del Zipa; ollas de arcilla roja y pieles de venados, nutrias y osos negros. La fortaleza estaba rodeada por una alta cerca de cañabra-

va, y cubierta por un gran toldo de algodón. El General pudo desde aquel lugar contemplar el inmenso valle que se extendía adelante: era un mar de verdura, lleno de caseríos que alzaban al cielo sus techos á manera de alcázares; algunas lagunas, como espejos, se veían á trechos en los verdes campos; al Oriente se levantaban moles inmensas, ramal de alguna enorme cordillera, y al Poniente, en el confín del horizonte, se distinguían las cabezas blancas de unos nevados. Quesada, conmovido, se acordó de España; aquel valle se parecía á la vega de Granada, las colinas le recordaban las del Suspiro del Moro, los cerros se asemejaban á Sierra Elvira, el Funza se deslizaba como las ondas del Genil. Y ese cielo azul, y ese aire puro, y esa tierra fértil, eran los mismos de Andalucía. Entonces resolvió llamar *Nueva Granada* á la tierra que conquistaba, y *Valle de los Alcázares* á la sabana que se extendía ante sus ojos como inmenso manto.

Varios indios de las cercanías resolvieron venir á rendir tributo al jefe de los invasores; le trajeron oro, esmeraldas, mantas, legumbres y pieles, y al llegar ante él se volvían de espaldas, como lo hacían ante el Zipa, en señal de respeto, para no mirarle el rostro; y á los pies le quemaban perfumes. De Cajicá fue el ejército á Chía, lugar donde residía el heredero de la corona, y allí fueron recibidos en paz. El Padre Las Casas les recordó que en aquellos días celebraba el Cristianismo la pasión y muerte del Redentor; y en medio de aquel pueblo idólatra, jefes y soldados se prosterna-

ron, durante la sagrada semana, ante los dos sacerdotes, á oír los divinos oficios.

Después fueron á Suba. El Cacique de aquel pueblo los recibió con cariño, y días después se convirtió al Catolicismo y fue bautizado por Las Casas. Luégo pasaron por Bacatá (1), donde estaba el palacio del Zipa. Este había huído á los montes sin dejar huella de su camino.

Sus riquezas habían sido ocultadas de extraño modo. Las sacaron en una noche oscura, las llevaron á una caverna lejana y pusieron sobre ellas montones de tierra; luégo fueron degollados los conductores, para que nadie supiera el lugar que guardaba tan grandes tesoros.

Estaba en Bacatá, cuando entraron los conquistadores, la hermosa Zoratama, la gentil doncella que estuvo en Guatavita el día del último baño del Cacique en la sagrada laguna. Sus parientes habían huído con el Zipa, y ella quedó allí guardando la rústica choza. Miraba con asombro á aquellos hombres blancos, robustos y valientes, y escuchaba sus palabras, tratando de comprenderlas. Se fijó especialmente, desde el día que llegaron, en Lázaro Fonte, el valiente gaditano: ¡qué ojos los de ese hombre, tan audaces y tan negros; qué apostura tan guerrera; qué musculatura tan fuerte! Zoratama veía con admiración el yelmo, la coraza, la cota de malla y la espada de aquel jinete más bello y más fuerte que todos los guerreros de su tribu.

(1) Hoy Funza.

Un día un indio quiso correr á la par del caballo de Fonte, creyendo ganarle la carrera. Fonte lo dejó adelantarse, y yá al llegar al punto señalado, clavó las espuelas á su zaino, alcanzó en un instante al indio y lo derribó por tierra. Zoratama, que estaba allí cerca, contempló el hermoso animal que montaba Fonte, y los curiosos arneses de su montura, y dio un grito de alegría cuando lo vio partir como un venado Pero apenas el indio cayó en tierra, corrió compasiva á alzarlo, y lo encontró medio muerto. Fonte se fijó entonces en la hermosa doncella: estaba vestida con un ligero *chircate* que le bajaba de la cintura hasta las rodillas; en los hombros tenía un manto azuloso, que le cubría la espalda y unido sobre el pecho con un alfiler de oro; desnudos estaban los brazos, las pantorrillas y los pies, pero llevaba collar y brazaletes áureos, y en las gargantas de los pies sartales de cuentas hechas de huesos; el cabello muy abundante y muy negro, lo tenía destrenzado y caía sobre su espalda como una cascada de tinta; sus ojos eran oscuros, y sus dientes blanquísimos.

Fonte admiró aquellos brazos duros pero bien torneados, las pequeñas combas de su pecho, el hermoso cuello y los ojos brillantísimos. Comprendió, además, al verla socorrer al herido, que aquella india era amorosa y tierna.

Después de aquel día se volvieron á ver con frecuencia, y Fonte se puso á enseñarle palabras españolas, que ella aprendía fácilmente.

Pero el Zipa no parecía por ninguna parte: ni una noticia de su albergue, ni una huella de su rastro. Los

indígenas soportaban el tormento sin decir una palabra, y en vano se buscó á Tisquesusa por toda la comarca. Una vez fue Quesada hasta el confín de la Sabana, donde quedan los montes de Tenasucá (1), y por allí bajó hasta una casa en medio de la montaña, donde iba el Zipa algunas veces á gozar de un clima algo cálido. Ni en esa casa, que llamaron del monte, ni en los lugares circunvecinos, hallaron al poderoso monarca.

Sin embargo, el Zipa no estaba lejos de allí: en un espeso bosque, por los lados de Bojacá, se había escondido con toda su corte. Allá en un cercado, en medio de la espesura, reunió á los jeques, sacerdotes de aquella bárbara idolatría, y á los uzaques, especies de duques de aquel reino salvaje, y les consultó el modo de expulsar á los extranjeros, que eran más robustos que los pijaos, más altaneros que los panches y más sabios que los andaquíes. Nada los detenía en su afán de dominio y en su sed de oro, y había que buscar pronto remedio. Popón, uno de los jeques, refirió un sueño que había tenido: vio al Zipa bañándose en un lago de sangre y rodeado de extranjeros. Era aquel sin duda un horrible presagio.

Yá que no podemos triunfar en la batalla, dijo un uzaque, apelemos á la astucia; indiquemos á los extranjeros, como buenas tierras para conquistar, las comarcas de los feroces panches, nuestros encarnizados enemigos; les diremos que allá hay buenos climas,

(1) Hoy Tena.

abundantes sementeras y ciudades llenas de oro. Si triunfan los españoles, veremos vencidos á los panches, crueles rivales de los chibchas; si son vencidos los hijos del sol, entonces quedará el reino libre de la planta extranjera.

El ardid fue aceptado con regocijo y puesto en práctica. Unos indios que tenían yá amistad con los españoles se encargaron de tenderles el lazo y llevarlos al Occidente en busca de las famosas tierras.

Los españoles oyeron á los emisarios, y aprontaron una expedición para el país de los panches. A la cabeza de ella fue Juan de Céspedes, el valiente toledano que tanto se había distinguido en la campaña Salió con cuarenta infantes y quince caballos; también iban con él algunos indios chibchas cargando las municiones y los equipajes.

Anduvieron por muchas tierras y pasaron por varios pueblos hasta que llegaron á Tibacuy, donde hallaron unos guerreros llamados güechas, que los chibchas ponían allí para defender sus fronteras, y que eran escogidos como los más valientes y aguerridos del reino. Estos dijeron á Céspedes la verdad, y le explicaron quiénes eran los panches: unos indios terribles que andaban desnudos, usaban venenos y comían carne humana, á diferencia de los chibchas, que se vestían con mantas, no eran antropófagos, ni envenenaban sus armas. Las casas de aquellos estaban cercadas de calaveras, y en vez del licor amarillo que los chibchas hacían de la miel y del maíz, bebían los panches la sangre de sus enemigos. Tenían las cabezas muy

altas, pues cuando niños se las oprimían con tablas sobre la frente para que crecieran hacia arriba; vivían sobre los riscos de las montañas, y desollaban vivos á sus prisioneros. ¡Oh, los indios de aquella tribu eran feroces, invencibles, implacables!

Y el clima era en esas regiones también mortífero, sobre todo en los pueblos que quedaban cerca del río grande. Hacía allá un calor como al lado de una hoguera, y el sol quemaba más que la boca de un horno. Los habitantes de las tierras frías al llegar enfermaban y morían, cual si el aire estuviese envenenado lo mismo que las armas de sus guerreros.

Y había en esas comarcas plagas horribles: serpientes que mataban en pocas horas; escorpiones que causaban dolores agudos; tarántulas que hinchaban el cuerpo; chinches que hacían granos, y zancudos que picaban como espinas. En los bosques crecían plantas cuyo contacto hacía doler la piel y la llenaba de ampollas. En los ríos habitaban caimanes que devoraban á los hombres, y rayas que les hacían profundas heridas.

Pero aquello se lo decían á un castellano que amaba el peligro; que había combatido en Europa contra los comuneros de Toledo, y conquistado en América desde las playas del mar Caribe hasta las orillas del Funza sin temblar jamás, sin ser vencido nunca, sin dar un paso atrás. El acompañó á Bastidas en la fundación de Santa Marta, y recorrió durante dos años el valle del Upar, por orden de García de Lerma; al lado de Fernández de Lugo combatió contra los taironas, y con Jiménez de Quesada acababa de atravesar tierras

ignotas hasta llegar á las llanuras donde estaba la capital del Zipa. Conocía yá todas las plagas del trópico. No lo detuvieron en su camino fieras ni reptiles, soles ardientes ni páramos fríos, enfermedades ni combates, montañas ni torrentes; sus brazos habían derribado los troncos de las ceibas, y sus botas habían aplastado la cabeza del crótalo; muchos indios murieron ensartados con su lanza, y su caballo holló muchos de sus santuarios; noches enteras se pasó oyendo los ronquidos del tigre ó los gritos de los salvajes; había cruzado á nado corrientes impetuosas ¡y por sobre su cabeza silbaron centenares de flechas! ¿Qué iba él á temer á los panches? La noticia le dio, por el contrario, nuevos bríos, y sereno se dirigió á buscar la lucha con aquellos bárbaros.

La pequeña tropa penetró en las tierras del Cacique Conchima, y marchó por las cumbres de los cerros, como andaban siempre, para descubrir tierras y evitar asechanzas. Poco habían caminado cuando vieron abajo, en un pequeño valle, como un bosque de penachos, flechas, lanzas y cerbatanas, que se movía acompasadamente. Eran cinco mil indios que marchaban con tanta disciplina como un ejército europeo. Iban allí guerreros de todas las tribus vecinas: anapoimas y calandaimas; colimas y tocaremas; de Coyaima y de Guataquí; de los cerros de Guacaná y de los chorros del Guarinó.

Al acercarse á las lomas donde se detuvo Céspedes, pudieron los españoles ver á los nuevos enemigos. Estaban desnudos y con el cuerpo pintado de rojo; tenían el cabello muy crecido y las frentes horriblemen-

te aplastadas. Los jefes llevaban cinturones de algodón de donde colgaban caracoles, piedras de colores, colmillos de caimán y cascabeles de culebra. Unas tribus estaban armadas de flechas con enormes dardos, otras llevaban hondas y cargaban las piedras en sacos hechos de conchas de armadillo; muchos guerreros tenían largas cerbatanas por donde arrojaban agudos venablos. Los coyaimas esgrimían pesadas mazas de guayacán, y los caparrapíes lanzas de payandé y picas de mararay. Todas estas armas estaban envenenadas. La mayor parte llevaba grandes escudos de madera forrados de pieles. Detrás iban millares de mujeres, también desnudas, con coyabras llenas de piedras, calabazos que contenían veneno, y venablos guardados en cañutos de bambú.

Céspedes, montado en un caballo blanco, habló entonces á sus soldados. Les recordó que habían sido escogidos para vencer á aquellos salvajes, y los animó á unir un nuevo trofeo á todos los yá conseguidos en aquel largo viaje. Los soldados sintieron arder su sangre española, y se aprontaron al combate. El ejército panche siguió acercándose á la loma y fue abriéndose en dos alas. Los chibchas que acompañaban á Céspedes se sobrecogieron de espanto: unos se pusieron bajo los caballos, otros se ocultaron tras la hueste española, y los más huyeron hacia Tibacuy.

El Jefe de los europeos gritó: *¡Santiago!*, palabra que era la orden de combate, y bajaron sus jinetes al llano y cayeron sobre los bárbaros como un alud desprendido de la montaña. El estrago que hicieron con

sus lanzas y sus caballos fue espantoso; rompieron las filas de la vanguardia, y cubrieron de heridos y de cadáveres el campo. Hollando á todos con los cascos de los corceles, pasaron á atacar los batallones de la derecha, que estaban armados de flechas, hondas y cerbatanas. La infantería española, entre tanto, aniquilaba con sus espadas y arcabuces á los derribados por la caballería.

La lluvia de piedras y flechas sobre los jinetes fue terrible. Las armaduras de algodón quedaron erizadas de dardos, como queda el toro con las banderillas de los toreros.

El ala izquierda de los panches empezó á trepar la colina, á fin de atacar la retaguardia de Céspedes. Sanmartín los vio, y con otros capitanes corrió á atacarlos.

Adelante de ellos venía un indio de estatura colosal, que acometió como un león. Con su larga flecha, su espantosa figura, sus gestos feroces y sus gritos de guerra, infundía coraje á los panches y pavor á los españoles. Juan de Sanmartín comprendió que había que matar pronto á aquel enemigo formidable. Clavó las espuelas á su caballo, partió sobre el bravo gigante y lo atravesó con su lanza. El indio lanzó un alarido de rabia y de dolor, dio un paso atrás y cayó con estruendo arrojando un chorro de sangre tibia. Los salvajes huyeron entonces aterrados y dispersos.

Al otro lado Céspedes desbarataba con su caballería el ala derecha del numeroso ejército, y los bárbaros corrían llenos de pavor hacia el Poniente, dejando el

campo cubierto de armas, de muertos y de agonizantes.

Once soldados y seis caballos estaban heridos en las filas españolas; en unas chozas que había cerca resolvió Céspedes pasar la noche, y curar allí las heridas. Los dardos tenían venenos activos, y era necesario aplicar el fuego sobre las llagas, antes de que viniera la muerte. Juan Montalvo, valiente toledano, era uno de los pacientes. Estaba recién casado con Elvira Gutiérrez cuando se vino de Santo Domingo á Santa Marta, y de ahí á estos parajes lejanos. No era posible morir sin volver á abrazar á la cariñosa compañera; había que aplicarse pronto el doloroso remedio. Puso la herradura de un caballo en el fuego; la dejó allí hasta que enrojeció, y luégo se la aplicó en la herida. Los otros diez soldados hicieron lo mismo, y un olor de carne quemada llenó el campamento. Toda la noche se oyeron gemidos de cristianos y de bárbaros, y algunos lejanos gritos de guerra.

Céspedes y su tropa resolvieron al día siguiente regresar á Bacatá, antes que los panches volvieran á atacarlos, y tomaron camino por sobre montes escarpados. La mañana estaba cristalina, el cielo no tenía una nube, cerros y cañadas se veían llenos de claridad. De pronto oyeron gritos y vieron un salvaje que venía tras ellos con una gruesa macana; entonces se detuvieron á esperarlo; podría venir á ofrecerles la paz. Llegó el indio, y al encontrar el primer soldado levantó su arma con ambas manos y se la descargó con fuerza; el español puso delante su rodela, pero el golpe fue

tan formidable, que el escudo se partió en dos pedazos y el soldado cayó en tierra aturdido; otros soldados vinieron á defenderlo, y á todos resistía aquel indio audaz. Al fin un soldado logró ponerse detrás, cogerlo y desarmarlo. Céspedes hizo que un intérprete lo interrogara. Tenía algo de sorprendente y misterioso ese ataque de un hombre solo contra los que acababan de vencer á millares de sus hermanos. El indio explicó su actitud. Había llegado tarde á la batalla, y encontró los derrotados, y luégo halló el campo lleno de muertos; y entre ellos varios de su familia. Resolvió vengarlos y probar á los extranjeros hasta dónde llegaba el valor de los coyaimas; por eso había venido á combatir solo y resuelto á morir.

Céspedes mandó ponerle unas cadenas para llevárselo prisionero á Quesada; pero el soldado herido por el golpe de macana lo degolló y entregó la cabeza á los chibchas, que se regocijaron con ella.

Entre tanto Zoratama había aprendido de los labios de Fonte el dulce lenguaje de Castilla. Yá podia referirles á los bravos españoles antiguas historias chibchas; les explicaba cómo esa sabana había sido un lago inmenso formado por Huitaca, diosa de las aguas, y que un día Nenqueteba había roto con su vara los montes en Tequendama, y el lago se había precipitado por allí formando una enorme cascada. Les contaba también el baño del Cacique dorado en una laguna que había al Oriente sobre unos altos cerros.

Quesada esperaba intranquilo á sus compañeros. Un día llegaron los indios que habían ido con Céspe-

des y que huyeron en el momento de la batalla, y le refirieron que todos habían muerto. ¡Cuánta sorpresa y alegría sintió cuando los vio llegar á todos sanos y salvos, llenos de trofeos y con la cabeza del feroz panche, pálida y sangrienta!

Tisquesusa supo por sus espías todo lo sucedido, y volvió á tomar consejo de sus jeques y de sus caciques. Estos aconsejaron una nueva astucia: puesto que los invasores buscaban esmeraldas, indicarles el lugar de las minas, allá en el Norte, y mandarlos así lejos, hacia las tierras del Zaque.

Quesada oyó á los emisarios, y resolvió partir con su ejército en busca de las famosas minas. La tarde que salieron, Zoratama los acompañó hasta las orillas del Funza, los vio pasar el río, luégo seguir por en medio de la sabana, ir disminuyendo poco á poco sus siluetas en el horizonte, y desparecer al fin en lontananza. Ella se sentó sobre un barranco en la ribera del apacible río, y quedóse allí solitaria y triste, mirando el lento marchar de aquellas ondas, que no tienen un murmullo, que no arrastran un árbol, que no forman un remolino, hasta que las sombras de la noche llegaron oscuras y frías por detrás de los montes, invadieron la llanura y ennegrecieron las aguas.

Al fin quedó todo envuelto en espesas tinieblas, y se borraron los últimos arreboles sobre las lejanas montañas de Occidente. Se oyó entonces á intervalos el grito lúgubre de un mochuelo, y empezó á soplar un cierzo helado que hacía crujir tristemente las ramas de los sauces.



IV

TEUSAQUILLO

> A efte fitio pues lleuaron al Capitán Lázaro Fonte con orden del General Quesada, para que allí lo dexaffen defarmado y en prifiones, y fin más compañía que la de vna muger natural de Bogotá, que le fervía y avía cobrado amor.
>
> PIEDRAHITA. — *Conquista del nuevo reino de Granada.*

> Determinado de poblar embió á reconocer el mejor puefto, y conferido se refoluió fueffe donde efta la ciudad de Santa Fé, en que auía vna como aldea llamada Teufaquillo, y edificándole doze casas y la iglefia, tuuo principio efta ciudad.
>
> IVAN FLOREZ DE OCARIZ.—*Genealogías del Nuevo Reino de Granada.*

¡Cuánto tardaron en volver los conquistadores! Zoratama iba unos días á las riberas del manso río, y se sentaba allí á esperarlos; otros, subía á los altos montes de Teusaquillo, y miraba hacia el horizonte. Muchas veces fue sorprendida por la luna sobre la encumbrada cima, y bajaba luégo al valle aterida de frío y con el alma triste. Era entonces la estación de las lluvias, y el Funza, hinchado por ellas, pero siempre

mudo y perezoso, había derramado sus aguas sobre la campiña. La sabana estaba llena de lagunas; y los indios, aterrados con los prodigios que estaban sucediendo, creían que Huitaca iba otra vez á inundar la tierra y convertir el fértil valle en inmenso lago. Sombríos y taciturnos surcaban en balsas de juncos aquellas melancólicas lagunas, pescando guapuchas, único pez que hallaban en las turbias y dormidas aguas, ó cazando con sus flechas dos ó tres clases de aves, que alzaban el vuelo en bandadas de entre las ovas al acercarse las balsas. Un canto monótono y tristísimo entonado por los pescadores, y el golpe de las redes al caer en las ondas, eran los únicos ruidos que turbaban aquellas líquidas y solitarias llanuras. Zoratama acompañó muchas veces á su padre y hermanos en su apacible faena, y cuando el agua estaba límpida veía reflejarse en ella sus negros ojos, sus dientes blanquísimos, su gargantilla de oro, sus plumas de garza y sus abundantes bucles que, al inclinar la cabeza sobre las ondas, rodaban por su hombro desnudo, y alcanzaban á mojarse. Recordaba entonces, sin saber por qué, á Fonte; lanzaba involuntariamente un suspiro muy tierno, y miraba con afán hacia las lejanas orillas, donde sólo divisaba algunas parejas de venados.

¿Qué había sido, entre tanto, de los hombres blancos, de los advenedizos barbudos? Seguían su marcha vencedora por los pueblos del Oriente y del Norte. Cada día fue una sorpresa y una victoria; la pluma se fatiga al referir tántos episodios maravillosos.

Fueron á Usaquén, hermoso pueblo en medio de

la llanura; á Teusacá, en las orillas de un riachuelo cristalino; á Guasucá, situado en la falda de la cordillera y en un hermoso valle; á Guatavita, en la cumbre de unos cerros y cerca de la laguna sagrada, y á Chocontá, próximo al páramo, y rodeado de labranzas.

Luégo descubrieron muchas otras tierras: el pueblo de Turmequé, donde hicieron trompetas con el cobre de las pailas yá gastadas por tántos viajes; las ricas minas de Somondoco; el fértil valle de Tenisucá; el río Garagoa; los llanos inmensos, á que dio su nombre Juan de Sanmartín; las tierras de los teguas, indios yerbateros; las ciudades de Icabuco y Toca; la sabana de Baganique, y las poblaciones de Iza, Ciénaga y Lengupá, donde hallaron abundancia de oro.

Después conquistaron la corte del Zaque de Hunsa. ¡Qué prodigioso fue todo aquello! El Cacique de Baganique les refirió dónde estaba este rey, y allá los condujo disfrazado. El Zaque, el viejo Quiminchatocha, estaba en su palacio, rodeado de toda su corte y de millares de vasallos. Los españoles rompieron las puertas de las dos cercas que había en torno del palacio. El anciano rey los esperó impasible. ¡Qué se iban á atrever á tocarlo, á él, al poderoso soberano de aquellas tierras, venerado por tantos súbditos y obedecido por tantos caciques? ¡Infeliz! ignoraba la audacia de aquellos extranjeros. Quesada mismo, á pie y con la espada desnuda, abrióse paso por entre la multitud indígena, al frente de un puñado de soldados, llegó hasta el Zaque y lo aprehendió con su mano de hierro.

Luégo fueron á Iraca, donde estaba Sugamuxi, el

Sumo Sacerdote; era allí la Roma de aquella religión salvaje; ahí reinaba un monarca espiritual, que disponía de los elementos, y ante quien se inclinaban los otros soberanos; allí el templo del sol, suntuoso y magnífico, edificado hacía quinientas lunas por Idacansás, con sus láminas de oro, sus grandes ídolos, las momias de sus guerreros, los trofeos de sus victorias, y sus vasos de arcilla con figuras simbólicas y llenos de perfumes.

También á ese monarca se le apresó como á un simple mortal. Su templo quedó destruído por aquellos extranjeros, que se burlaban de Bochica; fue un espantoso desastre: el suelo estaba alfombrado de fino espartillo, y las paredes cubiertas de hermosas mantas; dos soldados que entraron allí de noche dejaron caer distraídos las antorchas sobre aquel piso inflamable, que empezó á arder, en tanto que ellos, llenos de admiración, contemplaban aquellas riquezas. Cuando sintieron el fuego que trepaba por las columnas de madera y quemaba con furia las telas de colores, yá era imposible detenerlo, y huyeron los soldados con pavor. El incendio fue creciendo, creciendo, y devorándolo todo: á pocas horas era un horno inmenso el majestuoso templo; las llamas envolvieron el edificio y subieron á la techumbre; las grandes vigas cayeron calcinadas sobre los ídolos, que se volvieron pedazos; las vasijas de barro estallaron con el fuego; las mantas se volvieron cenizas en pocas horas. Una claridad inmensa iluminó los campos, y espesas columnas de humo llenaron los aires. Millares de indios contempla-

ban desde los lejanos oteros el pavoroso incendio. Al principio confiaron en un milagro de Sugamuxi: puesto que él era dueño de los elementos, y á su mandato salía el sol, soplaba el viento, caía la lluvia y brillaba el rayo, podía apagar aquellas llamaradas voraces con sólo ordenar á las nubes que cayeran en copioso aguacero. Pero el prodigio no sucedió, y el cielo sereno, límpido y tachonado de estrellas, estuvo impasible ante aquel espantoso cataclismo. Cuentan que algunos indios, desesperados con ese incendio que destruía su soberbio templo, y al ver que Bochica no oía los ruegos de su Pontífice, bajaron de las colinas, y vinieron á arrojarse á las llamas. Cuando la aurora salió, brillante y magnífica, aún ardía el templo, y sólo varios días después quedó todo apagado y reducido á negro montón de pavesas el templo donde se elevaron á Bochica durante largos años las adoraciones de todo un imperio.

Más tarde vencieron al Cacique Duitama, subyugaron sus tierras y retornaron hacia el Sur.

....

Al fin volvieron á Bacatá. Zoratama, alegre, salió á recibirlos cuando oyó el tropel de los caballos y el ruido de las armas. Allí volvía Lázaro Fonte, el apuesto capitán que la llenaba de emoción.

El ejército descansó de tantas fatigas. Hombres y animales permanecieron en reposo varios días.

Una tarde Fonte apresó á dos indios que se ocultaban entre los juncos de un vallado. Eran espías del Zipa, que venían á reconocer el campamento. Quesa-

da resolvió darles tormento. El más anciano prefirió morir en medio de espantosos dolores, antes que revelar el lugar donde se escondía su rey; el otro, horrorizado por el suplicio de su compañero, lo reveló todo: Tisquesusa estaba cerca de allí, en un sitio llamado Facatativá, donde tenía un pintoresco cercado rodeado de piedras tan grandes como palacios y al lado de una espesa montaña.

¡Oh, pobre Tisquesusa, infortunado Zipa! Va á ser aquel sitio el último baluarte de tu reino! Tus agoreros á todas horas interpretan tus fatídicos sueños. Todos los augurios son lúgubres: el grito de los mochuelos se oye todas las noches, y un jeque, sacerdote de Bochica, ha vuelto á ver, en sueños, á su rey, bañándose en un lago de sangre.

El ejército marchó esa misma noche en busca del Zipa; caminó largas horas envuelto en las sombras; primero cruzó una larga llanura, y luégo trepó á unos cerros pequeños, llenos de enormes piedras, que formaban hondas cuevas. A aquellas horas parecían las unas edificios fantásticos, y las otras, pavorosas cavernas.

Al rayar el alba llegaron al hermoso cercado: lo guardaban millares de indios y una gran cerca formada de piedras y árboles Parecía aquella fortaleza un lugar inexpugnable, pero á la sola vista de los españoles los indios se amedrentaron y abandonaron cobardes á su rey, sin presentar combate. Tisquesusa, al sentirse desamparado de sus soldados y tan sólo con algunos jefes y sacerdotes, resolvió también huír. Abrió una de las puertas del cercado, la que daba á la montaña, y

al salir por ella con su corte, disparó un soldado, Alonso Domínguez, su ballesta sobre el regio grupo, y la saeta fue silbando á clavarse en el corazón del infeliz monarca. Lanzó éste un grito de dolor y de rabia, que hizo eco en las lejanas cavernas, alzó las manos al cielo y cayó moribundo en los brazos de sus amigos leales. Rápidamente llevaron el cuerpo inanimado al vecino bosque, y allá, en lo más espeso y misterioso, le dieron oculta sepultura.

Así murió el último rey de los chibchas, el poderoso Tisquesusa, el descendiente de Nemequene y de Saguanmachica. En todo el reino fue llorado por muchas semanas; sus mujeres lanzaron durante largos días espantosos gemidos, y sus uzaques derramaron lágrimas muy amargas. Algunos indios se arrojaron á las aguas del Funza para acompañar á su rey en la otra vida.

Después yá no hubo sino paroxismos de agonizante en aquel imperio moribundo. Sajipa, el jefe del ejército chibcha, se proclamó rey en reemplazo de Tisquesusa, pero aquel esfuerzo fue inútil para sostener una nación que se derrumbaba. Primero trató de combatir á los españoles, y diariamente sus soldados hacían tímidos ataques sobre el campamento europeo; luégo, viendo que no lograba vencer á los invasores, resolvió hacer la paz con ellos y buscó la alianza de Quesada. Este la aceptó, y unidos fueron á combatir á los panches, que habían invadido el reino chibcha por las montañas de Zipacón. Hubo entonces otra campaña larga y penosa contra los antropófagos de las tierras cálidas, el triunfo estuvo unos días indeciso, pero

al fin vencieron los dos ejércitos aliados. Muchos caciques chibchas y panches hicieron entonces la paz con los españoles, y se sometieron al glorioso pendón de los castillos y de los leones.

Un uzaque le dijo á Quesada que Sajipa sabía dónde estaban los tesoros del Zipa, y el General lo hizo aprisionar en Bosa. El valiente Jefe negó conocer el secreto. Los españoles no se resignaron á perder esas riquezas, y resolvieron dar tormento al nuevo rey. Hernán Pérez de Quesada, Suárez y García Zorro pidieron á Quesada el suplicio para el pobre Sajipa. Le pusieron los pies en el fuego, á fin de que descubriera el lugar que guardaba el codiciado tesoro. Sajipa resistió como un mártir del cristianismo: ni un ¡ay! salió de sus labios en medio de aquellos espantosos dolores. La más cruel angustia se pintaba en su rostro; su cuerpo se estremecía en convulsiones horribles, y de él salía un olor de carne quemada; pero su boca no se abrió para pedirles piedad ni para denunciar el precioso secreto; al fin murió, sin murmurar una palabra; su último suspiro, amargo y tristísimo, fue también el postrimer aliento de aquella dinastía, y en su tumba quedó enterrado para siempre el cetro del reino chibcha, ¡aquel que llevaron con gloria en sus manos el gran Saguanmachica, el sabio Nemequene y el infeliz Tisquesusa! El imperio chibcha estaba conquistado. Muertos yacían sus reyes; el templo del sol era un montón de escombros, donde los vientos formaban lúgubre remolino de cenizas; las cortes del opulento Zipa y del sanguinario Zaque habían sido arrasadas; los mejores guerre-

ros yá no existían; los pobres vasallos andaban dispersos y llenos de terror; los ídolos de su religión estaban por tierra; los santuarios de sus dioses, hollados y destruídos. Hasta su lengua iba á desaparecer: yá los nombres de sus pueblos, de sus campos y de sus ríos, nombres acentuados casi todos ellos en su última sílaba, y que significaban la situación especial de los lugares ó el objeto á que estaban destinados, eran cambiados por otros de santos del cristianismo, apellidos de los conquistadores ó ciudades de los lejanos países de donde venían aquellos invasores.

¡Pobre Zoratama! ¡Con cuánta tristeza veía ella, devota de su religión y amante de su tribu, desaparecer todo cuanto ella había amado y todo en cuanto había creído! Lucha cruel se libraba en su alma, entre las creencias de sus mayores, que ella seguía con místico fervor, y su admiración hacia aquellos hombres que, valerosos y fuertes, destruían sus dioses y profanaban sus altares. A veces tenía ímpetus de rabia y de indignación al ver saquear los palacios de sus caciques ó caer los ídolos de sus adoratorios; en ocasiones veía al Padre Las Casas dulce y venerable, ó á Fonte arrogante y lleno de juventud y brío, y como que adivinaba otra civilización y otras creencias; y en su corazón había ímpetus hacia otras pasiones y por otros ídolos.

El puñado de invasores había vencido á un imperio numeroso, que desaparecía, no sólo en su vida política, sino también en su lengua, en su religión y en sus costumbres.

Quesada estaba feliz con su conquista. Pensó en-

tonces en fundar una ciudad que fuera el centro de aquel nuevo reino que él agregaba á la corona de Castilla. El no había venido solamente á destruír y á llevarse riquezas; era necesario levantar una nueva nación y nuevas ciudades sobre las pavesas del imperio chibcha.

Hubo muchos pareceres á fin de escoger el sitio para la fundación, y al cabo se escogió á Teusaquillo, pequeña aldea recostada al pie de grandes cerros, adonde iba el Zipa á pasar algunos días del año. Quesada se dirigió allá con su pequeño ejército y larga comitiva de indios.

¡Qué bello era Teusaquillo! Un grito de admiración lanzaron los españoles al descubrirlo. Al Oriente estaban las gigantescas moles de los Andes, con ligeras gasas de neblina; al pie, poéticos collados, llenos de arbustos, piedras y musgos; luégo se extendía hacia el Poniente la verde sabana, llena de bohíos como alcázares, de sementeras y lagunas, hasta perderse en el confín del horizonte, donde se veían varios cerros azules, y uno, por sobre todos ellos, majestuoso y altivo, levantaba su cabeza blanca, de nieve inmortal, como un anciano alto y fuerte en medio de sus descendientes; al Norte se extendía también la verde llanura, y al Sur se veían colinas envueltas en las brumas que venían del Tequendama. Dos ríos cristalinos y rumorosos se desprendían de la cordillera y bajaban por entre dos orillas de césped; uno de ellos, el Vicachá (1), salía por entre dos cerros, golpeándose contra grandes piedras, formando copos de blanca espuma

(1) Hoy *San Francisco.*

y haciendo remolinos al llegar al valle, donde ambos juntaban sus aguas purísimas. El clima era fresco, el aire puro, el sol muy suave y el cielo muy azul. A aquel sitio iban los Zipas á pasar los meses de lluvias, cuando se inundaban los campos de Bacatá.

Quesada mandó construír doce casas y una pequeña iglesia de madera y barro, y el techo fue cubierto con paja. En pocos días se hicieron las construcciones, y el 6 de Agosto, fecha en que el Catolicismo celebra la transfiguración del Redentor, Quesada hizo formar el ejército, arrancó ante él unas yerbas del suelo, y dijo que tomaba posesión de la tierra en nombre de su Majestad el rey Carlos v. Luégo montó en su corcel, desenvainó la espada y retó á singular combate á quien se atreviera á contradecirle. Nadie alzó la voz. Entonces declaró que aquella ciudad se llamaría *Santafé*, en memoria de la fundada por los reyes católicos en la vega de Granada. Después el Padre Las Casas se puso los toscos ornamentos, y con un cáliz de plomo, ante un Cristo pintado sobre una manta y bajo aquel techo pajizo, dijo una misa, y bendijo los cimientos de la nueva ciudad.

Una vez hecha la fundación, Quesada pensó en regresar á España. Todos los principales caciques se le habían sometido, y yá la lengua de Castilla era pronunciada por muchos indígenas. Cargado de trofeos, sería grato volver á la patria y ofrendar su conquista al gran rey Carlos v, abrazar á parientes y amigos y referirles sus inauditas proezas. Con treinta compañeros, entre ellos el valeroso Lázaro Fonte, tomó ca-

mino hacia el Opón, por donde había entrado á las nuevas tierras que acababa de conquistar con tanta prudencia y tanto valor. Quiso antes ir por más esmeraldas á las minas de Somondoco, y dejó á la mayor parte de sus compañeros en Tinjacá, el lugar donde se hacían las ollas de barro.

Cuando regresó Quesada, días después, sus compañeros le tuvieron una noticia, recogida de labios indígenas: por allá en el Oriente, adelante de Iraca, existía la tribu de los laches, donde había un pueblo con templos que tenían columnas de oro. Pero junto con esta fausta nueva llegó á su oído otra noticia que le llenó de tristeza y de cólera. Algún amigo falso, el Yago, que nunca falta con su lengua venenosa, le dijo que Fonte era su enemigo, que hablaba sin cesar contra él, y que entre otras cosas decía que Quesada llevaba ocultas muchas esmeraldas para no pagar el quinto real, y que al volver ambos á Santa Marta, Fonte lo iba á denunciar.

Quesada resolvió detener su viaje. Había que conquistar antes aquel rico país de los laches y castigar á quien intentaba manchar sus triunfos y sus glorias. No podía dejar el descubrimiento de aquellos maravillosos templos á otros hombres, ni debía permitir que tan negro borrón se arrojara sobre su probidad intachable. Regresó entonces á Bacatá. De allí sacaría más soldados para la conquista de los laches, y ante todo el ejército haría un castigo ejemplar.

Nuevo chisme llegó entonces á sus oídos : le dijeron que Fonte tenía guardada una esmeralda grande y

bella, que no había entrado en el reparto, y no pagaba por consiguiente el quinto real. Quesada, lleno de cólera, lo hizo juzgar. La sentencia fue terrible. Fonte, el más gallardo de los capitanes, fue condenado á muerte por sus mismos compañeros. Era el patíbulo lo que iba á tener como galardón de tantos viajes, tantas fatigas y tantas glorias.

El ejército quedó consternado. ¡ Degollar al capitán Fonte, al buen amigo, al valiente militar, al generoso compañero, por causa tan pequeña, lejos de su patria, sin volver á los brazos de su familia, sin recibir el premio de sus triunfos ! Aquello no era posible. Todos, capitanes, sacerdotes y soldados, resolvieron pedir merced para el compañero en desgracia. Fonte apeló ante el Rey, de aquella sentencia tan cruel, y Quesada negó la apelación. El ejército nombró á Suárez Rondón para pedirle al General, en nombre de todos, que concediera esta gracia al infortunado Fonte. Tal vez el muy amado monarca, el poderoso Rey de España y Emperador de Alemania, Su Majestad Carlos V, se apiadaría de Fonte, y revocaría la espantosa sentencia; si acaso la confirmaba, el plazo era largo, y Fonte viviría meses y quizás años antes de cumplirse.

Quesada oyó á Suárez Rondón, y convino en conceder aquella nueva instancia ante la corte de su rey, pero dispuso que entre tanto Fonte estuviera desterrado fuera de Santafé.

¿ Adónde lo enviaría ? El ejército pensó que Fonte iba á pasar el ostracismo en algún pueblo chibcha, de los que estaban completamente sometidos á los espa-

ñoles, y que allí sería tratado con cariño. Aterrados se quedaron todos cuando el General les manifestó que Fonte sería desterrado á las tierras de los panches. Eso era peor que la horca, porque tales indios desollaban vivos á sus enemigos, y luégo los devoraban; la suerte de Fonte sería espantosa entre aquellas hordas de antropófagos.

Los capitanes consiguieron nueva gracia del irritado Jefe. Convino, tras muchos ruegos, en cambiar el lugar del destierro, y señaló para ello á Pasca, pueblo frío, en pleno páramo, cubierto siempre de nieblas, con una vegetación tristísima y donde había unos indios poco amigos de los españoles, pero tímidos y que no comían carne humana.

En medio de veinticuatro soldados se llevaron una mañana lluviosa, para aquella aldea, al pobre Fonte. Dos días anduvieron por caminos llenos de fango, y al fin llegaron al lugar del confinamiento, á un pueblo solitario y lleno de brumas. El Cacique de Pasca había huído con su corte y sus vasallos hacia unos montes cercanos. No se oía el más ligero ruido: por dondequiera soledad y silencio, al lado de una naturaleza muerta, como si hubiera pasado por allí una epidemia, un cataclismo ó un ejército de cosacos, sin dejar en pie hombres, animales ni plantas.

Allí quedó Fonte desamparado y tristísimo, en una pequeña cabaña. Cuando sus compañeros se despidieron de él, quizás para siempre, aquellos hombres de hierro se sintieron conmovidos, y algunas lágrimas rodaron en sus rostros tostados por tántos soles, mojados

por tántas aguas y azotados por tántos vientos. Fonte los abrazó á todos con infinita ternura, y de pie en la rústica puerta los vio partir, alejarse, perderse tras un recodo, aparecer luégo otra vez yá muy lejos, y desaparecer al fin tras unos cerros cubiertos de espesas brumas.

Eran las últimas horas del día ; el sol no se dejaba ver, pero debía de estar yá muy cerca del ocaso. Fonte oyó salir de entre una cañada un rugido de fiera ; ¡ oh, bien lo conocía él ! Era la voz de un tigre ; ¡ muchas veces la había escuchado cerca de su hamaca en los bosques del Magdalena ! ¡ A cuántos compañeros no vio, en esos días, arrebatados por la sanguinaria bestia! Luégo oyó gritos de salvajes, alaridos de exterminio, que también le eran bien conocidos ; y sobre la cima de un cerro aparecieron muchos bárbaros. Los tigres habían olfateado la soledad en que estaba el pueblo, y venían á hacer su festín ; la tribu de indios, después de contemplar escondida entre los riscos la llegada de los europeos, la salida después, y al hombre que quedaba desamparado, gritaban alegres con la presa que iban á coger.

El viento del páramo soplaba con violencia, y una lluvia menuda empezó á caer del cielo. Fonte tembló por primera vez en su vida; estaba tan solo, tan indefenso, hacía tánto frío, aullaban las fieras, rugían los salvajes, no había la menor esperanza de vida. ¡Qué lejos estaba de España! Su pobre madre, á quien había abandonado para correr aventuras, y á quien pensaba abrazar de nuevo un día en el puerto de Cá-

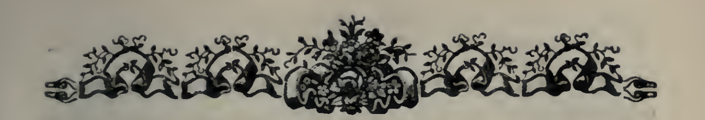
diz, ¡cuán distante! ¡Oh! ¿Para que se había venido? Si pudiera volver allá, qué hermoso seria! La anciana, los demás parientes, los amigos, los vecinos, todos en el puerto agitando los pañuelos; él contemplando desde el mar las torres de la ciudad, el Trocadero, las murallas, la bahía, la multitud; luégo, al acercarse el bajel, divisaría el simpático grupo de su familia; la anciana con su cofia blanca y una cesta de frutas, pensando sin duda que su hijo llegaría con hambre; él estaría con hermoso uniforme y cargado de riquezas; ¡qué abrazo tan estrecho daría á la viejecita, y cuántas esmeraldas sacaría de los bolsillos y echaría en la pobre cesta! ¡Cuánto se divertirían todos con el verde papagayo que pensaba llevarles y que era tan parlero! Sentado en la cabaña, con la cabeza entre los brazos, pensaba Fonte en todas estas cosas. ¡Y cómo narraría sus campañas, y el rey lo colmaría de honores!....¡Oh, cuánto sueño! Los tigres seguían rugiendo famélicos, los salvajes dando espantosos gritos, y el cierzo del páramo silbando lúgubremente. La niebla envolvió todo el horizonte, y apenas se divisaban los objetos á tres pasos de distancia.

De pronto vio una sombra negra salir de entre las gasas de neblina; instintivamente buscó la espada, sin recordar que se la habían quitado; la sombra se acercó, y se destacó claramente una hermosa figura de mujer: era Zoratama, medio desnuda y tiritando de frío, que venía á acompañarlo. Ella había seguido desde Santafé la escolta del pobre preso, y quería servirle y salvarlo, ó morir á su lado. Fonte la abrazó con in-

mensa ternura. ¡Qué gran consuelo era aquella india en medio de su infortunio! El amor venía con sus tibios rayos á dar calor al infeliz proscrito. Si no había de recibir el maternal abrazo de una santa anciana allá en un puerto de la populosa Europa, á lo menos recibía el de una hermosa doncella en un rincón solitario del Nuevo Mundo.

Entraron á la cabaña para evitar el frío. Allí estaba en el suelo la gran piel de un oso negro, con sus pelos largos y gruesos. Se sentaron sobre ella. En las paredes había flechas, tambores, caracoles, cuernos de venado, dientes de *cafuches* y plumas de garza; en los rincones ollas de arcilla con figuras grotescas. Los tigres rugían cada vez más cerca, los indios se aproximaban, la noche empezaba, y el viento enfurecido soplaba por las rendijas de la puerta. Fonte puso la cabeza de Zoratama sobre sus rodillas, y le dio un ardiente beso. Las sombras se hicieron más espesas, un manto de tinieblas envolvió la choza, el pueblo, los bosques, y la montaña, y ni una estrella brotó en el firmamento. Adentro, en la cabaña, se oía á veces un tenue ruido de besos, y afuera, en los zarzales, resonaban á intervalos los gritos de los salvajes y los bramidos de las fieras.





V

LOS PERULEROS

> *Sa taille*
> *Est faite pour vêtir les harnois de bataille.*
> *Beau comme un Galaor et fier comme un César,*
> *Il marche en tête, ayant pour nom Benalcazar.*
> HEREDIA.—*Les conquérants de l'or.*

—

> D. Sebastián de Benalcázar, que bajaba del Piru con la codicia de hallar al indio dorado, atrás dicho, causador de aquel nombre tan campanudo del *Dorado*, que tántas vidas y haciendas ha costado.
> RODRÍGUEZ FRESLE.—*El Carnero.*

¿De dónde viene aquel otro puñado de aventureros que ha aparecido por el Sur de las nuevas tierras descubiertas? ¿Quiénes son, cuál es su número, á qué raza pertenecen? Cuando supo Quesada la llegada de aquellos nuevos conquistadores á las tierras de Neiva, se llenó de coraje. ¿Vendrían á arrebatarle su conquista, serían más poderosos que él, estarían aliados con los salvajes? A los indios que le trajeron la noticia les hizo mil preguntas: ¿eran muchos? ¿traían armas de fuego? ¿montaban caballos? ¿hablaban el mismo idioma que los vencedores de Tisquesusa?

Los indios le dieron algunas explicaciones: eran también unos hombres blancos, barbudos, montaban corceles, hablaban una lengua igual á la de Quesada, y disparaban, como los soldados de éste, armas que sonaban como truenos y que brillaban como relámpagos. No eran en gran número: tan sólo una pequeña tropa, como la que había conquistado los reinos del Zipa. Sus vestidos sí eran algo distintos: en vez de las mantas burdas, traían jubones de finas telas, cerviguillos adornados de oro y penachos de hermosas plumas. Los servían una multitud de indios, traían rica vajilla de oro, vasos de piedra y animales raros, desconocidos por los indios de estas comarcas.

Quesada envió entonces una expedición á su encuentro, comandada por su hermano el valeroso Hernando. Fueron con él Juan de Céspedes, el gallardo vencedor de los panches; Pedro de Colmenares, antiguo paje del Arzobispo de Granada; Rodríguez Gil, compañero de Ponce de León; Juan de Frías y unos pocos soldados.

Atravesaron la gran sabana, que llamaban ellos el *Valle de los Alcázares;* bajaron luégo por senderos escabrosos, en medio de montañas tenebrosas, y llegaron á unas tierras ardientes. Pasaron por los dominios de Guacaná, altivo Cacique que tenía su cercado en las orillas de un río impetuoso, y después por las selvas de Pulí hasta que hallaron el río de la Magdalena, el mismo río de aguas turbias y de corriente mansa que yá ellos conocían allá abajo, donde paga su tributo al mar de los Caribes. En una canoa, frágil

embarcación hecha del tronco de un caracolí, cruzaron aquellas ondas majestuosas. Por la opuesta ribera bajaba otro río buscando las aguas del Magdalena, y allí en la orilla de aquél estaba acampado el ejército del nuevo conquistador.

Era Sebastián de Belalcázar, que venía con un puñado de valientes desde las lejanas tierras del Perú, donde había dejado á Francisco Pizarro, su jefe y amigo, conquistando el imperio de los Incas. El se había venido á someter el reino de Quito, el cual conquistó tras cruenta lucha; y como allá le hablaran del país de Cundinamarca, unas tierras llenas de oro, donde había un rey dorado, se vino más al Norte en busca de esas comarcas ignotas. Conquistó á los Pastos, indios aguerridos y tenaces, sometió al Cacique de Popayán, descubrió los campos de Cali, fundó á Timaná, cruzó las llanuras de Neiva, hasta llegar á aquel río que llamaron Sabandija por el inmundo reptil que hallaron en sus orillas.

No estaba ese ejército, como el de Quesada al llegar á las tierras de los chibchas, hambriento y desnudo. Oh, no! El ejército de este otro conquistador parecía la corte de un guerrero asiático. Todos venían ataviados con ricas sedas y llenos de oro reluciente. Sus trajes y adornos eran rico botín del imperio de Atahualpa, del reino de Rumiñahui, del cacicazgo de Payán. Traían cántaros de plata finísimos, otros de arcilla esmaltados de oro, grandes tapetes de vicuña y capas de algodón. Una multitud de indios, recogidos en las distintas tribus, servían á aquella tropa;

había en ese rebaño de naborias, incas, scyris, cañaris, andaquíes y pijaos. Traían varios cerdos, que llenaban de admirac ón á los chibchas, y llamas y vicuñas, que sorprendieron á Hernando y á sus compañeros.

El jefe Belalcázar era algo pequeño, robusto, varonil y gallardo. Hernán Quesada y sus camaradas miraban con asombro el fausto de aquellos guerreros, y escucharon admirados sus proezas. Belalcázar llevó á Hernando á su tienda, y allí le refirió su historia. Quesada había visto tántos peligros, corrido tántos afanes, descubierto tántas tierras, que nada debería maravillarlo. Pero cuando oyó las aventuras de Belalcázar, quedóse admirado de tánto valor y de tánta constancia. ¡Qué cosas tan inauditas le refirió aquel hombre!

Había nacido en una pobre aldea de España, formada por mil casuchas agrupadas en torno de una antigua fortaleza de los moros. El nombre de esa aldea, *Bell alcázar*, le sirvió de apellido el día en que huyó de su casa y se embarcó para América. ¿Y por qué había salido prófugo de su hogar? Ah! era una historia curiosa. Sus padres murieron, y él quedó muy niño con dos hermanos. Eran leñateros, y su único capital un asno que les cargaba los despojos de los árboles que iban á vender en las granjas vecinas. Un día Sebastián llevaba al pobre jumento cargado de leña por las laderas de la Sierra Morena, cuando el animal, viejo y cansado, desfalleció en un fangal. Belalcázar se impacientó, la noche venía y el animal no se levantaba; entonces cogió Sebastián el leño más grande y se lo des-

cargó con furia en la cabeza; el animal quedó muerto, y Sebastián huyó aterrorizado. Temió el enojo de su hermano mayor, y no volvió á su cabaña. Vagó por los campos de Andalucía como desertor, ocultando su apellido y buscando trabajo. Al fin llegó á Sevilla y allí se alistó en la expedición de Pedrarias. Este iba á salir para América á gobernar las tierras llamadas de Castilla de oro, donde Balboa acababa de descubrir un nuevo mar. Como simple grumete atravesó el océano, y al lado de Pedrarias luchó con la naturaleza y los salvajes en las incultas tierras de Panamá y el Darién. Después estuvo en las tierras del Cacique Nicaragua, y en cien combates fue ascendiendo, y colocando su nombre entre los más audaces.

Luégo refirió á Quesada el suplicio de Balboa, degollado por su suegro mismo. ¡Qué cruel fue el fin de aquel arrogante joven! Cuando Pedrarias lo hizo subir al cadalso, después de haberle dado por esposa á su hija, el infortunado descubridor de un océano lanzó hacia el mar Pacífico una mirada triste, y en sus pupilas vio el verdugo reflejarse la inmensidad de aquellas ondas azules y serenas, no surcadas aún por las embarcaciones de los hombres civilizados.

Pero lo más interesante del relato de Belalcázar fue la conquista del Perú. Allá fue en una carabela, en busca de Pizarro, su camarada en Panamá, que empezaba en aquellas tierras exóticas la conquista de un imperio ignorado. ¡Cuánta proeza ejecutaron allí en las tierras de los incas! El estuvo al lado del audaz Pizarro, en Piura, Tumbez y Cajamarca, ricas cin-

dades de aquella nación opulenta. Cuando ellos llegaron, gobernaba el imperio un usurpador, Atahualpa, hijo bastardo que acababa de destronar, tras cruentas batallas, á Huáscar, su hermano, el hijo legítimo de Huaynacapac, de la pura sangre del sol. Atahualpa era un joven ambicioso y gallardo, y cuando los pendones de Castilla invadieron el país, iba en marcha triunfal hacia el Cuzco, la capital del imperio, y yá se había ceñido sobre la frente, en Tomebamba, la borla encarnada, insignia augusta de los reyes incas descendientes de Manco Capac, el hijo del sol que había fundado aquel imperio.

Belalcázar refirió la prisión y el suplicio de ese rey poderoso, vencedor y vencido un mismo día, pues cuando Atahualpa tenía preso al pobre Huáscar, vino él á su turno á ser cautivo de los españoles. ¡Qué audaz fue la prisión del usurpador en la plaza de Cajamarca! Allí vino Atahualpa á hacer la paz con Pizarro, acompañado de un ejército numeroso y aguerrido. Eran cuatro falanges, cada una con armas diferentes. La vanguardia se componía de seis mil hombres, que llevaban hondas; luégo marchaban otros seis mil con mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas, detrás iban trescientos hombres limpiando de piedras y arbustos el camino para el paso del Inca, que venía después sobre unas andas tachonadas de oro, adornadas con vistosas plumas y cargadas por los más nobles del imperio; su asiento era un tablón de oro, que tenía encima un cojín de lana lleno de piedras preciosas; sobre los hombros tenía un manto bellísimo y por

la frente le caía una borla encarnada, insignia real de los reyes incas. Los orejones, especie de sacerdotes, iban formados á su lado, y varios indios nobles los llevaban en hamacas de colores detrás del majestuoso rey. Seguían unos cinco mil hombres, armados de largas astas con lazos corredizos, que les servían para coger hombres y fieras. Al fin iban los lanceros, y detrás de ellos los indios de servicio y gran número de mujeres. Lentamente se movía aquel ejército al compás de las bocinas y atambores, con un orden y disciplina tan admirables, que hubiera dado pavor á otros hombres que no fueran aquellos que tenía Pizarro, resueltos á conquistar el orbe sin dar un paso atrás. El miedo era cosa desconocida para esos aventureros que descubrían un mundo.

Atahualpa dejó parte de su ejército fuera de la ciudad, y entró á ella con 5,000 soldados. La plaza de Cajamarca estaba cercada por una alta pared que tenía tan sólo dos puertas. Cuando estuvieron en ella formados los indios, y en medio Atahualpa sobre sus andas suntuosas, Pizarro dio á sus soldados, que estaban ocultos, la orden de ataque, y embistieron á aquella muchedumbre por todos lados, disparándole mosquetes y arcabuces, arrollándola con los caballos llenos de cascabeles, y desgarrándola con las lanzas y las espadas. Fue una feroz carnicería. Los indios, sorprendidos y asustados, tan sólo pensaron en salvar á su monarca, y cuando alguno de los que sostenían las andas caía herido, otro venía y lo reemplazaba bajo la augusta carga. Al fin, el emperador mismo fue derribado

de su dosel por Pizarro, que lo cogió de su manto y lo arrojó á tierra.

Después refirió Belalcázar cómo aquel rey infortunado había ofrecido llenar de oro su prisión, á fin de conseguir su rescate. El aposento tenía veintidós pies de largo, diez y seis de ancho y tres varas de altura. Los templos y los palacios, desde Quito hasta el Cuzco, fueron despojados de sus riquezas por los indios mismos, á fin de llenar aquella cárcel con alhajas de oro para redimir á su rey. La oferta se cumplió, y sin embargo, el infeliz Atahualpa fue quemado vivo.

Pizarro había seguido hacia el Sur en busca de los palacios del Cuzco, y á él lo envió hacia el Norte á cuidar el puerto de Piura, adonde podían llegar otras naves á conquistar esas tierras que yá les pertenecían.

Vino entonces una campaña no menos gloriosa: la conquista del reino de Quito. Supo Belalcázar en Piurá que venían unos conquistadores de Guatemala á órdenes de D. Pedro de Alvarado, compañero de Hernán Cortés en la conquista de México, y resolvió internarse á dominar el reino de Quito antes de que otros vinieran á arrebatarle esa gloria. Reinaba allí un indio audaz y sanguinario, llamado Rumiñahui, que al saber la prisión de Atahualpa se había proclamado rey de aquel país montañoso. Tras cruentas luchas lo venció Belalcázar, y fundó la ciudad de Quito. ¡Oh, cuántos episodios gloriosos y sangrientos refirió Belalcázar á Hernando de aquella larga campaña! cuántas tribus había sojuzgado, cuántas hecatombes dejó atrás! La batalla en la llanura de Tiocajas,

donde murieron más de setecientos indios y los españoles sólo perdieron tres caballos, á los cuales los salvajes les cortaron las cabezas y las patas y las clavaron en los caminos, coronadas de flores, para que viesen todos los indios que no eran inmortales esos monstruos. Los combates en la laguna de Colta, donde un indio eunuco del harén de Rumiñahui, por vengarse de éste, vino y les denunció las asechanzas de los salvajes; tenían éstos el campo lleno de hoyos cubiertos con paja, y adentro había estacas puntiagudas á fin de hacer caer á los jinetes. La toma de Riobamba, desocupada por los quiteños al ver en medio de la noche estallar por primera vez el Tunguragua, pues una antigua profecía anunciaba que la erupción de aquel volcán sería la señal de la ruina de su reino. El saqueo de Quinche, donde hizo Belalcázar degollar á las mujeres y á los niños. La prisión y suplicio de Rumiñahui.

Un día llegó un indio, y le refirió que venía de las tierras de Cundinamarca, muy al Norte, donde había un rey poderoso que cubierto de oro se bañaba en una laguna. Entonces emprendió Belalcázar nuevas fatigas y nuevas proezas. Conquistó á los Pastos, fundó á Popayán, descubrió los campos de Cali y trepó la cordillera del Quindío. Después atravesó los ardientes valles de Neiva y de Natagaima. Muchos de sus mejores compañeros había perdido en todas estas campañas; hacía pocos días que al pasar un hermoso río se ahogó Saldaña, su Secretario, y con su nombre bautizaron esas aguas, que arrastraban arenas de oro.

Cuando Belalcázar terminó la relación de sus proe-

zas, refirió Hernando sus épicas campañas. Eran también dignas de trompa homérica. Belalcázar oyó con asombro los episodios que relataba Quesada: las conquistas en Santa Marta, luchando con clima implacable é indios valerosos, los chimilas y los taironas; su viaje al lado de su hermano por las orillas del río grande de la Magdalena en busca de sus nacimientos; la subida por los riscos de la serranía del Opón; el descubrimiento de la altiplanicie donde estaba el reino Chibcha; la llegada á la corte de Tisquesusa; la conquista del reino del Zaque; el incendio del templo del sol en Iraca; las batallas con los Panches; la muerte del Zipa; el suplicio de Sajipa; el destierro de Fonte, abandonado en un ignoto yermo á merced de los salvajes, y mil hechos, gloriosos unos, crueles otros, que revelaron á Belalcázar que tenía al frente un puñado de titanes, capaz de cerrarle el paso á su ejército de héroes hasta entonces invencible. Bajo otra tienda referían sus campañas otros capitanes. Allí Melchor Valdés, el maese de campo de Belalcázar, recordaba á los que habían quedado en el Perú: á Francisco Pizarro, hombre que no sabía leer, y acababa de conquistar un imperio; á Hernando de Soto, que había sido el embajador ante Atahualpa; á Diego de Almagro, á quien las flechas habían dejado sin un ojo; á Bartolomé Ruiz, el hábil piloto que cruzó el primero la línea ecuatorial.

En otro grupo, Juan de Avendaño, alférez de caballería, refería su campaña en Cubagua, y Martín Yáñez Tafur averiguaba por su primo Juan Tafur, que había venido con Quesada.

Bajo otro toldo estaban los dos religiosos que traía Belalcázar: un sacerdote y un fraile mercenario. Hablaban de Valverde, el dominicano que se había quedado con Pizarro y presentó á Atahualpa la Biblia en la plaza de Cajamarca, antes de la prisión, y que fue insultado por el Inca.

Los soldados, extendidos en la orilla del río, pensaban en la patria lejana, en el hogar querido, que tal vez no volverían á ver jamás. Uno hablaba de Sevilla, otro del Genil, otro de la Alhambra de Granada, otro de la Mezquita de Córdoba. Y al cerrar los ojos veían con el alma los grandes olivares, los minaretes de las ciudades, las ondas de los ríos, las torres de cien iglesias; todos los paisajes suaves y sonrientes de la amada España.

De pronto una voz dominó á todas; era la de Juan de Céspedes, el valeroso capitán de Quesada.

—Señores, decía: las tierras que nosotros hemos ganado, no lograrán otros poseerlas sino con las puntas de sus lanzas; y pues á nadie arrancamos sus conquistas, no dejaremos que se nos quiten las nuéstras.

Entonces un capitán de Belalcázar, Juan de Cabrera, le dijo:

—Señor capitán, nosotros no sabemos volver las espaldas, pero ahora no deseamos sino paz y amistad, y que cada uno goce de lo que su buena suerte y trabajos le hubieren dado, porque sabemos lo que cuesta conquistar un palmo de tierra. En esa faena hemos envejecido, en tanto que desconocemos vuestro nombre.

—Llámome Juan de Céspedes, respondió, más co-

nocido que la ruda, y mi nombre es bien sabido de todos, por mares y tierras de estas Indias.

—Aunque he andado muchas partes de ella, respondió Cabrera, nunca ha llegado á mí olor de ruda, criada entre tales *céspedes*.

Todos los capitanes intervinieron á fin de evitar entre aquellos dos valientes un lance que hubiera traído una lucha entre los dos ejércitos.

Allá en Manabí, provincia del reino de Quito, también habían estado á punto de disputar su conquista con la expedición de Alvarado, y lograron al fin transigir en paz y no regar sangre de hermanos en las tierras del Nuevo Mundo. Ahora podían hacer lo mismo, que para todos había oro y el país era inmenso. Sería insensatez un combate entre hombres de una misma raza en aquel rincón de América.

Belalcázar resolvió aceptar á Quesada como conquistador del nuevo reino, siempre que se les recibiera como amigos y se dieran á sus soldados tierras, lo mismo que á los del valiente granadino.

Hernando regaló á Belalcázar unas esmeraldas que le enviaba su hermano, y en retorno el conquistador de Quito lo obsequió con ricas telas y una vajilla de plata.................................

Poco después regresó Hernando á Bogotá, y llevó á su hermano la feliz nueva de que los invasores que habían aparecido por el Sur no le disputarían su conquista, y que vendrían dentro de pocos días á someterse á su Gobierno.

Feliz estaba Quesada con esta noticia, cuando unos

seis días después le llegó otra nueva que lo llenó de sobresalto.

Zoratama, la joven india que amaba á Fonte y que había desaparecido desde el día en que éste fue desterrado, se presentó ante Quesada y le entregó una piel de venado bien bruñida, donde había unas letras rojas que decían:

"Mi señor: nueva cierta he tenido que viene gente española por los llanos y yá está tan cerca, que llegará de aquí á mañana. Vea vuesamerced lo que se deba hacer, y avise con brevedad."

Era el Capitán Fonte quien había escrito con achiote ese generoso mensaje. ¡Oh nobleza castellana! ¡El infeliz desterrado, lejos de alimentar venganza, pensaba sólo en salvar á quien lo había castigado!





VI

EL TUDESCO

"Su Capitán era Nicolás Federmán, el qual, corriendo acia Puria por vnos grandes Llanos, fubió al Sur, acia vnas grandes sierras, i dando buelta por ellas por grandes Páramos, bolvió al Norte, i dio en Pafca, adondo (fabido que en esa tierra havía cristianos) hiço alto, para refrefcar la gente, que llevaba mui afligida, i canfada."

Herrera.—*Décadas.*

—

"La presencia de Frederman era hermosa y agraciada, el rostro blanco y el pelo rojo, afable con liberalidad y apacible con agrado; sus hazañas y singular valor le adquirieron mucha fama en pocos años; su memoria merece ser celebrada, pues no hay duda que fueron muy singulares sus prendas, y á no haberse dejado llevar de la ambición de mando independiente, no hubiera hallado defecto que notarle la más curiosa atención."

Oviedo.—*Historia de las Indias.*

Oíd cómo cuenta la historia que pasó la odisea del capitán Fonte, el infeliz desterrado por Jiménez de Quesada, en los yermos de Pasca, entre indios salvajes y fieras carnívoras.

Cuando Fonte se quedó dormido sobre la piel del oso negro, Zoratama salió en busca de los indios que tenían rodeado el pueblo y esperaban tal vez la aurora para hacerle á Bochica el sacrificio del valeroso proscrito. Iba ataviada como las hijas de los Caciques, con su pampanilla de manta, sus brazaletes de esmeraldas, su collar de oro y su diadema de plumas de guacamaya. En la garganta del pie y en las corvas llevaba también vistosos adornos.

Los indios venían yá sobre la choza donde estaba Fonte, armados de largas lanzas y agudos venablos. Zoratama buscó al Cacique, un indio alto y cruel, con cejas pobladas de pelos ásperos y largos como los que tenían los osos negros que moraban en aquellos páramos desapacibles, y le dijo que aquel hombre blanco que allí habían traído desterrado, era un amigo de los indígenas, que quiso oponerse á que fueran despojados de sus tierras, y por eso lo habían mandado á que viviera con aquella tribu.

La belleza de Zoratama, su juventud, la riqueza de sus adornos, sus palabras llenas de ternura, contuvieron al Cacique y á sus guerreros, y todos aclamaron á Fonte como á uno de sus jefes. Gran sorpresa tuvo el infeliz gaditano cuando se vio rodeado de salvajes que, en vez de asesinarlo, lo saludaban con respeto. El Cacique lo abrazó y le puso sobre la cabeza un turbante de pieles, y sobre el pecho un peto de oro. El conquistador estaba conquistado por los bárbaros. Había venido del Viejo Mundo á traer la civilización á es-

tas tierras lejanas, y el destino lo convertía en jefe de una tribu de salvajes............

Treinta días despues, cuando ninguna esperanza le quedaba de volver á ver sus compañeros, ni su patria, ni la buena madre, que allá en Cádiz estaría rezando por él; y cuando yá estaba gustando de la vida de aquellos indígenas, llegaron unos indios de Fosca, aldea no lejos de Pasca, y le refirieron que por ahí habían aparecido otros hombres blancos y barbudos, con caballos y armas de fuego. Fonte comprendió que era un ejército europeo que disputaría á Quesada su conquista. Entonces escribió sobre la piel de un venado aquel mensaje de letras rojas que trajo Zoratama al General Quesada, quien estaba en Santafé esperando las tropas de Belalcázar.

Al recibir tal noticia, Quesada mandó á varios de sus capitanes á reconocer los nuevos invasores, y á levantarle el destierro á Fonte, en recompensa de su acción generosa.

Los hombres que llegaban por el Oriente, al través de regiones ignotas, eran otro puñado de héroes mandados por Nicolás de Fredemán, un tudesco, que hacía cinco años recorría aquellos parajes, de llanuras inmensas y ríos caudalosos, donde moraban tribus sumidas en espantosa barbarie.

El primero que llegó á Pasca, con ocho jinetes y varios soldados de á pie, fue Pedro de Limpias, valiente capitán, á quien Fredemán dio la vanguardia para que escalara la cordillera que lo separaba del reino de los chibchas.

¡ Cuánta sorpresa tuvieron estos nuevos invasores al encontrar allí á Lázaro Fonte ! El les refirió que yá aquellas tierras estaban conquistadas hacía dos años por un ilustre licenciado español llamado Gonzalo Jiménez de Quesada.

Poco después llegaron los capitanes de Santafé, enviados á reconocer las tropas de Fredemán y á libertar al infeliz desterrado. Al día siguiente llegó el bondadoso alemán con el resto de sus tropas.

Como Hércules salió del bosque cubierto con la piel del león de Nemea, así salían aquellos hombres de los inmensos llanos, vestidos con las pieles de las grandes fieras que habían matado en su larga peregrinación al través de tantas comarcas desconocidas. Todos estaban demacrados, llenos de úlceras, tostados por el sol, quemados por el incendio de unos pajonales, hambrientos, y sin otro abrigo que aquellas salvajes vestiduras. Eran en todo 160 hombres.

Nicolás Fredemán había nacido en Suavia, allá en la vieja Alemania, y muy joven se vino al Nuevo Mundo en busca de gloria y dinero. Era la época en que Carlos I de España, elegido Emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, se acababa de coronar en Aquisgrán, y había concedido á unos ricos banqueros de aquella nación, llamados los Welsares, el derecho de conquistar el país llamado Venezuela, que acababan de descubrir Juan de la Cosa y Herrera, en cambio de fuertes sumas de dinero que los Welsares habían dado á las exhaustas cajas del imperio.

Al lado del jefe venían dos religiosos: un sacerdote,

Juan Verdejo, y un fraile agustino, fray Vicente Requesada. Traían ellos, con exquisito cuidado, unas pocas gallinas, salvadas de todos los peligros. ¡Cuántas veces los soldados, devorados por el hambre, quisieron matarlas, y los valientes eclesiásticos las escondieron á la feroz rapiña, y en cuántas ocasiones zorros y gatos monteses no las tuvieron casi en sus famélicas garras!

¡Cuántos trabajos corrieron aquellos hombres, desde que dejaron el lago de Maracaibo y se internaron en las grandes llanuras! Atravesaron muchos ríos: el Sarare, donde se ahogó el Secretario de Fredemán; el Apure, el Pauto y el Meta. Descubrieron muchos campos: unos desolados, otros habitados por tribus sumidas en espantosa barbarie; la de los Achaguas, que se pintaban de rojo; la de los Giragaras, que tenían flechas enormes, con las cuales atravesaban á los hombres y á los caballos; los Salivas, que para elegir su Cacique, lo azotaban primero y lo acostaban entre hormigas bravías para medir su valor, y los Guaiguas, que vagaban nómades, saqueando á los otros habitantes del llano. Varias veces anduvieron por entre unas ciénagas llenas de lodo, donde los caballos caminaban atascados hasta las cinchas. Durante toda su peregrinación les llovió sin cesar, y hasta los arroyos se convertían en ríos, y la llanura se inundaba formando peligrosos lodazales. Muchos caballos murieron allí, rendidos por el hambre y la fatiga. Unos días caminaron por el pie de la cordillera que quedaba al Poniente, á fin de evitar los pantanos; pero allí se encontraron con espesas montañas, donde tenían que abrirse el sendero.

En la orilla de una laguna vieron una vez un boa, serpiente monstruosa, de quince pies de largo, gruesa como el tronco de un árbol, que se había comido un venado y tenía la cornamenta atrancada en la boca. Otro día, en una sabana, se hallaron con un tigre, que se les arrojó hambriento, y en un instante despedazó á un español y á tres indios, y luégo huyó á esconderse en su guarida, sin que nadie se atreviese á tocarlo. Cansados de vagar por el llano, y con la noticia de ricas tierras hacia el Occidente, resolvieron trepar la cordillera. Pero entonces padecieron mayores trabajos, hallaban páramos desapacibles, donde hacía un frío polar, y los pobres, casi desnudos, sufrían los azotes del cierzo; y sierras inaccesibles, sin un habitante ni una población, ni una sementera. Muchos soldados cayeron allí para siempre, rendidos de hambre, de cansancio y de frío. Para que treparan los caballos trabajaban horas enteras en abrirles una senda, y á veces tenían que alzarlos con cuerdas. Al fin llegaron á una loma cubierta de paja seca, donde vivían algunos indios, quienes al verlos, le pusieron fuego á la maleza, que ardió rápidamente; y los españoles se vieron envueltos en nubes de humo, y á punto estuvieron de perecer todos en medio de las llamas; uno de ellos y varios indios fueron devorados por el fuego, y algunos caballos se despeñaron asustados con el incendio.

Tál había sido el éxodo de esos valientes por en medio de aquellas tierras ignotas.

Los otros jefes eran Alonso de Olalla, hidalgo de Calatrava, que había dejado allá en Europa, en la

pequeña villa de Agudo, padres, esposa é hijos, y en busca de gloria y aventuras se vino con Jorge de Espira á la conquista de Venezuela.

Juan Fuertes, hombre corpulento y esforzado, que mostraba las cicatrices de trece heridas recibidas en un combate, orillas del Orinoco.

Miguel Holguín, sargento mayor, compañero de Herrera en los descubrimientos del Orinoco, y de Alfínger en sus trabajos por los páramos de Cachirí.

Luis Lanchero, capitán de guardias del Emperador Carlos V, y que llevaba en el pecho un Cristo que le había regalado un cardenal el día del saqueo de Roma, por su generosa conducta.

Domingo Lozano, que también estuvo en la ciudad de los papas en aquel día tremendo, al lado del condestable de Borbón.

Muchos de los soldados de Fredemán eran conocidos de los capitanes de Quesada, por haber estado juntos allá en la orilla del mar, en el cabo de la Vela, aquella punta del continente de donde salieron para el interior tántas expediciones. Inmenso fue su placer al abrazar á aquellos camaradas, con quienes habían compartido tantas fatigas y tantas glorias. Conmovedor fue, sobre todo, el encuentro de los dos hermanos Olallas, separados hacía mucho tiempo.

Resolvieron entonces avisarle á Quesada quiénes eran las nuevas gentes que llegaban al reino chibcha. Se encargaron de esta comisión Paredes Calderón, de los soldados de Quesada, y Fernando Montero, de los de Fredemán. El General Quesada recibió á Montero

cariñosamente, y le dio ricas telas y una joya de oro que pesaba 200 ducados.

El General, con todo su ejército y gran multitud de indios, se dirigió á Bosa á esperar á Fredemán.

El General Quesada salió con sus soldados y un grande ejército de indios á recibir al tudesco en las llanuras de Bosa; allí se abrazaron, y después de jurarse leal amistad, se vinieron á Santafé, donde los nuevos conquistadores fueron acogidos con gran cariño.

Tres días después entró también el ejército de Belalcázar á la nueva ciudad.

Raro encuentro el de aquellos tres ejércitos en un rincón del Nuevo Mundo, al pie de los Andes. Habían salido de tres puntos distintos y buscando riquezas y glorias, luchando con penalidades sin fin, llegaron tras tantas fatigas á un mismo punto, con un mismo número de hombres y cada uno con un sacerdote y un fraile.

Pocos días después se hizo la nueva fundación de la ciudad. ¡Qué hermoso fue aquel espectáculo! El día amaneció esplendoroso. Una aurora de primavera vino por encima de los altos Andes con un sol tibio, y copos de nubes se deslizaron por el cielo turquí, como pedazos de nieve nadando por sobre las ondas azules de un lago. Soplaron brisas perfumadas, y los cerros se destacaron en una atmósfera diáfana. En el centro de la aldea, que llamaban ciudad, en un espacio cuadrado de ochenta metros por lado, se formaron los tres ejércitos: al Sur el de Fredemán, vestido de

pieles; al Occidente el de Belalcázar, adornado de sedas y ricos penachos; al Norte el de Quesada, cubierto de mantas y sombreros de paja. Cada uno tenía 160 hombres, y al frente estaban sus jefes y capitanes. En la tropa del conquistador de Quito y en la del vencedor del Zipa predominaban los morenos, el tipo andaluz, de cabellos negros y ojos como azabaches. Pero en el ejército del tudesco, la mayor parte eran rubios, de raza germana, y ante ellos los indios se postraban con mayor respeto, porque sus cabellos debían ser hechos con los rayos del sol. En el Oriente levantaron un rústico altar, y ante él estaban los clérigos que vinieron con los tres ejércitos, y al lado de ellos tres frailes: un dominicano, un agustino y un mercenario.

En la grama pastaban junto con los caballos los cerdos y las vicuñas que trajo Belalcázar, y las gallinas que había salvado Fredemán á pesar de tántos peligros y tántas hambres.

Detrás de los soldados había una multitud de indios de ambos sexos. Allí, entre los que estaban al lado de la tropa de Quesada, se veía la bella Zoratama.

El valiente licenciado declaró fundada la ciudad, en nombre de su amo y señor el gran rey Carlos v; y luégo fueron elegidos los regidores, los dos alcaldes y el alguacil mayor. Uno de los nombrados para el primer puesto fue Lázaro Fonte.

Después el Padre Las Casas dijo la misa y señaló el solar donde se debía edificar la iglesia.

Tan luégo como terminaron las ceremonias, jefes y soldados, extranjeros y chibchas se entregaron á fes-

tejar el bautismo de aquella ciudad, que sería en años remotos una gran capital. Todos se dirigieron á las orillas del Fucha, y allá hicieron carreras de caballos, danzas y juegos de cañas.

Los más felices eran Fonte y Zoratama. Sentados en una gran piedra miraban las espumas del río que salía por entre los cerros impetuoso y bajaba á regar la campiña.

—Va á caer al Magdalena, un gran río que corre por allá en unas tierras ardientes, le decía Fonte á la hermosa india, y ese río va á dar al mar, una llanura de agua inmensa é insondable, donde hay que navegar muchos días, pero al fin se halla en la otra orilla un país hermoso, la amada España, la tierra de los viñedos, de los toros, de los altivos caballeros y de los grandes corazones.

La india no se daba bien cuenta de lo que era el Océano; á ella, que no conocía una extensión de agua mayor que la laguna de Fontibón, aquello de no ver riberas durante semanas, sino tierra y agua, le parecía increíble.

Fonte le ofreció llevarla un día á su patria, y pasearla por las bellas ciudades y los fértiles trigales.

¡Desgraciados! ¡Ignoraban que la fortuna rueda sin cesar, y como un molino de viento, con el menor soplo, cambia hacia la tierra las aspas que altivas se levantaban hacia el cielo!



VII

UN TIRANO

> "Y cuando creyeron ver el término de sus penalidades, se doblaron de una manera más cruel, porque tras las angustias pasadas resultó que tuvieron que continuar cuarenta leguas más por una tierra de ciénagas, tremedales y ríos crecidos sin alimento alguno, por ser estéril este país para otro género de vegetación que la canela."
> PLAZA.—*Memorias para la Historia.*

> "Allí invocaban la cacica milagrosa y su hija, que decían vivían en el fondo en un lugar delicioso con todas las comodidades, desde que en un momento de despecho, por discordia con su marido, se había arrojado á esta laguna."
> ACOSTA.—*Descubrimiento de la Nueva Granada.*

Cuatro años después del viaje de los tres conquistadores, gobernaba la nueva colonia Gonzalo Suárez Rondón. Hernando Quesada había partido hacia el Oriente á una lejana expedición en busca del Dorado, país fabuloso donde creían hallar palacios empedrados de esmeraldas, y que tenían columnas de plata y techum-

bres de oro. Con el valiente Hernando partió Lázaro Fonte, y muchos de los mejores capitanes y soldados de aquellos tres ejércitos que se hallaron casualmente en el corazón del Nuevo Mundo.

Zoratama se había quedado en Santafé cuidando á su niño, nacido hacía pocos meses. Fonte no quiso que lo acompañara en aquella peligrosa expedición, de donde pensaba volver lleno de ricos trofeos, pues era fácil que murieran ella ó el pequeño mestizo en esa nueva campaña donde iban á correr mayores peligros. En cuanto á él, nada temía; eran tántas las aventuras de su vida, habían tenido tántas luchas con tántos salvajes y con tántos climas, que yá había perdido hasta la noción del miedo. Triunfante salía siempre de todos los trances, con más vigor y mayor vida. Su última peripecia en los yermos de Pasca lo tenía orgulloso. Allá había creído perdida una tarde toda esperanza, y fue salvado de un modo providencial.

Cuando partió, dejó encargado á Suárez Rondón de que velara por la hermosa india y el pequeño vástago. Un inmenso globo de tierra le había sido adjudicado á Fonte en premio de sus fatigas; era una rica encomienda, en la cual estaban comprendidos varios pueblos, y miles de indios le pagaban tributo. En la mejor casa de esa inmensa hacienda dejó á Zoratama, y para ella dedicó la mayor parte del vasallaje que debían rendirle aquellos indios convertidos repentinamente, por designios inescrutables, de dueños y señores, en rebaño de míseros esclavos.

Durante estos cuatro años se habían fundado dos

ciudades, una por el mismo Suárez Rondón en Tunja, la capital del Zaque, y otra por Martín Galeano en las tierras de Ubazá. A la primera le dejaron el nombre indígena, y á la segunda la llamaron Vélez, en recuerdo de una población de España.

Otros dos acontecimientos se efectuaron, antes del viaje de Hernando, en la nueva colonia, que se levantaba sobre los despojos del reino de los Zipas. Uno de ellos, la venida de Lebrón, el Gobernador de Santa Marta, á dominar el nuevo reino como provincia de su Gobernación; se le disputó el derecho por Quesada, y los cabildos de las tres ciudades resolvieron la disputa en favor de éste; Lebrón regresó entonces al litoral, mediante las riquezas que se le dieron.

El otro hecho fue el suplicio de Aquimenzaque. Había sido este joven proclamado rey de Tunja por muerte de su tío Quiminchatocha, el Zaque aprisionado por los españoles. Iba á celebrar sus bodas con la hija del Cacique de Gámeza, y todos los jefes de las tribus vecinas habían sido convocados á la gran fiesta. Hernando, temiendo una sublevación, cayó sobre todos ellos y los hizo degollar sin piedad. Allí rodaron, en la plaza de Tunja, las cabezas de Aquimenzaque y de una docena de caciques........

Yá tocaba á su fin el año de 1543, cuando se supo que por los lados de Vélez venía Alonso Luis de Lugo, señor de ilustre prosapia, á quien Suárez había conocido en Santa Marta, guerreando á su lado contra los Taironas y los Chimilas, cuando gobernaba el padre de Lugo en aquella ciudad. A todos sorprendió la no-

ticia de que viniera como adelantado aquel hombre infame, que había robado á su padre en Santa Marta ricos tesoros para irse con ellos al Viejo Mundo.

Lugo era de noble estirpe; su padre fue Gobernador de Santa Marta y descubridor allí de nuevas tierras; su abuelo fue el conquistador de Tenerife y otras islas Canarias; su bisabuelo fue el ilustre Alvaro de Lugo, gran señor en el reino de Galicia. Era hermoso, simpático y valiente. Pero todas sus grandes prendas estaban manchadas por la insaciable codicia que lo devoraba. Estando en Santa Marta cogió los tesoros de su padre y se embarcó para España. El viejo Lugo escribió al Emperador que apresara á su hijo y lo decapitara. Poco después el padre murió de tristeza por las infamias de aquel vástago indigno, en quien había fincado esperanzas de mayores glorias para su noble linaje.

Alonso de Lugo estaba en la cárcel de Madrid cuando murió su padre. El oro que había llevado le sirvió para conseguir su libertad, y en vez de la pena capital que el anciano había pedido para él, tuvo el nombramiento de Gobernador de Santa Marta y de las tierras nuevamente descubiertas por Jiménez de Quesada.

Al saber Suárez la llegada de Lugo á las tierras de Vélez, ordenó salieran á recibirlo y le dieran toda clase de auxilios y de honores. Lugo y su gente desfallecían sin recursos, cansados por tantas fatigas en las montañas del Opón, cuando les llegó la gente de Vélez llevándoles alimentos y bagajes. Así pudieron llegar á la nueva ciudad fundada por Martín Galeano.

Al día siguiente empezó Lugo á perseguir á los antiguos conquistadores. Anuló los repartos de tierras hechos por Quesada, ordenó que se hicieran nuevas encomiendas para favorecer á sus soldados, y pidió para él grandes tributos hasta los debidos á las cajas del rey.

Ocurrieron entonces días tristísimos para los jefes y soldados que habían venido con Quesada, con Belalcázar y con Fredemán, y que se habían quedado en el nuevo reino. Lugo vino á Tunja y á Santafé y les quitó sus encomiendas y sus alhajas. Suárez protestó contra estas usurpaciones, y se le redujo á prisión. Le hizo poner Lugo cadena y grillos, y catorce guardias que lo vigilaran, á los cuales debía pagarles treinta pesos de oro cada día, hasta que descubriera aquél el lugar donde tenía sus riquezas.

La encomienda de Lázaro Fonte también fue anulada, y á Zoratama se la arrojó de ella, sin dejarle un techo que la abrigara ni un maravedí para su subsistencia. Vagó por los campos en busca de sus hermanos, pero no los halló; todos estaban dispersos sirviendo de bestias de carga á los nuevos conquistadores. Se les llevaba como á una manada de acémilas á transportar las mercancías y el producto de las minas de unos pueblos á otros, y se les azotaba sin piedad. Zoratama pensó que este era el porvenir de su hijo, y huyó á los páramos de Oriente, donde se refugió en una pobre choza, y se dedicó á carbonizar madera para traerla á vender á los pueblos vecinos. Varias veces la vieron en Choachí y Cáqueza llegar inclinada con la negra

carga sobre la espalda y el pequeño niño en los brazos. Estaba flaca, demacrada, silenciosa. Algunos días vino á Santafé á tener noticias de Fonte, y volvía á su cabaña sin saber nada de él. Aquella expedición debía de haber perecido, porque nadie había vuelto á tener noticias. Más de un año iba yá transcurrido desde el día de su partida, y ninguno de ellos había regresado. El pobre Suárez continuaba en prisión, y Zoratama, cuando venía á Santafé, lo veía atado con una cadena á un poste, y sentía profunda tristeza al contemplar las miserias á que estaba reducido el más gallardo de los conquistadores......... ...

Fonte no regresó jamás á la tierra de Cundinamarca. Un día llegaron los restos de aquella expedición en busca del Dorado. Volvió Hernando con un pequeño jirón de su ejército. Todos los demás habían perecido durante los veinte meses que vagaron perdidos en aquellas inmensas soledades. Allá quedaron sepultados un centenar de españoles, millares de indios y casi todas las caballerías. Habían desfallecido de hambre los unos, devorados por las fieras los otros, algunos mordidos de serpientes, muchos ahogados en los ríos. Las fiebres incurables mataron á la mayor parte. Y no hallaron jamás el país soñado; atravesaron las selvas del Carare, los valles del Putumayo y las montañas de Mocoa sin hallar el país del oro. Volvieron pobrísimos. Todo lo habían perdido en aquellos climas inclementes, donde sólo encontraron una naturaleza opulenta é indios sumidos en espantosa barbarie.

Al llegar refirieron la muerte de Fonte. Fue allá

casi en el reino de los quitos. Iba enfermo, con fiebre horrible, caminando á pie por haber perdido su caballo. El hambre los devoraba á todos, y ese día tuvieron que matar al asno aquel que había venido con ellos desde Santa Marta. Su jinete, el Padre Requesada, compañero de Fredemán, se vio obligado á entregarlo á la tropa para que hicieran su festín. Fonte cayó rendido cuando se detuvieron en un bosque para degollar el asno, y empezó á delirar. Extrañas visiones debía de tener en sus ojos, pues alargaba los brazos y llamaba á su madre y á Zoratama. El Padre Requesada se acercó á él y vio en su rostro las postreras agonías, y en tanto que despresaban los soldados famélicos al pobre burro, se puso el buen agustino á rezarle á Fonte las oraciones de los agonizantes. Este se estremeció en espantosos paroxismos, y llamando á Zoratama lanzó el último estertor. Cuando vinieron á traerle su ración estaba inmóvil y con los ojos entreabiertos; el Padre Requesada, arrodillado á su lado, leía las plegarias de los difuntos.

Allá quedó enterrado en un bosque, á la sombra de árboles inmensos entrelazados por viejas enredaderas que se pasan enroscándose de unas ramas á otras y forman un espeso toldo donde no penetran los rayos del sol. Allá duerme el valeroso gaditano tras tántas glorias y tántas fatigas, sin volver á la patria á abrazar á la pobre anciana, ni siquiera á Santafé á dar un ósculo en la frente de su hijo. Su tumba no está regada de flores por manos amigas, ni cuidada por sepultureros; allá está solitaria, olvidada, arrullada tan

sólo por las ondas del Putumayo, perfumada por las brisas del llano cargadas de aromas de vainilla y de canela, hollada por tigres y chacales, y sin otras flores que las que deja caer el búcaro cuando el huracán sacude sus altivas ramas................

Zoratama tuvo la espantosa noticia una tarde que vino á Santafé en busca de los compañeros de Hernando. Su dolor fue inmenso, pero permaneció callada, sin dar un suspiro ni derramar una lágrima. Tan sólo llenó de besos la frente de su hijo.

Al día siguiente desapareció otra vez, y durante mucho tiempo no se la vio en ninguna parte. Al fin se supo que vagaba loca por los pueblos de Oriente. Llegaba á las chozas con el niño en los brazos, adornada de plumas, y decía que era la reina de los chibchas. Las antiguas creencias y las antiguas costumbres se habían despertado en ella. Largas horas permanecía arrodillada adorando al sol, y en las noches de luna ofrecía su hijo á Chía, el astro de la noche. Los muchachos la silbaban y la enfurecían, y muchas veces le arrojaron piedras.

Una tarde se fue á la laguna de Guatavita á hacer oración en aquel santuario. Quería, sobre todo, ver á la cacica que moraba con su hijo en el fondo de esas aguas, y salía á la orilla en las noches de luna; era una cacica infiel que se había arrojado allí con su infante, huyendo de las iras de su esposo, y que halló dentro de las ondas un palacio donde vivía un dragón que les dio albergue á ella y á su pequeño hijo. Todos los chibchas conocían aquella trágica historia, y muchos

contaban haber visto al monstruo salir á la superficie con el niño en los brazos.

Zoratama trepó al cerro cuando yá caían las sombras de la noche; soplaba un viento helado, y reinaban en aquel lugar la soledad y el silencio, allí donde en otros días venían inmensas muchedumbres á celebrar suntuosa fiesta. Llegó la india á la laguna y vio las ondas negras y melancólicas; llena de frío, tiritando, se sentó en la orilla y contempló largo rato las aguas. El niño se puso á llorar, y ella á cantarle canciones chibchas. De pronto salió la luna, redonda, inmensa, con el pequeño recorte del tercer día de menguante, y se reflejó en el fondo de la laguna; todo se iluminó con palidez triste.

Zoratama creyó ver al dragón, y se puso de pies. Pensó que el animal la llamaba y le ofrecía su palacio en el fondo de las aguas, para ella y su hijo. Levantó á éste en alto, le dio un beso y lo arrojó lejos, en medio de las ondas, que devoraron la criatura. Ella creyó que yá estaba él feliz viendo á su padre en un palacio donde no hacía hambre ni frío, y entonces se lanzó también á las aguas y se consumió para siempre bajo las ondas que se agitaron un momento y luégo volvieron á quedar tranquilas. La luna llegó en ese instante al cenit, y la laguna parecía un inmenso espejo de plata. Las olas lamieron las orillas con un golpe tenue y tristísimo; y dos mochuelos lanzaron, posados sobre unas rocas, chillidos lúgubres, que fueron la oración fúnebre de aquella india desventurada!

EL REY DE LOS ESPANTOS



EL REY DE LOS ESPANTOS

I

—Me sucede una cosa horrible; soy víctima de la más espantosa desgracia; ha tocado á mi puerta el Rey de los espantos: estoy elefanciaco. Te he traído aquí á esta playa para contarte mi infortunio. Yá de él no queda duda; varios médicos han diagnosticado el terrible mal. Su mano fatídica no ha estampado aún en mi rostro grandes señales, pero mis brazos y piernas están como insensibles y marcados con tubérculos. Deposito en ti, mi mejor amigo, este secreto cruel, y voy á pedirte un servicio, yá que tantos me has prestado desde los bancos del colegio.

Estas palabras las decía un excelente padre de familia, D. Oscar Rovira, orillas del Magdalena, en el puerto de Girardot, á otro padre de familia, D. Luis Balboa. Amigos desde el colegio, se habían querido siempre con grande afecto, y aun después de que ambos se casaron, su amistad siguió tan íntima y sincera como en los días de su alegre juventud. D. Luis no tenía sino una hija, niña por aquel entonces de catorce abriles, pero D. Oscar era padre de cinco vástagos, el mayor de ellos un gallardo joven de veinte años. Ambos residían en Bogotá, y allá tenían sus familias

y sus negocios. Por cambiar de clima durante unas semanas habían venido á aquellas tierras de eterno estío.

Días hacía que D. Oscar se sentía mal. La piel se le había llenado de manchas rojas, y en ellas estaba perdida la sensibilidad; sufría una fiebre lenta, las cejas se le habían despoblado, tenía el color azuloso, las orejas y la nariz hinchadas; y todo el cuerpo cubierto yá de lepromas. Al fin resolvió ir á Tocaima, el lugar de las aguas saludables, donde la piel y la sangre se regeneran. D. Luis convino en acompañarlo; á él también le aprovecharía salir unos días de la ciudad para descansar de la diaria labor de su almacén de mercancías, respirar otro aire, bañarse, sudar y contemplar otros horizontes.

Estuvieron primero en Anapoima, tomando baños en el impetuoso río que corre espumoso y agitado no lejos de aquella aldea. Luégo fueron á Tocaima, y allí, en esa tierra ardiente, permanecieron quince días, bañándose unas veces en las benéficas fuentes que brotan por ahí cerca, y otras en el río que parece querer allá moderar sus ímpetus bravíos.

Un día tomaron el tren que acababa de inaugurarse, y fueron á Girardot. Allá estaban hacía algunas semanas. D. Luis vivía alegre: esas tierras ardientes y esos baños de río le habían sentado muy bien; su cabeza abrumada en la ciudad con tántas cartas, tántos negocios y tántas facturas, se había descongestionado; su sangre circulaba impetuosa, libre de microbios; tenía buen sueño, gran apetito y digestión fácil. Pero D. Oscar, el pobre D. Oscar, estaba cada día más

triste, siempre pensativo, callado, melancólico, como presa de un pesar muy hondo, de alguna dolencia incurable. D. Luis veía decaer á su amigo diariamente de cuerpo y alma, y lo encontraba taciturno, misterioso, y como huyendo del trato de las gentes. En vano trataba de distraerlo y de quitarle esas preocupaciones sombrías. Lo llevaba unas veces á la playa para que viera las barquetas meciéndose sobre las olas, los grandes champanes llenos de mercaderías, los bogas de formas atléticas, el puente en construcción, el río ancho y majestuoso; otras ocasiones lo paseaba por las fértiles dehesas cubiertas de pastos exuberantes, donde engordaban novillos de terrible cornamenta, ó por los frondosos platanales cargados de racimos.

Aquel día había invitado D. Oscar á su amigo á tomar un baño en el río.

La tarde estaba fresca. El paisaje era bellísimo: nubes grises habían cubierto el sol, que al través de ellas enviaba tenues rayos de luz, y yá no la lluvia de fuego con que durante el día calcinó las playas y marchitó las vegas; el rio, turbio y manso, corría silencioso, reflejando en su fondo el azul del cielo y en sus bordes el follaje de los árboles; soplaba brisa suave, deliciosa, como el aire de un abanico, que hacía caer las hojas secas; una bandada de loros, formados en parejas, pasó muy arriba sacudiendo sus verdes alas y dando alegres chillidos, y bajó á posarse en una frondosa ceiba que en la opuesta orilla extendía sobre el río un brazo horizontal. Había como una voluptuosidad en la atmósfera. Las chicharras daban su monótono grito,

y unas vacas se acercaron apaciblemente, seguidas de sus hijos, buscando el abrevadero. Por dondequiera en toda la naturaleza se sentía el descanso, el bienestar de una tarde tranquila, fresca, embalsamada, tras un día de fuego en que la tierra ardió como un horno.

Al oír D. Luis las palabras de su amigo, guardó silencio. Quizás él yá había comprendido el espantoso secreto al ver en el rostro de su compañero algunos preludios de la horrible enfermedad, ó tal vez no quería interrumpir la triste confidencia que le hacía aquel desventurado. D. Oscar prosiguió entonces:

—No debo volver á mi hogar. ¿Qué va á hacer allá un leproso? Las gentes se apartarán de mí con horror, nadie negociará conmigo, mi casa será vista como lugar infestado. Sé que mi esposa y mis hijos seguirán siendo conmigo cariñosos y buenos, como si estuviese sano. Habrá también amigos sinceros y abnegados que vencerán repugnancias y temores, y llegarán á consolarme y á servirme, pero no debo aceptar tales sacrificios. Mejor es que no me vuelvan á ver jamás, que el mundo ignore mi triste suerte, y que al fin se olvide hasta mi memoria. Yo apelaría al suicidio si no fuera católico, y si no creyera que el hombre no es dueño de su vida. Sólo Dios tiene derecho de arrojar en la huesa este montón de carne que sirve de ropaje á nuestra alma en su viaje por la tierra.

Por eso he tomado otro plan; voy á perderme en las selvas del Magdalena, allá abajo, en los bosques vírgenes donde no se oye otra voz del mundo que los pitazos de los vapores cuando suben y bajan por las aguas

turbias y tranquilas de nuestro opulento río. Tú guardarás este secreto. Júrame que á nadie lo habrás de revelar. Esta misma tarde volverás al pueblo con mi reloj, mi cartera y algunas piezas de mi ropa, y referirás á todos que he sido arrebatado por las olas durante el baño, que me he consumido para siempre en un remolino, y que todos tus esfuerzos han sido inútiles para salvarme. Después irás á la ciudad y contarás la misma historia á mi esposa y á mis hijos. Los consolarás en su infortunio, y serás tú quien velará por ese hogar desolado. Yo me embarcaré en aquella balsa, bogaremos toda esta noche, y luégo varios días y varias noches hasta llegar allá á las soledades selváticas, donde haré una cabaña. Yá tengo escogido el lugar, en un pedazo baldío, no lejos de Tamalameque. Allí me dedicaré á recoger leña y venderla á los vapores que surcan nuestra majestuosa arteria.

Inútiles fueron los ruegos de D. Luis para hacer desistir de su triste propósito al infeliz lazarino. Una razón sobre todo daba D. Oscar á las objeciones de su amigo:

—Tú sabes, le decía, que esta enfermedad es hereditaria. Todos creerán hallarla también en mis hijos, aun cuando estén sanos. ¿Y quién los aceptará el día en que piensen contraer matrimonio? Esta es una enfermedad traidora, y todo el mundo teme verla aparecer de pronto en la descendencia de un elefanciaco. Por eso lo mejor es que se ignore siempre que he sido víctima de ese azote pavoroso, que al herir á un hombre hiere también á muchas generaciones.

D. Oscar no cedió de su determinación. Bien pensada la tenía hacía muchos días, y D. Luis tuvo que prestar el juramento que se le exigía. Le ofreció, poniendo los dedos en cruz, que nadie sabría que D. Oscar estaba lazarino por allá en un bosque lejano. Así su casa no sería mirada con horror, ni sus hijos serían rechazados por tener en sus venas una herencia fatal.

En tanto que pasaba esta escena tristísima, abajo, en una balsa toldada, cantaban dos bogas sus canciones alegres y medio salvajes. Estaban casi desnudos. En el pecho tenían el callo formado por la palanca al subir los champanes; la espalda era lustrosa, tostada por mil soles; brazos y piernas eran velludos, los biceps parecían de gladiador, y en los pies se veían las cicatrices hechas por las ponzoñas de las rayas y por las espinas de los matorrales.

D. Oscar no quiso despedirse; se fue alejando de D. Luis, por la orilla abajo hasta donde estaba la balsa, llegó á ella, entró bajo el toldo de hojas de palmera, se sentó en el piso de guaduas, y con la cabeza inclinada se puso á llorar amargamente. Los bogas soltaron del tronco de un caracolí el lazo de crines que sostenía la balsa á la orilla, y remando con sus robustos brazos la llevaron hacia la mitad de la corriente. D. Luis, inmóvil, mudo, abatido, quedóse como una estatua mirando la rústica embarcación alejarse arrastrada por las olas. Los bogas medio desnudos gritaban alegres y remaban sin cesar golpeando el agua con sus canaletes. El sol empezó á hundirse por allá por las llanuras del Tolima, y se vio aproximar la noche

cargada de sombras y de misterios. Las nubes se pusieron plomizas, y sólo unos brochazos de carmín aparecieron en la tumba del sol. La torre de la iglesia dio las seis de la tarde; una recua de mulas llegó al otro lado del río, donde hay unas casas de teja, y los arrieros llamaron con sonoros gritos, que hacían eco en los peñones, á los barqueros que estaban en esta orilla. Una bandada de caicas pasó por los aires dando ellas también su toque de *Angelus;* sopló un céfiro embalsamado; y un boga, remendando sus redes, bajó en una canoa llena de peces y racimos de plátanos, cantando los versos de Candelario Obeso:

Que trijte que ejtá la noche,
La noche que trijte etá,
No hay en er cielo una etrella
Remá, remá.

La tarde, que había empezado alegre, estaba ahora sombría. Tenía aquel crepúsculo algo profundamente melancólico, que provocaba el llanto ó la oración.

La balsa seguía bajando, bajando, y era yá tan sólo un punto negro. Al fin desapareció en una revuelta del río. El sol se hundió en el ocaso; las sombras envolvieron todo el paisaje: los montes lejanos, la torre de la aldea, las chozas de los bogas, las llanuras del Tolima y las ondas del río.

El boga seguía cantando su *guabina:*

La negra re mi arma mía
Mientra yo brego en la ma
Bañaro en suró por ella
¿Qué hará, qué hará?

Tar ve por su zambo amao
Doriente supirará
O tar ve ni me recuerda,
Llorá, llorá!

Brotaron arriba algunas estrellas que se reflejaron abajo, titilando entre las olas que pasaban. Los árboles parecían fantasmas. Y se oían aún á lo lejos las dolientes endechas del pescador:

Que ejcura que ejtá la noche;
La noche que ejcura etá;
Asina ejcura e la ausencia
Bogá, bogá........





II

Mucho tiempo después de esta escena se celebraba un gran baile en casa de D. Luis. Cinco años habían pasado desde aquella tarde que en las playas del Magdalena se embarcó D. Oscar. Cinco años con su cortejo de bautizos, de bodas y de entierros; con sus horas alegres y sus días melancólicos; con sus meses de sol y sus meses de lluvia. D. Oscar estaba yá un poco olvidado de muchos de sus antiguos amigos. Por ahí cada año ó cada semestre aparecía en las esquinas el aviso fúnebre que invitaba á una velación por su alma, y entonces se recordaba cómo había muerto: ahogado allá en Girardot una tarde que se bañaba con su amigo D. Luis; y su cadáver nunca fue encontrado, aun cuando á su esposa desolada se le dijo, para mitigar en algo su inmenso dolor, que sí había sido hallado muy abajo en un remolino cerca de Ambalema y que allá le dieron cristiana sepultura.

D. Luis, fiel á su juramento, ni una palabra había revelado sobre la enfermedad de D. Oscar. Le guardó él también luto como á un hermano, y fue el comparo y el apoyo de la esposa y de los hijos del infeliz leproso. Pero como yá en este año su hija Saturia cum-

plía diez y nueve primaveras, resolvió festejar tal día con un baile suntuoso.

Los seis balcones de la casa arrojaban sobre la calle torrentes de luz, y varios coches llegaban á la puerta trayendo los elegantes convidados.

En la puerta había dos gendarmes con casco romano, el vestíbulo y la escalera estaban alfombrados, y los invitados penetraban por entre dos filas de margaritas. Varios picos de gas alumbraban con sus abanicos de luz el amplio patio lleno de geranios, claveles, rosas y jazmines, y en medio de ellos la pila donde saltaba una columna de agua que se destrenzaba en lluvia de perlas sobre el tazón de mármol. Arriba todo era esplendoroso. Aquella casa magnífica, llena de ricos muebles, flores tropicales, centenares de luces, alfombras, cuadros, espejos y cortinas, deslumbraba á cuantos llegaban. No era esa noche la casa de un comerciante acomodado: era algo así como el palacio de un príncipe. Todos admiraban, especialmente los extranjeros á quienes se había invitado, que á tantas leguas del mar, y separados de él por un río de difícil navegación y caminos de herradura en pésimo estado, hubiese tanto lujo, desde el enorme piano de cola hasta las arañas de veinte brazos y los delicados adornos de porcelana y cristal colocados en las consolas. En un cuarto había varias antigüedades de los tiempos de Santafé: dos cuadros de Vásquez, el artista bogotano del siglo XVII; un escritorio con embutidos de carey y marfil donde debieron guardar raros papeles los oidores de la época colonial; y varias sillas altas, severas, con muchos dora-

dos y grandes estoperoles, en las cuales quizás se sentaron Solís, Ezpeleta ó algún otro de los viejos virreyes.

La entrada de los convidados fue bellísima. Los que llegaron primero pudieron admirar aquel espectáculo soberbio. Era un torrente de belleza, elegancia y lujo que subía la escalera y se regaba por aquellos suntuosos salones, arrastrando sedas, rasos y terciopelos en toda clase de formas y de todos los colores del iris, en tanto que la orquesta, en un extremo del vestíbulo, tocaba una sinfonía majestuosa y triunfal. Cuando las damas se quitaban los acolchonados abrigos, se oía un murmullo de sorpresa. Bajo las tibias capotas aparecían hermosos descotes, admirables corpiños, joyas de gran valor y flores bellísimas. Ya eran una garganta y unos brazos de nácar, ya un busto que parecía de nieve, ya eran las carnes de una morena perlada. Las esposas y las viudas tenían ricos aderezos de diamantes que arrojaban rayos de mil colores; otras, collares y pulseras de blancas perlas; algunas, prendedores y brazaletes con las verdes piedras de Muzo. Las jóvenes llevaban camelias blancas y rojas, botones de rosas ó ramilletes con ilusiones; Flora, la diosa de los jardines, había hecho brotar en esos días sus mejores corolas, para que lucieran en aquellas cabezas primorosas y en aquellos pechos palpitantes.

¡Y qué diversidad de ojos! Había unos negros, rasgados, con tal brillo, que parecía que quemaban; otros azules, dulcísimos, como los de las madonas de Rafael y de Murillo; varios, verdes, llenos de expresión, y cuyas pupilas se veían en medio del iris humedecido como

pedacitos de hojas en el fondo de un estanque; y muchos pardos, soñadores, melancólicos, que parecían mirar horizontes lejanos ó que pensaban en ideales imposibles.

A las diez se tocaron las cuadrillas de Ponce de León, el artista bogotano. En cada uno de los tres salones de baile se formó un cuadro de danzantes. En la sala principal pusieron la cuadrilla Gustavo, el hijo de D. Oscar, y Saturia, la hija de D. Luis.

Cuando aquella hermosa pareja atravesó el salón, cogidos los dos de la mano, marchando con alegre compás, y fueron á hacer la venia á la pareja de enfrente, un rumor de admiración se levantó en toda la sala. Ella, con su traje de raso blanco, cubierta con un tul también de nieve, bordado de lunares; con sus ojos azules como el cuello de los pavos reales; sus cabellos rubios como las plumas de los canarios; sus largos guantes de piel de Suecia, sus ramos de miosotis en el pecho, en la cintura y en los brazos; su pie pequeñito y sus labios de rosa, que abría una sonrisa para mostrar dos hileras de dientes como terroncitos de azúcar. El, con su frac correcto, su brillante pechera, donde lucía un botón de oro; con sus ojos oscuros, inteligentes, apasionados, con su clavel blanco en la solapa y con su largo bigote negro.

¡Qué admirable pareja! Ambos alegres, simpáticos, benévolos. Eran los reyes de la fiesta; parecía que todas las hadas de la dicha les habían dado sus mejores dones! El mundo iba á ser para ellos jardín encantado; en su sendero no habría abrojos, ni nubarrones

en su cielo, ni serían jamás azotados por ábregos, ni cierzos, ni huracanes.

Cuando la orquesta tocó la última figura, Saturia estaba pálida, emocionada, nerviosa, y Gustavo tenía aire triunfal. Ella se sonreía y dejaba ver un pedacito de oro sobre uno de sus dientes; las pupilas del joven brillaban llenas de amor y de ventura.

Tras de las cuadrillas se tocó un vals, que Saturia bailó con un amigo de Gustavo, luégo una polca y después otro vals.

El baile estaba cada vez más animado. A media noche se abrió el mostrador, y Gustavo volvió á dar el brazo á Saturia. En el comedor la alegría era estrepitosa: sonaban los taponazos del champaña, y se llenaban las copas de *baccarat* con el rubio licor, rey de los vinos, que burbujeaba alegre al caer en los cristales. Saturia y Gustavo estuvieron allí un rato, y varios amigos brindaron por ellos.

Al volver á las salas, la orquesta tocaba los valses de *Romeo y Julieta;* Gustavo enlazó la cintura de Saturia con su brazo derecho y salió la gentil pareja danzando sobre las espesas alfombras. Tras ellos iba otra pareja, luégo otra y otras tantas detrás. Pasaban jadeantes en sublime remolino, morenas y rubias, altas y pequeñas. Era un torbellino de hopalandas rosadas, azules y lilas; de cintas granates, rojas y violetas; de flores, abanicos y aderezos. Saturia parecía una diosa pagana evocada por el pincel de un artista, cuando pasaba, armoniosa y pálida con su vestido blanco y sus tules vaporosos como gasas de neblina, en brazos de Gustavo.

Danzaban los dos por aquellos salones, dichosos, emocionados, esparciendo sonrisas bondadosas y miradas dulcísimas, como dos aves que revolotean entre los árboles de un parque buscando una rama para hacer su nido. Fatigados se sentaron en un sofá, frente á un grabado: *Spring Time.* La gentil pareja que se veía en el cuadro, mecida en un columpio, en medio de frondoso parque, parecía llamarlos con su sonrisa de felicidad, y ambos pensaron, sin decirse una palabra, viendo el idilio de aquel grabado, que un día habrían de disfrutar solos, también en una mañana de primavera, de aquella libertad y de aquellas ternuras bajo el ramaje de unos naranjos y de unos limoneros cubiertos de azahares.

¡Qué grata fue aquella noche para la juventud dorada! Se bailó hasta las seis de la mañana, y aún recuerdan los bogotanos con placer las horas de dicha que se pasaron en la casa de D. Luis en esa noche inolvidable.

Sólo un hombre había allí triste: D. Luis. Su carácter de anfitrión lo hacía aparecer alegre, pero á ratos, cuando pasaba á su lado Saturia en brazos de Gustavo, se arrugaba su frente y un gesto de pesar ó de enojo se dibujaba en su rostro. A la tercera pieza, en que Saturia se separó de Gustavo, acercóse á ella su padre, y le dijo:

—Te prohibo que bailes otra vez con Rovira.

Y se alejó antes de que su hija le preguntara el motivo.

Yá todo era inútil. Aquella pareja estaba enamora-

da. Eros había clavado las más finas flechas de su aljaba en esos dos corazones. Gustavo, al salir de la casa, cuando despuntaba el alba, llevaba en el frac un ramito de miosotis, y Saturia tenía en sus labios el clavel con que Gustavo había entrado á la fiesta.

D. Luis no había perdido ni uno solo de estos detalles, y preocupado pensaba en D. Oscar, que á esas horas estaría también despierto, en espantoso insomnio, sufriendo quizás grandes dolores, allá entre una cabaña en una selva medrosa, rodeado de fieras y reptiles. Y pensaba sobre todo en que aquel mal era hereditario, traidor, y á veces suele saltar por sobre una generación sana para herir á un nieto desventurado!





III

Gustavo y Saturia se amaron muchísimo, como se amaron Píramo y Tisbe, Abelardo y Eloísa, Pablo y Virginia, Efraím y María. Aquellos grandes amantes, nobles figuras de la fábula, de la historia y de la novela, no habrían encontrado pequeño el amor ideal de esa pareja bogotana al lado de la pasión sublime que les dio á ellos una auréola inmortal.

La oposición de D. Luis, lejos de disminuír aquel afecto, lo hacía crecer cada día. ¿Y por qué no amarse, si parecía que habían nacido el uno para el otro? La negativa de D. Luis no podía ser sino un capricho pasajero. La sociedad improbaba aquella oposición del padre de Saturia, y todos se preguntaban, sin hallar respuesta: ¿Por qué D. Luis no concede á Gustavo la mano de su hija, siendo éste un joven sin vicios, laborioso y honrado? ¿No es, además, hijo de su mejor amigo? Gustavo, por la muerte de su padre, había dejado los estudios de medicina, y estaba al frente del cafetal que poseían hacia los lados de Pandi.

D. Luis era víctima de una lucha interior. El no podía alejar á aquel joven de su casa: ¿cómo le iba á cerrar las puertas de su hogar al hijo de D. Oscar, que era tan caballeroso y tan bueno como su padre? Ah!

pero aquel matrimonio era imposible. D. Luis conocía muchos casos de esa herencia espantosa: en su misma familia, uno de sus sobrinos se había casado en el valle de Tenza con una mujer bellísima, nieta de un leproso, y poco después le había brotado en la piel á la desposada el terrible mal, y hacía yá doce años que la devoraba lentamente.

El matrimonio de Gustavo y Saturia era imposible. Entre ambos se levantaba una espantosa barrera que nadie podría destruír. Pero, ¿cómo impedir que se vieran y se hablaran? Esto no podía evitarlo D. Luis, y así Gustavo y Saturia se encontraban con frecuencia, y dondequiera estaban en perpetuo idilio.

¿En cuántos lugares no se hallaron el uno al lado del otro, ambos alegres, emocionados, llenos de pasión y ventura? Hé aquí dos ó tres fechas que ellos recordaban con especial placer, cuando se ponían á evocar hermosas reminiscencias, esas efemérides del amor que forman hondo surco en la memoria de los enamorados, que son indelebles, y si á veces parecen desvanecerse, suelen aparecer aun en los días de la vejez, como aquellas inscripciones que, borradas de los muros para poner otras nuevas, resaltan luégo con los años al destruírse las últimas.



El 8 de Diciembre, el día de la Concepción, la fecha más alegre de la ciudad. Es la época de las vacaciones, hay más gentes en las calles; todos parecen descansar del peso de un año, y sonríen al nuevo que se

aproxima cargado de ilusiones y esperanzas. El tiempo es además, casi siempre, hermoso en ese último mes. Tras las lluvias de Noviembre vienen un sol tibio, un horizonte despejado, una atmósfera purísima y brisas frescas; los cerros se ponen verdes, la sabana se llena de flores, los nevados se destacan sin brumas, y el cielo está siempre azul, como si María, la Madre inmaculada, hubiera desplegado para su fiesta su manto de turquí sobre el firmamento.

La noche de las vísperas estuvieron juntos los dos amantes. Fue en la casa de una amiga de Saturia. Allí había una azotea, de donde se dominaba toda la ciudad. Y allá subieron, poco antes de las nueve, Saturia, Gustavo y un grupo de parientes y amigos.

La ciudad estaba espléndidamente iluminada: en las calles centrales se veían en los balcones lujosas lámparas y ricos candelabros que daban al través de bombas opacas ó cristalinas la luz tenue del petróleo y de las bujías; en las esquinas los faroles de gas lanzaban sus chispeantes reflejos; en las ventanas de las calles excéntricas se balanceaban globos de papel de cien colores, y farolillos de lata que sostenían dentro de sus cuatro vidrieras una humilde antorcha; hasta los arrabales estaban alumbrados con las tristes velas de sebo en las puertas de las pobres viviendas. Desde la azotea se veían abajo todas estas luces y la multitud que cruzaba por las calles.

Aun allá en las faldas de los cerros se veían puntos luminosos como grandes cocuyos en medio de la oscuridad, que denotaban la triste morada de un labriego.

Arriba era una sombra negra, tachonada de estrellas, noche sin luna, pero tan llena de luceros, que parecía como si también en el cielo hubiesen puesto luminarias; estaban encendidas todas las constelaciones del hemisferio y titilaban en medio del espacio infinito. Abajo, por todos lados, estallaban cohetes y triquitraques.

Con asombro y alegría miró el grupo de la azotea á la ciudad llena de luces, de animación y de ruidos. Bogotá, que todo el año á esa hora es como un cementerio, se transforma, con tales vísperas, en una ciudad trasnochadora y alegre.

—Así son los *bulevares,* dijo uno de los amigos de Gustavo que había viajado por el Viejo Mundo; á excepción de los cohetes, así se ven llenos de luces, de gentes y de vida.

—Miren las torres de la Catedral, exclamó un niño; y todos volvieron la vista hacia ese lado.

En realidad era digno de verse. En los dos campanarios, y por la majestuosa fachada, centenares de teas titilaban en tacitas de barro, puestas, como golondrinas, en todos los bordes, sobre las ojivas, entre los nichos, bajo los campanarios, iluminando todo el coloso de piedra desde las altivas veletas y los esquilones de bronce hasta los santos de granito y las enormes puertas.

Las torres de otras iglesias estaban igualmente iluminadas: la de San Carlos llena de farolillos rojos, y más arriba la capilla de Belén con un arco de luces, y la de Egipto, con su escalinata piadosamente alumbrada, que parecía como inmensa cruz de fuego.

A las nueve fue la gran cohetada: un estruendo espantoso. Sonaron las campanas de veinte iglesias, y de todos los puntos de la ciudad se elevaron al cielo millares de cohetes; unos subían rápidos como flechas, y estallaban muy arriba en lluvia de oro; otros formaban en las sombras hermosa curva de fuego, y volvían á bajar encendidos, dejando una estela centellante como la cola de un cometa; algunos al ascender parecían largo bucle de luces y reventaban con violentos estrépitos, derramando luégo una catarata de chispas. Varios globos de papel se elevaban lentamente por los aires; todos tomaban hacia el Norte, pero unos se quemaban á poco rato, y otros se perdían por allá por los lados de Fucha y del Aserrío. En la plaza de Bolívar había fuegos artificiales, y hasta la azotea llegaban los ruidos de los castillos que estallaban, y las claridades de las luces de Bengala que arrojaban por los aires.

Saturia miraba á todos los lados del horizonte, y nerviosa, emocionada, preguntó si así sería un combate.

—¡Oh! mucho peor, dijo una anciana que había subido con ellos, y estaba sentada en una silleta que le trajeron los sobrinos para que viera ella también el hermoso espectáculo. Cuando la guerra de Melo eso fue espantoso: se tomaron á Bogotá á fuego y sangre. Yo estaba muy joven, pero me acuerdo de todo muy bien; dos días duró el combate, y en todas las calles había cadáveres; por aquel lado entró Mosquera, y por aquél el General Herrán; los dictatoriales no se rindieron sino en la plaza, cuando las fuerzas legitimistas los es-

trecharon por todas partes. Yo vi cuando llevaban arriba de Las Nieves al General Herrera, moribundo. También vi el cadáver del General Camilo Mendoza.

—¡Ah, qué horror! dijo Saturia.

Ella era la criatura más delicada y nerviosa, y se estremeció de angustia con ese relato.

Después, otro de los que allí estaban, que no era tan viejo como la tía que habló de Melo, refirió algo del combate de San Agustín: las tropas de Canal, audaces y valientes, rodeando el cuartel donde los liberales se defendían con denuedo; los muertos en las casas vecinas; la iglesia y el convento acribillados á balazos; el incendio que prendió en una casa al lado del cuartel.

Un gran cohete reventó de pronto arriba, y dejó caer unas luces rojas, como bombas incendiarias, que dieron en la azotea. Todos quedaron iluminados con aquel resplandor rojizo. Gustavo y Saturia se miraron. Ambos parecían bañados con los arreboles de carmín de un sol de estío, ó en los fulgores de una fragua encendida. Saturia tuvo miedo y cogió el brazo de Gustavo.

—¡Oh, que horrible, exclamó, ha de ser el bombardeo de una ciudad!

Las luces se apagaron luégo y todos rieron un rato del susto de Saturia.

Los cohetes fueron disminuyendo, la gente se volvió á sus casas, y á las diez yá la ciudad estaba silenciosa y tranquila.

***

La Semana Santa era otro hermoso recuerdo. Días hacía que se hallaban disgustados por alguna de aque-

llas pequeñeces, que los enamorados agrandan para hacer un caso bélico, cuando llegó la gran semana, la que conmemora los dolores y la agonía de Jesús.

Gustavo vio en la calle Real pasar á Saturia con su madre y una amiga el sábado santo, á las nueve de la mañana. Iban para la Catedral, y él las siguió. ¡Cuán hermosa estaba Saturia con su negra saya de seda y su mantilla de blondas! Subieron las gradas del atrio, lleno de gente, y entraron en la espléndida basílica. Yá habían empezado los oficios, y se acomodaron en la nave donde se levantaba el monumento de Monseñor Mosquera, el ilustre Arzobispo que murió en el destierro. Gustavo entró un rato después, y se colocó al pie de una de las blancas y gruesas columnas que suben hasta la alta bóveda y allí se abren para formar arcos como el ramaje de una palmera. La iglesia estaba llena de fieles, el altar aparecía cubierto con un gran velo morado, y en el presbiterio se veían muchos sacerdotes, diáconos y monacillos. Al pie del coro, que no había sido aun demolido, formaban los seminaristas con sus blancas casullas, y arriba resonaba el órgano majestuoso y sublime.

Cuando entró Gustavo, Saturia leía de rodillas en su libro de oraciones, un Lavalle de pasta de marfil con una chapita de plata. Por encima del peinado tenía la rica mantilla, pero al través de los finos encajes se veían algunos cabellos de oro y una orejita rosada. De su saya colgaban cintas de raso llenas de abalorios, unas y otros del color de los azabaches. Al sentir pasos alzó la cabeza, y vio á Gustavo que se colo-

caba al pie de la columna. Se ruborizó ligeramente, contuvo una sonrisa que trató de salir á los labios, inclinó la cabeza y siguió leyendo. Era un pedazo del Evangelio, según San Mateo: "En la noche del sábado, al amanecer el primer día de la semana, ó domingo, vino María Magdalena con la otra María, á visitar el sepulcro. A este tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del cielo un ángel del Señor; y llegándose al *sepulcro,* removió la piedra, y sentóse encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. De lo cual quedaron los guardias tan aterrados, que estaban como muertos."

Arriba en el presbiterio estaban los tres sacerdotes leyendo en grandes libros los santos evangelios. Dos á los lados en una especie de púlpito, y el otro en medio ante un facistol.

Hubo muchas ceremonias, que ni Saturia ni Gustavo pudieron ver desde sus puestos por el inmenso gentío. Sólo vieron pasar hacia la puerta los sacerdotes que iban á bendecir el agua y el fuego.

Saturia se sentó en un asientito, y tratando de mirar á los que pasaban, vio á Gustavo, que no le quitaba los ojos. Pero la mirada de la hermosa fue dura, y su ademán muy serio. Luégo siguió orando en su libro. Cada rato entraba más gente á presenciar la rasgada del velo. Yá se habían leído las profecías, encendido nuevamente las lámparas con el fuego bendecido, y colocado los cinco granos de incienso sobre el enorme cirio pascual.

Como á las once se levantó de su silla uno de los

oficiantes, se dirigió al altar y cantó con robusta voz: *¡Gloria in excelsis Deo!* Un trueno formidable resonó en el coro, el gran velo se rasgó de alto á abajo, como el del templo de Jerusalén el día de la muerte de Jesús; una olorosa nube de incienso llenó la augusta bóveda, sonaron veinte campanillas en el altar, y luégo las enormes campanas de la torre se echaron á vuelo y como un eco contestaron sus alegres repiques los campanarios de todas las iglesias.

Saturia se estremeció al oír el estruendo y se la vio dar un ligero grito, que no pudo oírse entre tantos ruidos.

Al serenarse, miró á Gustavo y se sonrió. La paz quedaba hecha, y ambos corazones cantaron también su gloria.

***

El día del paseo á Tudela, la hacienda de los Obandos, un bello campo no lejos de Serrezuela, era otra de sus hermosas fechas. Ambos habían sido invitados, junto con muchas familias.

Fue un día bellísimo. Saturia tenía traje del color de las lilas, botitas amarillas y sombrero adornado con flores rosadas. Después del almuerzo, en el espacioso comedor de la casa, salieron los jóvenes y los niños á recorrer á pie por una alameda de sauces. Era un camellón angosto, largo, pintoresco, sombreado á ambos lados por el follaje verde de aquellos árboles tan simpáticos. Algunas ramas se inclinaban hasta las cabezas de los paseantes, y otras se elevaban airosas como buscando el cielo. Unos vallados llenos de agua, donde

gritaban centenares de ranas, separaban del camellón los potreros que había á los lados.

Después de caminar unas cuadras, pasaron por una tabla tendida sobre la zanja y entraron á una gran dehesa. El sol estaba magnífico, brillante y tibio; por el azul del cielo flotaban nubes blancas, como copos de espuma sobre un lago sereno; soplaba un aire delicioso y embalsamado; el suelo era como una alfombra verde, salpicada por doquiera con las florecillas del carretón. En medio del potrero se levantaba una colina, y hacia allá se dirigió el grupo juvenil. Saturia y Gustavo apostaron á cuál encontraba primero un carretón de cuatro hojas, lo cual es augurio de dichas. La joven estaba encantadora: el viento había coloreado sus mejillas, y soltado en la nuca algunos bucles rebeldes; á su paso saltaban algunos insectos, y el tomillo y la yerbabuena como que exhalaban mejor sus aromas; abrió la sombrilla roja adornada de negro, para cuidarse del sol, y parecía la diosa de la primavera en medio de aquel campo lleno de vida, fecundo y esplendoroso. La hubieran tomado por modelo estatuarios y pintores para representar á Ceres, á Flora, á Diana ó á alguna de las diosas agrestes del paganismo, ó la figura simbólica de la juventud, de la primavera, del amor ó de la mañana.

Llegaron al collado, y desde allí contemplaron un horizonte ilimitado. Dehesas verdes llenas de ganados, bosquecillos de eucaliptus y cerezos, sementeras de patatas y trigo en largos surcos paralelos; el camino como una faja gris por donde pasaban grandes carre-

tas tiradas por majestuosos bueyes, llenas de cargas; tapias de tierra pisada, montones de trigo, hileras de *arbolocos,* chozas con techos de paja y algunas casas de teja que denotaban la morada de los propietarios. Y allá á lo lejos el campanario de Serrezuela, levantando su cruz por encima del follaje de todos los árboles, al pie de unas colinas.

Desde la loma divisaron un corral donde estaban encerrando unos terneros al extremo del potrero, y quisieron ir allá. Cuando iban á la mitad del camino, vieron una vaca hosca que bramaba y que se dirigió hacia ellos. Buscaba la pobre á su hijo yá aprisionado en el redil. Pero los niños creyeron que venía á embestirlos, y empezaron á gritar y á correr. El pánico se contagió, y fue un sálvese quien pueda. Todos corrieron hacia la zanja donde estaba el rústico puentecito. Saturia corrió también; Gustavo resolvió no quedarse solo, y los siguió en su fuga. Fue una larga carrera; dos niños cayeron, pero volvieron á levantarse. Al fin llegaron todos al camellón jadeantes. Entonces volvieron á mirar atrás. La mansa vaca se había quedado inmóvil, allá en medio del potrero, como asustada con aquella derrota, moviendo su cola, y los miraba con sus enormes pupilas, donde se reflejaba la inmensa campiña.



Había, entre sus recuerdos, uno melancólico: el día del entierro de Blanca, hermosa joven de diez y nueve años, amiga de Saturia, y que murió de fiebre tifoidea. Era otra de las efemérides de aquellos amores.

Se vieron en San Carlos. Gustavo estaba en los escaños de en medio, con la espalda vuelta á las naves de la izquierda, y ella se colocó en uno de los bancos que hay á la derecha, mirando hacia el altar. Ambos estaban ese día conmovidos. La muerte de aquella niña, en plena primavera; rica, bella, amada por todos, con un porvenir lleno de halagos, ilusiones y esperanzas, era una cosa tristísima. Gustavo trataba de no mirar á Saturia, á fin de no gozar en aquel momento de duelo, y alzaba los ojos y veía los retratos al óleo de los Apóstoles y los grabados de los Vía Crucis. Saturia leía en su libro las preces de los difuntos: "Santos de Dios, socorredle: Angeles de Dios, acudid á recibir su alma para presentarla ante el Altísimo! Recíbate Cristo que te ha llamado y condúzcante los ángeles al seno de Abraham." En el coro resonaba la música de *requiem*, la misa negra de Quevedo, lúgubre y tristísima. Allá cerca del altar estaba el ataúd, negro y redondo, como un grande agujetero lleno de coronas y cruces de flores y rodeado de cirios y lámparas.

A la salida, Saturia entró en un coche y Gustavo siguió á pie; pero en el cementerio se volvieron á encontrar, y mientras cerraban los sepultureros la bóveda con la lentitud que conocen los bogotanos, poniendo unos ladrillos sobre otros y pegándolos con arena y cal, los dos enamorados pasearon al través de las lúgubres galerías, leyendo epitafios.

—Míra, le dijo Gustavo, enseñándole el que había puesto una viuda sobre la lápida de su esposo: *el amor*

es tan fuerte como la muerte; y tomando el libro místico de Saturia, escribió la bíblica sentencia en la última página.

Muchas veces habían recordado ese paseo fúnebre, y ella no borró jamás de su libro aquella frase del cántico de Salomón.





IV

En Diciembre de 1883 D. Luis llevó su familia á Anapoima. Gustavo, con varios amigos, también se fue allá poco después, á pasar en esa aldea los últimos días del año. Una tarde llegaron á la meseta donde está situado el pueblo, y alegres con el fin de la jornada, apresuraron el paso. Las mulas, conociendo la proximidad de su descanso, se animaron también en el terreno plano, y tomaron los bríos de las primeras horas. Gustavo pensaba sorprender á Saturia, pues aun cuando le había ofrecido ir á verla, ella no lo esperaría en aquel día. Llegaban yá á las primeras chozas del pueblo, cuando de entre un matorral salió un grito.

—¡Mis aguinaldos, Gustavo! y luégo se oyó una carcajada de diez bocas femeniles, y se vio salir de entre los arbustos una bandada de niñas que rodearon la cabalgata, y con sus corroscas y sus trajes de colores y sus risas hicieron encabritar las caballerías.

Era Saturia con un grupo de amigas, que esperaban allí escondidas la llegada de Gustavo y sus compañeros. Habían sabido por un telegrama de una amiga que ese día llegarían, y cuando los vieron aparecer en el

alto y empezar el descenso hacia la pequeña altiplanicie, se ocultaron entre ese bosquecillo.

Gustavo había, pues, perdido los aguinaldos apostados en Bogotá el día en que se vino D. Luis. Un rato después entraron todos al pueblo alegres, á tiempo que las campanas repicaban para el rosario, que soplaba una brisa perfumada, que unos niños jugaban en la plaza, y que todo se animaba con el frescor de la noche tras un largo día de bochorno.

A la mañana siguiente se encontraron Saturia y Gustavo en el río, después del baño. Estaba hermosísima. Tenía una gran corrosca adornada con jazmines de Malabar y bellísimas, y un traje claro vaporoso, adornado con cintas rojas; la cabellera medio suelta como una cascada de oro, y los ojos vivos, risueños y azules como dos zafiros. Gustavo la ayudó á montar en un fogoso overo. Cuando todos estuvieron en sus caballerías, los dos jóvenes partieron adelante.

El paisaje era soberbio. Atrás el río, con sus grandes pedregones, sus olas furiosas y sus hondos remolinos; adelante, la gran mesa de tierra y de granito, donde está el pueblo; á un lado y otro vegas de vegetación poderosa, con frondosos árboles y ricas gramíneas.

Los dos jóvenes hablaron de su porvenir. Había que conseguir la licencia paterna, y arreglar aquella unión. Si D. Luis convenía, quedaría arreglado el santo enlace, y al volver á la ciudad se cambiarían las argollas, signo de los esponsales. El matrimonio sería luégo, á mediados ó á fines del otro año; y el próximo Diciembre los encontraría en plena luna de miel.

Pero ambos se acordaron, en medio de estos planes, de la oposición de D. Luis, y se quedaron un momento callados y pensativos. Luégo volvieron á sus sueños de futura dicha, y se olvidaron de la barrera que se levantaba entre ellos: la negativa paterna, obstinada, invencible, misteriosa.

A poco rato llegaron al alto, y allí se detuvieron á esperar á los otros compañeros. Volvieron á mirar atrás. Por la inmensa cañada se veía el río, que caracoleaba allá en lo más hondo como un reptil de plata, por entre bosques de bananos, sementeras de maíz y frondosos cañaverales. Se alcanzaba á oír aún el furioso rebramar de las aguas impetuosas.

Saturia ofreció á Gustavo que esa noche hablaría á su padre, le pediría el permiso para unirse con él, y en caso de negativa, le averiguaría las razones de tal improbación. Así Gustavo sabría qué debía hacer, y en caso de conseguir la venia de D. Luis, podría él pedírsela luégo, y arreglar allí esa unión que era irresistible.

Saturia cumplió lo ofrecido. Por la noche, después de que todos los amigos se retiraron del corredor que da al camino, donde estuvieron conversando largas horas, ella se quedó con su padre, y le habló del asunto.

Desde los primeros momentos, D. Luis le manifestó que aquella unión era imposible.

—Díme, padre, le dijo llorando, ¿por qué rechazas á Gustavo? ¿cuál es su defecto? ¿tiene algún vicio, que yo ignoro? ¿ha cometido alguna gran falta? ¿por qué te opones á nuestra dicha?

D. Luis, agitado, nervioso, balbuceó algunas palabras evasivas.

—Es un buen joven, yo lo quiero mucho, no tiene vicios, pero.... ¡oh pobre hija mía! ¡qué fatalidad!

Mas nada decía claramente, y jamás se lograba que explicara las razones de su negativa.

En un momento, ante los angustiosos ruegos de su hija, llegó á punto de revelar el secreto. Tentado estuvo á decirle: no podrás unirte con Gustavo, porque él es hijo de un leproso, y quizás en sus venas duerme el espantoso virus, y de pronto se despertará y devorará sus carnes. Tú correrás la misma suerte, y ambos tendréis una descendencia de infelices. En vez de niños robustos y hermosos, con mejillas de rosa y labios de granada, tendréis por vástagos pequeñuelos pálidos y enfermizos. A cada dolencia que tengan, creeréis ver en ellos el espantoso flagelo.

Pero él no podía faltar á su promesa, á aquel juramento que dio á su amigo, poniendo los dedos en cruz, allá en la playa de Girardot, en una triste tarde del mes de Septiembre.

—¿Y no hay, padre, alguna esperanza? le preguntó Saturia; ¿el tiempo no logrará borrar ese obstáculo misterioso que existe entre nosotros?

—¡Oh no, jamás! Este obstáculo no lo borrará nada. Necesitaríase que Gustavo volviera á nacer. Este matrimonio es imposible ahora y siempre.

Todo ruego fue inútil. D. Luis se entró á su pieza, y Saturia, llorando amargamente, se estuvo largas horas solitaria, sentada en aquel corredor, mirando el ca-

mino desierto y el cielo que estaba oscurísimo, sin luna y sin estrellas, que son á veces consuelo de las almas afligidas.

Gustavo no pudo verse con Saturia sino yá por la tarde del día que siguió á esta escena. Ella se había ido con muchas personas á pasear al extremo Sur del pueblo, por el camino que va á las Juntas de Apulo. Al llegar al matadero, que queda por ese lado, se sentaron en unas piedras. Ahí cerca, amarrado con fuertes rejos contra un madero, un robusto toro daba vueltas, y pegaba con sus puntiagudos cuernos contra el palo que lo sostenía apegado. Estaba en capilla, para ser degollado en el siguiente día. Se acercaron á verlo, y el aminal furioso los miraba con las pupilas inflamadas y la boca cubierta de espuma. Trataba de reventar los lazos, ó de arrancar el madero y correr sobre ellos. En su impotencia, escarbaba el suelo, arrancando la tierra, y daba resoplidos de desesperación y de furia.

Saturia sintió compasión por aquella fiera, y reprendió á unos niños que le tiraron piedras. Y como viese charcos de sangre por allí cerca, se le crisparon los nervios, y se retiró con otra amiga á contemplar más bien la ancha hondonada, por donde se divisaban las verdes vegas, el blanco río y los lejanos cerros teñidos de azul.

En ese momento llegó Gustavo con sus compañeros, y todos juntos regresaron al pueblo. Los dos amantes se cogieron del brazo y se quedaron atrás de todos. Saturia refirió á Gustavo lo sucedido la noche anterior: la negativa de D. Luis irrevocable y aquellas

palabras misteriosas: *Necesitaríase que Gustavo volviera á nacer.*

Tristes, abatidos, meditabundos, caminaron unas cuadras, sin decir una palabra. ¿Qué sería aquello? Por más que pensaban, no hallaban la solución. Ella, la criatura más alegre, estaba sombría. El la apoyaba en su brazo con cariño y tristeza infinita. Al llegar á la plaza, volvieron á hablar.

—Por encima de todo, tú serás mía, le dijo él. Venceré todos los obstáculos, y si no logro allanarlos, pasaré por sobre ellos.

—Esperemos, le decía ella; yo no desespero; algún día tendremos el permiso.

—Yá no debemos aguardar más, exclamó él; es tiempo de que esto se decida. Si D. Luis se opone, nos casaremos, á pesar de su negativa. Así se casó una hija del marqués de San Jorge, saliéndose de su casa, y en una vecina iglesia recibió la bendición. Y fruto de esa unión fue el más sublime héroe de nuestra historia, Antonio Ricaurte.

—¡Oh no! dijo Saturia, como horrorizada ante aquella idea de salir fugitiva de la casa paterna.

Pero tanto insistió Gustavo en que este era el único recurso, que Saturia le ofreció que al volver á Bogotá combinarían algún plan en este sentido.

Habían llegado al otro lado del pueblo, yá cerca de la casa de D. Luis. Ante una fragua los esperaban todos los amigos. La noche se acercaba, y el resplandor de la gran forja alumbraba el camino. Todos se aproximaron á la puerta del herrero; allí entre las paredes

ahumadas estaba el enorme fuelle, un fogón encendido y el yunque negro y duro. En torno de éste, tres robustos obreros con los puños remangados y delantales blancos pero tiznados, golpeaban con grandes martillos sobre un pedazo de hierro encendido que parecía de coral, y de él saltaban chispas de oro, de rubíes y amatistas.

Gutavo miró á Saturia. El resplandor rojizo la bañaba, y se veía del color del fuego, entre bermellón y carmín. Así la había visto el día de la Concepción, cuando una luz de bengala cayó sobre la azotea, y hondo suspiro salió de su pecho al recordar aquel día, en que el porvenir le parecía tan risueño, y tan fácil el camino del amor y de la dicha.

Al llegar á la casa de Saturia se despidió de ella, y se puso á recorrer solo las calles del pueblo. Necesitaba andar, hallar la soledad, y caminando se fue hasta muy lejos, donde estaban las últimas casas. Luégo se volvió otra vez, pensando siempre en aquella barrera que se oponía á su felicidad, y que se levantaba en su camino, misteriosa, implacable, invencible.

La noche estaba oscurísima; ni un lucero había aparecido en el cielo, donde sólo se veía una sombra negra. Soplaba una brisa fuerte, y los árboles sacudían su ramaje con desesperación y daban crujidos que parecían lamentos.

Al fin volvió á la plaza, y se sentó en unos troncos que había en la mitad de ella. Un rato hacía que estaba allí, meditando siempre en el mismo tema, cuando sin-

tió que venían dos de sus amigos que se habían quedado en la casa de Saturia. Hablaban de él y de ella.

La oscuridad era tan espesa, que ellos no lo vieron. Y como el silencio era completo, él pudo oírles algunas frases.

—¿Qué será esta oposición de D. Luis? dijo uno.

—¡Oh! Yo sé que hay un inconveniente insuperable. Secretos de familia. Parece que el padre de Gustavo se suicidó, y aun dicen que los dos son hermanos.

Gustavo escuchó bien estas palabras, y como sus amigos siguieron caminando, no pudo oírles más.

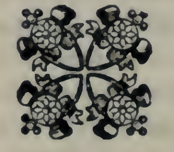
Pero esto le bastaba. D. Luis le había dicho á Saturia: *se necesitaría que Gustavo volviera á nacer.* Allí había sin duda un secreto de familia. ¿Cuál? ¡Oh! Aquellas palabras que acababa de escuchar eran casi una revelación. Descubrirlo, era imposible. ¿Qué investigaciones iba á hacer él sobre el honor de sus padres?

Se levantó otra vez con la necesidad de andar, y cogió por unas veredas, esas callejuelas de aldea, angostas, cubiertas de maleza, sembradas de árboles, cercadas con vallados, y donde sólo hay unas pocas chozas. Todo estaba oscuro y silencioso; sólo se oía el ruido de las ramas agitadas por el viento. Allá, á lo lejos, por el lado del río, se vio brillar un relámpago.

Andando llegó á unas paredes blancas, con una puerta en medio, y sobre ella una cruz. Era el cementerio. Allí dormían tras sus largas labores, vencidos por el tiempo, los rudos padres de la aldea. Aquellos que derribaron los grandes cedros, los que enlazaron

los furiosos toros, los que machacaron el hierro, los que domaron al potro y los que araron la tierra. Gustavo pensó en la muerte, sintió la carga de la vida demasiado pesada para sus hombros, y envidió á los que allí reposaban sin nervios, sin afanes, sin ambiciones, bajo los habanos, las resedas y los mirtos cubiertos de flores.

El huracán sacudía los árboles con furia, y sonaba un ruido semejante al de aguas desbordadas. Luégo se volvió hacia el camino real; los relámpagos eran cada vez más frecuentes en el lado del río, y vio los rayos que en línea quebrada rasgaban las tinieblas y caían allá sobre las ondas. La tempestad se acercaba, y los truenos se oían yá muy cerca. Un rato después empezó á caer el agua. Gustavo apresuró el paso y llegó á su pieza. Vestido se acostó en la hamaca. A los pocos momentos, las nubes se descargaron con furia, y sonaba el agua en el pajizo techo. Adentro Gustavo desataba también la tempestad de su alma en una lluvia de lágrimas.





V

Gustavo tomó durante aquella noche una resolución desesperada: partir al Extranjero, sin despedirse de Saturia; hacerle creer á ésta que la olvidaba, para que llegara á odiarlo, y allá, entre el bullicio del Viejo Mundo, procurar ahogar aquella pasión infortunada, aquel amor insensato.

Dijo á los amigos con quienes vivía, que había recibido un telegrama en que lo llamaban á Bogotá á un negocio urgente; hizo ensillar su mula, y antes del amanecer partió para la capital.

Allá estuvo solamente doce días, y una mañana de Marzo, sin despedirse de nadie, tomó el camino de Honda; llegó tres días después á esta ciudad arruinada; estuvo allí otro día; se embarcó luégo en un vapor, y en él bajó el río. Dondequiera que la nave arrimaba, Gustavo iba á tierra ansioso de andar y de buscar emociones que lo distrajeran, y cuando el barco navegaba, permanecía sobre cubierta, mirando las pequeñas aldeas, los bosques seculares y los tristes puestos de leña. Y en tanto que los otros pasajeros se divertían, observando los enormes caimanes con la boca abierta, acostados en las playas desiertas, los monos barbudos trepando por

los árboles centenarios, y las perezosas tortugas moviendo lentamente sobre las rocas y los arenales sus conchas de carey, él pensaba en las pobres gentes que habitaban esos caseríos, bajo un sol de fuego, rodeados de venenosos reptiles, y que en los días de lluvia, cuando el río levantaba sus aguas, veían inundar sus cabañas por las ondas desbordadas. Y, sin embargo, Gustavo sentía deseos de cambiarse por ellos, y á veces le provocaba quedarse en una de aquellas selvas, lejos del mundo civilizado, luchando con la naturaleza virgen, ó en una de aquellas aldeas, llevando una vida patriarcal y apacible. Debían de tener sus halagos aquellas labores entre los grandes bosques; y la miseria misma no sería tan espantosa allí, donde no se tienen todas las necesidades de otros climas y todos los refinamientos de otras civilizaciones.

Quizás al sentir todo esto, obedecía Gustavo á una ley de atavismo, sin que él lo supiera: así su padre, en momentos de desesperación infinita, había abandonado negocios, amigos y hogar, y sepultóse vivo en medio de aquellas selvas.

Un día arrimó el vapor á un triste puesto de leña. Era como una plazoleta que no tenía más de un decámetro por lado. Allí había una cabaña y montones de leña. Detrás estaba el bosque enmarañado, la selva virgen, impenetrable y pavorosa, con toda la fauna y toda la flora del trópico. Desde la cubierta del vapor se divisaba como un mar de copas de árboles, que se prolongaba muchas leguas hasta perderse en el lejano horizonte. En la orilla del río se balanceaba sobre las

aguas una pequeña barqueta amarrada al tronco de un cámbulo, que inclinaba su follaje sobre las ondas, como si quisiera mirarse en ellas, adornado de flores rojas.

Gustavo iba á bajar al puesto, pero un empleado del vapor le dijo que allí vivía un elefanciaco, y que era peligroso acercarse á esa choza. Se habló entonces á bordo de aquel ermitaño, que allí vivía solo hacía muchos años. Los bogas cogieron la leña y la llevaron al vapor. Uno de ellos se acercó á la cabaña y le entregó su valor al que allí habitaba, quien no salió durante aquel rato.

Cuando el vapor partió, se vio aparecer un anciano en la puerta de la choza, y mirar hacia el barco. Los pasajeros distinguieron apenas el bulto, que caminó lentamente hacia la orilla, y se sentó en la barqueta. Luégo el río dio una vuelta, y el puesto de leña se perdió de vista. Al frente aparecieron las tristes chozas de una aldea; y no se habló más del infeliz leproso.

En Barranquilla no se detuvo Gustavo sino dos días. El tren lo llevó á las riberas del mar, á un puerto desapacible, y allá tomó pasaje en uno de los trasatlánticos que cruzan el Océano. Soplaba un viento furioso, y el mar estaba encrespado. El gigantesco bajel se balanceó sobre las olas agitadas, como débil barquilla, y en tanto que todos miraban, mareados y llenos de pavor, elevarse el vapor sobre una montaña de olas, y bajar luégo á una hondonada de espuma, como si fuera á clavarse en el fondo del mar, para volver á trepar otra vez sobre olas más bravías y bajar nuevamente, en espantoso salto, cual fiera perseguida; Gustavo, se-

reno, contemplaba el horizonte sobre cubierta; y las olas, que alcanzaban á trepar por encima del barco, le salpicaban el rostro. Ni una mirada lanzó hacia atrás á las verdes playas de la patria; sus ojos se clavaban hacia adelante, en el horizonte ignoto, y sonreía con placer ante el peligro.

En los días siguientes, cuando el piélago se serenó, y las aguas azules apenas se movían en manso vaivén, se sintió abatido y deseaba que volviera la tempestad á desencadenar sus iras.

Entre tanto, la pobre Saturia había regresado á la capital, y estaba cada día más triste. Yá no era sólo la voluntad paterna la que se interponía entre su dicha. También Gustavo la olvidaba. Había partido sin despedirse, sin darle una sola esperanza; y allá en Europa la olvidaría por completo. ¡Cuántos novios apasionados no habían dejado en el Viejo Mundo su pasión vehemente, y se tornaron fríos y calculadores en aquellos países llenos de progreso!

—Novio pasado por agua, no cumple sus promesas, le dijo un día una anciana tía, llena de experiencia.

Aquella frase le hizo mucha impresión, y al ver que él no se acordaba para nada de ella, creyó que le habían dicho una gran verdad.

Pensó entonces en los altares del Señor; despertóse en ella gran fervor místico; no volvió á los salones, rezó sin cesar, vistió á los santos, llenó de flores las iglesias, ayunó, hizo penitencias como un gran pecador, y no pensó sino en el cielo. Se puso al cabo de unos meses ojerosa y del color de los cirios. En la fren-

te tenía dos arrugas horizontales. Tampoco ella hablaba de Gustavo, y cuando un nombre, un sitio, un perfume le traía recuerdos de él, trataba de aturdir la memoria, hablando de las procesiones y de los santos, ó corriendo á adornar un florero ó á vestir una imagen. ¡Pero, entre tanto, salía involuntariamente, de lo más hondo del pecho, un suspiro lleno de dolor y amargura!

Amigos y familia se preocupaban al ver cómo aquella criatura angelical se volvía histérica. Noches hubo en que D. Luis vio la luz de la lámpara, encendida en el cuarto de Saturia hasta las horas del amanecer, y atisbando al través de las rendijas, veía á su pobre hija de rodillas ante una imagen de San Vicente de Paúl.

La caridad fue también su pasión. Todos los jueves se llenaba su casa de mendigos, á quienes repartía pan y vestidos. En la iglesia de Santa Inés hizo ejercicios para los embetunadores, y les dio á todos limosna. Visitaba mucho á las Hermanas de la Caridad, y ellas iban también con frecuencia á su casa.

¿La había olvidado Gustavo por completo? Quizás, porque sólo una vez habló de ella en una carta á un amigo. Le refería Gustavo su vida en París. Allá no estaba él, como todos, entregado á diversiones y placeres, no; rara vez iba á los teatros y á los bailes. Le dio más bien por ver á la humanidad que sufre. Aquellos ruidos y aquella vida agitada irritaron de tal modo sus nervios, que hubo días en que la vida le pareció carga irresistible. Varias veces, al pasar por los puen-

tes del Sena, se detuvo largo rato á mirar las olas, donde tantos infelices han buscado reposo, y un día, estando en lo alto del Panteón, tuvo que bajar apresurado las escaleras, porque sentía impulsos de arrojarse por el aire.

A fin de disipar esas ideas malditas, resolvió consagrarse al estudio. Recordó que había empezado antes de la muerte de su padre á hacer estudios de medicina. ¿Por qué no continuarlos allí, y al volver á Colombia, si algún día volvía, poder ser útil á sus compatriotas? Allá en los cafetales, donde no hay médicos y el clima es malsano, su ciencia podría servir de algo.

Se unió entonces á varios estudiantes de medicina, y con ellos fue á escuchar las lecciones de los sabios maestros. Gustaba sobre todo de ir á la Salpetrière, á oír á Charcot dando conferencias sobre las enfermedades nerviosas; y al ver las histéricas que mostraba allí el sabio profesor, se acordaba de Saturia, que era tan nerviosa, y que le había referido un colombiano que estaba un poco desequilibrada. Otros días iba al Hospital de San Luis á ver operar al doctor Pean, el viejo cirujano, de cara bondadosa y cabellos grises, que trabajaba con frac y el botón rojo de la Legión de Honor, sin que una gota de sangre cayera sobre su camisa inmaculada. Varias veces fue á *La Morgue*, y se paraba allí, ante los cristales de aquel lúgubre edificio, á ver los cadáveres desconocidos. ¡Cuántas hermosas mujeres, víctimas del amor, sacadas del Sena, vio tendidas en aquel lugar, al lado de pobres ancianos muertos de

frío, y hallados en una puerta! Unos y otros esperaban la mano del pariente ó del amigo que viniera á darles cristiana sepultura.

Una vez fue al Padre Lachaise, la gran necrópolis donde duermen millares de hombres. Con las lágrimas que allí han caído, podría formarse un lago, y con los huesos de los que allí reposan, hacerse París otra muralla. Yacen en ese lugar tras sus afanes, sus luchas y sus pasiones, muchos de los grandes hombres de la Francia, y el arte ha levantado sobre sus sepulcros muchas de sus mejores creaciones. Desde el suntuoso mausoleo de Thiers, y la arrogante estatua de Casimir Perier, hasta el sauce llorón que cubre la tumba de Musset, todo es allí imponente y magnífico. Gustavo se detuvo ese día largo rato ante la tumba de Abelardo y Eloísa, y como todos los amantes infortunados, recogió también su manojo de flores.

Todo esto se lo contaba á su amigo en la carta. Y al fin le refería cómo había creído ver un día á Saturia en medio de París:

"Una noche quise divertirme: comí con varios amigos en un *restaurante* de los grandes *bulevares*, y luégo nos fuimos para el *Molino Rojo*. De lejos se ven unas aspas de fuego que giran en la puerta, como llamando la juventud al placer. Al desmontarnos del coche para entrar, vi una criatura rubia, pequeña, con traje lila y sombrero de flores, idéntica á Saturia. Venía apresurada, y las luces del molino la bañaron en resplandor rojizo. ¡Oh, así había visto yo á la

amada de mi corazón, un 8 de Diciembre, cuando una luz de bengala cayó á nuestro lado; así la había visto también en Anapoima la última vez que estuve con ella ante la puerta de la fragua! No sé qué pasó por mí, pero creí que Saturia habría muerto y se me aparecía en aquel instante, el único que aquí había pensado en divertirme. La mujer pasó junto á nosotros, y entró al baile. Era una hija del placer.... Yo penetré con mis compañeros, pero me sentí allá muy triste, á pesar de que se tocaba una música deliciosa, y todos reían y bailaban alegres."

Fue esta la única carta en que habló de ella.

Saturia yá había resuelto profesar. Un día abandonó la casa paterna, y se refugió en un claustro. Cuando Gustavo creía verla con suntuoso tocado, en medio de París, á la puerta de un baile, ella estaba vestida con humilde traje de lienzo, en la sala de un hospital, á la cabecera de un agonizante.

D. Luis, que no había podido oponerse á la resolución de su hija, había envejecido en pocos días. Cuentan que la mañana en que Saturia profesó, tenía la cabeza más blanca que la cofia de su hija, y su mirada era tan triste como la de aquellos moribundos que ella fue á cuidar en pobres hospitales con sus manos de marfil.



VI

Es el año de 1885. La guerra civil arde por todos los ámbitos de Colombia; y el clarín bélico resuena desde las playas del Atlántico hasta las breñas de los Andes. Núñez con su inteligencia poderosa dirige desde el palacio de San Carlos todas las operaciones militares. Sus ejércitos han quedado victoriosos en el interior, pero la revolución está poderosa en el litoral atlántico. En Barranquilla aparece á la cabeza de numerosa falange Gaitán, joven valeroso, que inspira grande entusiasmo á sus tropas. Cada día son engrosadas sus filas con la llegada de nuevos voluntarios de todos los climas. Con él están los mejores Generales del radicalismo colombiano: Camargo, Hernández, Sarmiento, Bernal, Ruiz y otros tantos. Una juventud ardorosa y valiente rodea al brillante caudillo, resuelta á vencer, ó á morir á su lado.

Aquel ejército se hallaba, sin embargo, yá casi reducido á la impotencia. Acababa de pasar una de esas locuras que sólo saben hacer los colombianos. Habían ido esos héroes á escalar las murallas de Cartagena, aquellas fortalezas que no pudo tomar Vernon con una armada británica, ni llegó á ocupar Morillo con sus le-

giones hispanas, sino cuando adentro todos habían muerto de hambre; y allí se estrellaron también Gaitán y sus valerosos soldados. Adentro estaba un puñado de hombres que se defendieron con denuedo como sus antepasados contra el poder de España; y Gaitán tuvo que retroceder ante aquellos baluartes, pero dejó en torno de ellos otra muralla de cadáveres.

Un semicírculo de soldados que marchaban del interior hacia la Costa estrechaba á aquellas fuerzas en la orilla del mar, y entonces se resolvió subir el río y atacar las fuerzas que estaban por ahí arriba cerca del Banco, vencerlas é invadir á Santander.

La víspera de embarcarse Gaitán le presentaron un joven pálido, ojeroso, de figura audaz, que iba á ponerse á sus órdenes. Era Gustavo, que regresaba del Viejo Mundo, y quería tomar parte en la terrible contienda. ¿Qué lo traía á las verdes riberas de la patria? ¿El hastío de la vida europea, la nostalgia del hogar, el entusiasmo político ó el deseo de hallar una muerte gloriosa? Tal vez él mismo no sabía claramente cuál de estos sentimientos lo había empujado otra vez á la tierra colombiana. Un día resolvió en París su vuelta; arregló viaje en una semana y se embarcó en el primer vapor que salió de Burdeos.

Gaitán lo recibió con cariño y le dio colocación en el ejército. Gustavo le pidió el puesto de mayor peligro para el día del combate.

Arriba, donde pensaban hacer el ataque, estaba un General valeroso y modesto: Quintero Calderón, especie de romano de los grandes tiempos de la República.

Con él debía medir sus armas el ejército revolucionario, y hacia allá subieron los seis vapores de la flotilla.

¿Qué colombiano ignora lo que fue la batalla de *La Humareda?* Es historia muy fresca, y aún no se ha borrado el recuerdo de aquella hecatombe. Pelearon allí dos ejércitos, brazo á brazo, como luchan en el desierto los leones y los leopardos.

Las fuerzas del Gobierno estaban en la ribera del río, donde había una selva enmarañada y fangales profundos. Tenían fuertes barricadas hechas con los troncos de los árboles y la arena de la playa.

Al empezar el día rompieron el fuego los seis vapores sobre las tropas de tierra. Estas se defendieron con gran valor. Fue una lluvia de balas que caía sobre las trincheras, y allí era devuelta sobre las naves. Un rato después, en la playa y á bordo había gran número de cadáveres y heridos. Las fuerzas del Gobierno tuvieron al fin que abandonar sus primeras barricadas y refugiarse hacia adentro de la montaña. Entonces se dio la orden de desembarque por el Director de la guerra.

Eran las doce del día, y un sol canicular caía sobre el campo de batalla. No había una nube en el cielo, y apenas manchaban el azul purísimo varias águilas que se habían levantado del bosque al oír las detonaciones, y volaban muy alto como atisbando la espantosa carnicería. El río corría mudo y majestuoso, y sus ondas se teñían de rojo al pasar por los vapores que destilaban sangre. Se oían, en confusa mezcla, el ruido de la fusilería, los lamentos de los heridos, los toques de las cornetas, los redobles de los tambores, las voces de man-

do, los pitazos de los vapores, los gritos de los soldados; y á veces, dominando todo este vocerío espantoso, el estruendo de los cañones, arrojando sus enormes balas que caían en uno y otro ejército, sembrando la consternación y la muerte. Grandes copos de humo envolvían aquel sangriento campo.

Gustavo había peleado á bordo del vapor *María Emma*, y allí vio á un valeroso General morir á su lado, herido por dos balas. La primera le arrancó de las manos los gemelos con que miraba al enemigo, y la otra le horadó el corazón. Gustavo y cuatro soldados llevaron el cadáver á tierra apenas se ordenó el desembarque, y allí en la arena le dieron sepultura, pues yá empezaba á descomponerse en aquel clima ardiente.

Luégo se unió á su batallón que, con el agua á la cintura, atravesaba un gran charco lleno de lodo. El sol ardía cada vez con más furia; el agua estaba tibia, y una lluvia de plomo los recibía en las trincheras enemigas. De pronto vio caer cerca de él á otro de sus Generales, insolado. Lo cargó hasta la sombra de un árbol, y siguió combatiendo hacia las barricadas, con su carabina Winchester.

Por todos lados el combate era formidable. Las fuerzas del Gobierno se veían arrolladas por las tropas revolucionarias. Habían saltado á tierra éstas por ambos flancos, y la lucha llegó á trabarse cuerpo á cuerpo. El ejército del Atlántico, mandado por Gaitán, desembarcó en el centro. Ahí la resistencia era tenaz. Las fuerzas gobiernistas, desalojadas de los flancos, cayeron sobre este ejército y lo rodearon. Habían cono-

cido además al valiente Jefe y trataron de apoderarse de él. Gaitán montaba un hermoso caballo goajiro, y una bala se lo hirió en el cuello. Su primer Ayudante estaba á pie, pues su mula fue muerta al principiar el combate. Gaitán, al verse envuelto en aquella nube de soldados, pensó en abrirse paso, espoleó al noble corcel y lo hizo atropellar esa barrera humana, erizada de bayonetas. El noble bruto recibió una tras otra tres heridas más, y fue á morir á poca distancia, dejando al Jefe ileso y salvo.

Muchos jefes y soldados habían muerto yá, y la playa estaba llena de cadáveres.

Gustavo llegó al pie de una trinchera, y audaz se trepó sobre ella. Los que iban atrás lo vieron abrir los brazos y caer de espaldas. Con una bayoneta le habían desgarrado el vientre, de abajo hacia arriba. Gustavo lanzó un alarido y rodó hasta un matorral en el fondo de un barranco. La sangre, que salía á borbotones, manchó el césped y corrió á enrojecer las aguas estancadas de un charco.

Su batallón siguió sobre la trinchera, y él quedó allí solitario.

Venía yá la tarde. El humo había formado espesas nubes, y el sol calmaba sus ardores, pero la tierra quemaba como un horno. Las detonaciones parecían cesar, y se escuchaban los vítores á la causa liberal.

Gustavo sufría horriblemente; no podía levantarse; tenía afuera los intestinos; sentía sed espantosa; veía llegar la muerte. A ratos escuchaba lejanos disparos, lamentos de heridos y toques de corneta.

¿Qué había sido de sus jefes? ¿Estaban triunfantes ó vencidos? Miró hacia arriba, hacia el cielo: espesos nubarrones cubrían la etérea bóveda, y bajo ellos una bandada de gallinazos remolineaba en los aires como atisbando los lugares donde estaba su festín.

Gustavo gritó, pidiendo agua, y nadie escuchó sus voces. Con una mano se sostenía sobre el vientre los intestinos; en la otra tenía aún la carabina. El dolor era cada vez más agudo. El conocía bien lo que era una peritonitis, y la sentía yá con todos sus espantosos sufrimientos y su fatal desenlace.

No lejos de aquel sitio, donde los hombres se habían despedazado como fieras, estaba la cabaña de D. Oscar. ¡Cuántos años hacía que vivía allí solitario! Era el Robinson de aquella selva. Con sus manos ulceradas, insensibles, derribaba los grandes árboles, y hacía con las ramas montones de leña para venderlos en la orilla del río. Su mal crecía sin cesar, y estaba yá en el tercer período. Sus carnes amoratadas parecían como las de un elefante, hinchadas, flojas, sin tersura ni dureza.

Oyó en su choza las detonaciones de la batalla, y cuando cesaron, al caer la tarde, salió á recoger los muertos para darles sepultura, y á auxiliar los heridos.

Pasó cerca de Gustavo y escuchó sus gemidos. Lentamente, apoyado en su bordón, se acercó al moribundo.

—Agua, agua, dijo el pobre joven al sentir los pasos.

El viejo se acercó al estanque y le trajo de aquella

agua cenagosa, en una pequeña totuma. Cuando se acercó á dársela, le vio la espantosa herida: tenía el vientre horriblemente despedazado.

El leproso se fijó luégo en la cara del moribundo. Aquella tez pálida, aquellos ojos negros, le recordaron á su hijo, y dio un suspiro tristísimo.

—Voy á morir, exclamó el herido con los ojos medio cerrados. Coja usted mi cartera y envíesela á mi madre, que está en Bogotá.

—¿Y su padre? le dijo el anciano.

—Murió hace años ahogado en este mismo río; se llamaba Oscar Rovira. ¡Oh! yo deseo morir. Soy víctima de un infortunio espantoso.

—¿Qué pena moral tiene usted? le preguntó el ermitaño.

—¡Oh! un amor desgraciado: amé mucho á una mujer; ella me amó también, pero su padre se opuso á nuestra unión, sin darnos nunca la razón de esta negativa. Oí decir que éramos hermanos.

El anciano sintió como un presentimiento de aquella oposición al amor de su hijo, y le preguntó el nombre del padre de su amada.

—Luis Balboa, dijo el moribundo, y se retorció con profundo dolor.

El leproso lo comprendió todo, y no pudo contenerse ante la calumnia.

—¡Oh! eso es falso, exclamó. Su padre vive, está elefanciaco. Abandonó el mundo, hizo creer que había muerto; y tan sólo D. Luis sabía el secreto.

El sol se ocultó soberbio en medio de las selvas

ignotas, y dejó sólo unos arreboles rosados. Las sombras cayeron sobre el sangriento campo; todo aparecía, al llegar la noche, sombrío, misterioso y lúgubre. Ambos ejércitos estaban sobrecogidos de horror ante aquella carnicería, en esa hora melancólica. Los vapores se veían llenos de muertos y de heridos, y la sangre chorreaba de proa á popa. El río seguía corriendo silencioso, y con los despojos de las selvas arrastraba hacia el mar algunos cadáveres. A veces un caimán asomaba la cabeza al lado de las naves, buscando alguna presa. En el bosque se oían aún muchos lamentos, y se veían las blancas vestiduras de las Hermanas de la Caridad, que vagaban buscando los heridos.

El viejo leproso vio que una de las santas mujeres llegaba hacia ellos. Gustavo se había quedado inmóvil. La hermana se aproximó al pobre joven y empezó á curarle la herida. En ese momento se sintió un extraño ruido, como de un incendio, del lado del río, y apareció una claridad que iluminó el cielo, las aguas, la flotilla, las playas y los bosques. El vocerío fue espantoso. Por doquiera se escuchaban voces de angustia.

Era el vapor *María Emma,* donde se hallaban el parque y los prisioneros, que estaba ardiendo.

Gustavo abrió los ojos y vio, al resplandor rojizo y siniestro del incendio, á la hermana de la caridad que sanaba sus heridas.

¡Oh! bien la reconoció. Era Saturia. ¡Así la había visto un 8 de Diciembre, iluminada por la luz de un cohete, y así también, bañada en ese reflejo, la contempló en Anapoima la última vez que estuvieron juntos!

—¡Saturia! exclamó, extendiéndole los brazos y tratando de incorporarse.

Pero el esfuerzo fue inútil; otra vez volvió á caer hacia atrás.

El incendio crecía cada vez con más furia. Las llamas se elevaban altísimas, y negras columnas de humo subían hacia el cielo. De pronto se oyó una detonación formidable. El fuego hacía disparar los cañones.

Cuando el ruido cesó, Gustavo había expirado. Tenía los brazos extendidos hacia arriba como en actitud de abrazar; y con los ojos abiertos, pero yá sin brillo, miraba á Saturia. La boca entreabierta, parecía que iba á decir algo, cuando la muerte la había hecho enmudecer.

Se oyó entonces un nuevo disparo de un cañón, en el vapor incendiado, y se vio la bala llegar al tronco de un árbol, troncharlo y despedazar á un jefe que tras él se había resguardado.

Saturia sacó su libro de oraciones, un Lavalle de pasta de marfil y chapita de plata, única cosa que conservaba de sus alegres días de mundo. Iba á leer las oraciones de los difuntos, y como sus manos temblaban, lo abrió por la última página. Allí vio un letrero yá borroso. Era el salmo aquél escrito por Gustavo un día en el cementerio de Bogotá: *¡El amor es tan fuerte como la muerte!*

INDICE



